

constituyendo una cavidad en forma de V por la que se pasaba el cordel ó el hilo.

Se parecen á los que figura M. Evans en sus *Ages de la pierre* (pág. 449), pero estos últimos son cónicos.

CONCHAS MARINAS.— No haremos más que citar los pectúnculus, los cardiums, los conus, las cipreas, los fusus, perforados ó no, las patelas, los trochus, las arcas, los múrex, etc. Los pectúnculus, sobre todo, hallábanse en gran abundancia (V. la fig. 100, lám. 23).

CUENTAS DE COLLAR.— Se ha encontrado, fuera de las tumbas, un número de ellas tan pequeño relativamente que no nos detendremos aquí á describirlas.

OBJETOS DE TIERRA COCIDA.— No hemos recogido más que un número muy pequeño de esos pedazos de barro endurecido, llevando impresiones de cañas y ramas, tan abundantes en Ifre; pero la remoción de tierras que modernamente se ha hecho en el Argar ha sido tan intensa, particularmente en la superficie, que esto puede explicar la desaparición de tales vestigios.

Una gran parte de las vasijas encontradas en el exterior de las sepulturas son idénticas á las que constituían el mobiliario funerario; pudiendo provenir, por lo demás, de tumbas destruidas.

Hagamos, no obstante, algunas observaciones.

Las figuras adjuntas representan los únicos fragmentos de cerámica del Argar que ofrecen alguna ornamentación, consistente en líneas y puntos trazados en hueco.

En cuanto á esos centenares de vasijas provenientes de las tumbas, salvo un solo ejemplar correspondiente á la sepultura 942, ningún motivo decorativo ni indicio de él presentan. Esta ausencia de todo gusto por el ornato es tanto más notable cuanto que veremos objetos de alfar de formas muy elegantes y admirablemente ejecutadas. Hemos visto otros poblados más atrasados, ó por lo menos más pobres, en que la cerámica ornamentada era más abundante.

Junto á los trozos ornamentados representamos una vasija con tres pies, que ha sido restaurada, pues no poseíamos de ella más que pedazos.

Tenemos también una veintena de pies de vasijas análogas de barro y fragmentos de las partes superiores de ellas. Obsérvase que los pies son algo curvos; siendo probable que se dispusieran de esta suerte para poder encender lumbre debajo de esas cacerolas primitivas.

Su pasta es bastante grosera, lo que nos convence de que serían verdaderos utensilios de cocina; y si no las hallamos enteras, es porque estas vasijas no fueron depositadas en las tumbas; no han estado, por consiguiente, protegidas de ningún modo; y el uso que de ellas se hacía sobre el fuego pudo haberlas deteriorado.

Una sola de ellas ha sido encontrada en el interior de una sepultura, pero tenía sus pies despegados, y es probable que haya sido distraída de su destino primitivo, á causa de haberse desprendido los pies, fijados de mala manera. Otra de estas urnas, desprovista de pies, ha servido de sepultura para un niño.

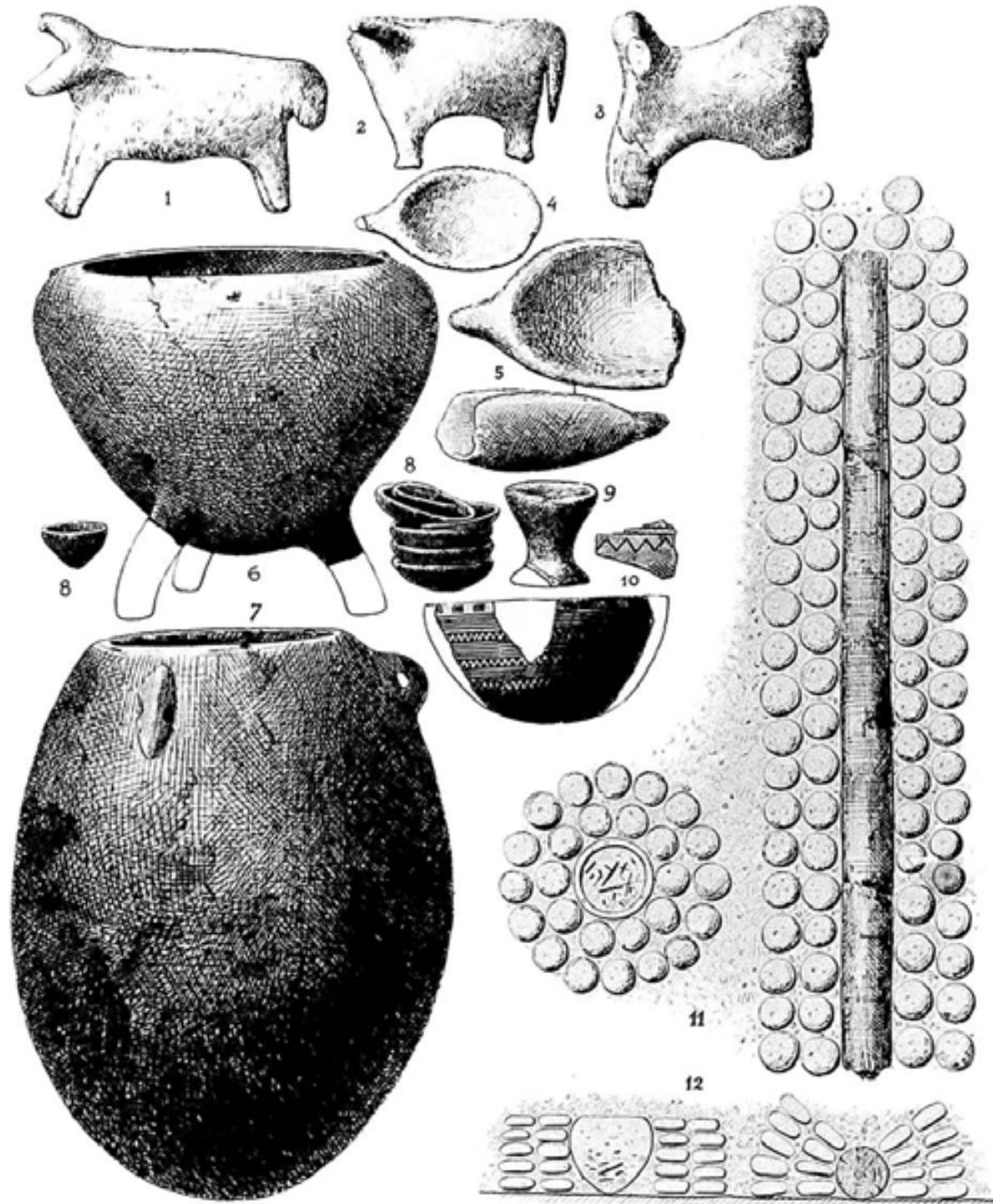
M. Schliemann, en su *Ilios*,¹ da el dibujo de una vasija con tres pies encontrada en la primera ciudad de Hissarlik. Esta urna contenía cenizas humanas junto con los huesos de un feto humano. Un gran número de vasijas con tres pies han sido recogidas en las otras ciudades, difiriendo por su forma de las del Argar. Una urna del mismo género, asociada con restos de huesos humanos, objetos de bronce y útiles de obsidiana, ha sido encontrada en la cueva funeraria de Flumini Maggiore (Cerdeña).

Reproducimos en la lámina 23, con los números 67 á 71, unas rodajas recortadas sobre trozos de cerámica; de ellas unas están enteras, otras tienen agujeros ó muescas; su antigüedad es dudosa, puesto que entre ellas las hay (Núm. 70) que proceden de pedazos de cerámica romana característicos, con su barniz rojo.

Las figuras 81 á 99 inclusives representan fragmentos de vasijas. Algunas de ellas son probablemente bastante modernas, bien que no exista indicio ninguno para determinar exactamente su edad; pero la mayor parte son indudablemente prehistóricas, pues que presentan los caracteres típicos de las vasijas de las tumbas, en particular la superficie negra brillante obtenida por el bruñido.

Las figuras 80 (Lám. 23) representan también rodajas; una de ellas está

¹ Pág. 288.



1, 2, 3. Representación de vacas ó toros en tierra cocida (pág. 155). — 4. ¿Cuchara? ¿Lámpara? (pág. 157). — 5. Lámpara encontrada en Argocilla (pág. 157). — 6, 7, 8, 9, 10. Vasijas enteras y fragmentos de otras, que se encontraron fuera de las sepulturas (página 153). — 11, 12. Plano y corte de dos aparatos que servían para cocer pesas de arcilla (pág. 157).
 Escalas: 1, 2, 3, $\frac{1}{4}$ — 4 á 10, $\frac{1}{4}$ — 11 y 12, $\frac{1}{20}$.

provista de una protuberancia que igualmente se observa en la otra, pero ésta presenta en el lado opuesto un pequeño hoyo.

Adjuntos damos los dibujos de pequeñas estatuas, toscamente labradas en tierra cocida. Casi todas están más ó menos rotas. Se conoce que el artista ha querido representar vacas ó toros, pero las imágenes son verdaderamente infantiles, pudiendo tomarse por esbozos de un principiante poco diestro; las patas están pegadas dos á dos, faltando la cabeza. M. Schliemann ha encontrado figuritas muy semejantes á las nuestras en la cuarta ciudad de Hissarlik: ¹ también las volvió á hallar en Micenas, pero estas últimas llevaban adornos pintados.

Otras por el estilo se ven en el museo nacional de Buda-Pesth; provienen de Hungría.

El British Museum posee algunos ejemplares, que provienen de una tumba de Rodas.

En el Líbano se han encontrado figuritas de bronce, representando becerros.

En la Galia hanse descubierto pequeños toros de bronce, en gran número.

En España hallamos los «Toros de Guisando», ² imágenes de bueyes groseramente esculpidas en peñascos de granito de la cordillera carpetana. El origen de estas esculturas es desconocido.

Existen además en Durango, Castilla: en Ávila y cerca de Tiemblo.

Sabido es que el culto de la vaca es muy antiguo en España. ¿Deben verse ídolos en estas figuras, ó simplemente caprichos sin ninguna trascendencia?

Estas pequeñas estatuas del Argar, únicas representaciones de seres animados que hemos encontrado en nuestros caseríos, parécenos que deben ser atribuídas al pueblo prehistórico cuyos restos estudiamos. No tenemos otro motivo, sin embargo, para sentar esta hipótesis que la factura primitiva de estas imágenes y la relativa rareza de objetos más modernos. Añadiremos aquí que las excavaciones hechas en la meseta nos han proporcionado algunas lámparas romanas y árabes, dos monedas romanas, otra morisca de plata, fragmentos de cerámica de las mismas épocas, fáciles siempre de

¹ Op. cit., pág. 590.

² Sobre lo que los españoles llaman «Los Toros de Guisando», por Bory de S. Vincent.

distinguir, y los objetos de hierro siguientes: dos cuchillos con espiga, un clavo y un largo pedazo de uso indeterminado; estos objetos hallábanse profundamente tomados del orín.

No pueden ellos, á nuestro parecer, introducir confusión ninguna en nuestros descubrimientos, y se nos habrá de permitir que dejemos á un lado, sin discusión, la cuestión de contemporaneidad entre los hallazgos que acabamos de citar y los restos prehistóricos que describimos, así como la del origen morisco ó romano de estos restos. Que los Moros, y antes que ellos los Cartagineses y los Romanos, hayan dejado algún rastro en el Argar, nada más natural. Esta ocupación posterior puede engendrar dudas sobre la antigüedad de algunos contados objetos, mas no puede en absoluto producir incertidumbre sobre la época de la inmensa mayoría de los hallazgos y sobre todo de las sepulturas.

Á uno de los pueblos que hemos nombrado, á los Moros probablemente, deben atribuirse los silos que en gran número hemos encontrado.

Son estos silos unas cavidades redondas practicadas en el terreno, hasta cinco metros de profundidad á veces; tienen arriba una estrecha abertura y se ensanchan hacia abajo, donde llegan á tener seis metros de diámetro; una losa tapa su boca. La parte superior, formando como una chimenea cilíndrica en una altura de un metro, está revestida con piedras, así como algunas porciones de la parte inferior; mas al atravesar la zona inferior de los escombros prehistóricos, no se ha empleado tal revestimiento, lo que prueba cuánta consistencia habían adquirido ya en aquella época estos escombros. Hemos encontrado algunos de estos silos enteramente vacíos de tierra; en las paredes se han encontrado restos de sepulturas destrozadas, imposibles casi de reconocer, cortadas de medio á medio por los constructores de estas cavidades; alguna que otra vez los desprendimientos de las paredes habían puesto al descubierto las losas de una tumba intacta, situada á algunos centímetros del silo.

Hemos reconocido en alguna ocasión restos de unos conductos que partían del interior de estos graneros subterráneos y llegaban á la superficie con una inclinación de cuarenta y cinco grados próximamente. ¿Es por allí que se introducía el grano, ó bien la ventilación exigía esta chimenea?

Estos silos han destruído un número considerable de sepulturas; y á esta violación debemos, sin duda, la dispersión de numerosos objetos que

constituían los ajuares funerarios y su encuentro en la superficie ó á cierta profundidad.

También hemos encontrado muchas de esas pesas de tierra cocida que ya conocemos, provistas de varios agujeros. Había dos series de ellas dispuestas de una manera que ofrece particular interés.

La primera, compuesta de cerca de quinientas piezas, se hallaba rodeando los restos carbonizados de un tronco de árbol. La segunda comprendía un centenar de ellas, dispuestas en dos pilas verticales, circulares, concéntricas, en el centro de las cuales se encontraban pedazos de una tosca urna de tierra cocida, conteniendo carbón vegetal. En ambos casos las pesas situadas hacia el centro estaban cocidas; las del exterior, por el contrario, estaban poco menos que sin cocer. Estos dos descubrimientos nos indican cómo se hacía la cochura de estos objetos. Ya anteriormente hicimos notar que están, por lo común, poco cocidos.

La figura 76 de la lámina 24 representa un pequeño objeto de tierra cocida, cuya forma recuerda la de una piedra labrada descubierta en la quinta ciudad prehistórica de Hissarlik; ¹ M. Frank Calvert ha encontrado en Hanaï Tepeh dos bobinas de piedra destinadas, según él, á devanar hilo.

Hagamos notar además algunos fragmentos de cucharas como las de Zapata (V. fig. 78). Adjunto hemos reproducido otro objeto en forma de cuchara; el mango está roto, pero se ve bien que era muy corto, mientras que el recipiente es grande. Esta observación nos induce á creer que más bien sea una lámpara; el apéndice en forma de mango habría servido para sostener la mecha. El señor Vilanova ² dibuja un objeto semejante, proveniente de Argecilla, y le llama cuchara; en esta pieza, mejor aún que en la nuestra, se ve que el apéndice está más bien dispuesto para recibir una mecha que para servir de mango.

Para terminar con los objetos de tierra cocida, citemos los husos representados en la lámina 24 por las figuras 68 á 74; son sencillos, sin adornos, y la pasta es de composición análoga á la de la cacharrería ordinaria.

El número 57 de la misma lámina es un objeto de serpentina; tal vez fuera una pesa de un huso.

¹ *Ilios*, pág. 751.

² *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, pág. 389.

M. Schliemann, ¹ á propósito de los numerosos husos de Hissarlik, describe minuciosamente su empleo en los tiempos antiguos, y publica un grabado representando á una mujer hilando, sacado de un friso del foro Paladio de Roma.

Un procedimiento idéntico existe aún hoy día en el Sudeste de España.

OBJETOS DE METAL.—Las armas ó los instrumentos de metal encontrados fuera de las sepulturas del Argar son poco numerosos. Proviene en parte de las sepulturas destruidas. He aquí su enumeración:

Algunos cinceles, probablemente de cobre todos (V. figs. 68 á 74, lámina 26).

Unos cuarenta fragmentos de barras (Figs. 75, 76) y de hilos gruesos, unos redondos y otros cuadrados (Figs. 78, 79).

Cerca de doscientos pedazos de alfileres ó punzones de cobre ó bronce; uno de ellos está fijado á un mango de hueso (V. en 77, lám. 26); otros son puntiagudos por sus dos extremos, recordando las puntas de hueso que hemos señalado más arriba.

Un fragmento terminado por una cabeza de clavo (V. fig. 63, lám. 26).

Una treintena de puntas de flecha ó de lanza de tipos diversos, que están representadas en las figuras 28 á 52 (Lám. 26). Las primeras son simples barras aplanadas y afiladas en forma de punta por una de sus extremidades; de éstas se pasa en seguida y gradualmente á las puntas en forma de hoja, en losange, y en fin á los dientes bien marcados. Esta serie nos permite observar la sucesión de operaciones por las que pasaba una barra antes de convertirse en una punta del todo acabada; la dificultad de conseguir la formación de los dientes de una de estas piezas, al recibir en moldes el metal fundido, nos hace creer que dichos dientes se obtenían batiendo las piezas citadas con el martillo. No hay que decir que las puntas en forma de hoja habían servido probablemente tal como las vemos. Todas las puntas que han sido analizadas son de cobre, y el aspecto de las otras parece indicar que tienen la misma composición.

Cuchillos y puñales del tipo ya conocido.

¹ *Ilios*, apéndice V, pág. 993.

Seis *celts* planos de cobre enteros y algunos pedazos de otros; el tipo de estas armas es el mismo que en Ifre.

Tres sierras (65, 66, 67, lám. 26) de cobre ó bronce.

Una especie de pala de metal (59, lám. 26), en cuya superficie aparecen adheridos granos de mieses, carbón, tierra, residuos de marfil, etc. Se ha encontrado en una casa incendiada.

Un pedazo de una placa repujada de cobre ó bronce (10, lám. 25).

Una diadema de plata, formada por una simple franja (9, lám. 25); proviene del suelo de una casa incendiada; pequeñas gotitas de una materia vitrificada se hallan adheridas á su superficie.

Unas barritas metálicas, que en su centro presentan un aumento de volumen, y se hallan á veces ornamentadas de un modo muy complicado (36, lám. 25). Un largo asador con una cabeza adornada (37, lám. 25). En fin, una especie de cuchillo con espiga, cuya hoja está retorcida (35, lám. 25).

Debemos reservar nuestra decisión en cuanto á estos últimos hallazgos (35, 36 y 37); pues de tal modo difieren de las piezas de metal depositadas junto á los esqueletos que su origen más moderno es casi cierto: las análisis han confirmado esta opinión, ya que las agujas (?) número 36 resultan ser de latón. ¹ Los otros dos objetos tienen el aspecto del cobre puro.

Todas las piezas de metal están muy alteradas; los *celts* ofrecen siempre una notabilísima porción al estado metálico todavía; las otras están por lo común constituidas por un núcleo de óxido rojo, cubierto de una gruesa película de carbonato verde; otras veces queda aún metal puro en el centro. Su yacimiento encontrábase á profundidades diversas, desde la superficie hasta tres metros por debajo de ella.

MOLDES Y CRISOLES.— La lámina 27 está consagrada por entero á los moldes y los crisoles del Argar.

Los moldes y sus tapas son de arenisca micácea floja, que ha adquirido un color rojo en los puntos por donde ha corrido el metal; no tenemos necesidad de describirlos, dando idea suficiente de ellos el dibujo. Los de

¹ He aquí la análisis de una de estas barras ornamentadas: cobre, 77.80 p. c.; estaño, 0.76 p. c.; plomo, 1.66 p. c.; zinc, 19.53 p. c.; hierro, etc., 0.25 p. c. Este metal es muy amarillo.

números 1 y 4 servían para obtener *celts*; el de número 2 es un molde de cuchillo ó puñal; con el de número 3 se obtenían pequeñas barras que podían transformarse en cinceles, flechas, punzones, brazaletes, etc. Los crisoles servían probablemente para la licuación ó segunda fusión del metal, que se recibía en seguida en los moldes. Son demasiado pequeños para que se operara en ellos la reducción misma del mineral; ignoramos cómo se hacía esta primera operación; para ello pudieran tal vez haber servido los recipientes figuras 10 y 11. Acaso se produjera primero un metal impuro, que podía refinarse en los crisoles; costras de metal se hallan adheridas á éstos, habiendo dado una de ellas á la análisis 9 por ciento de estaño y 1'64 por ciento de plomo; la presencia de éste en el fondo se explica por su mayor densidad. Los minerales de cobre del país contienen con frecuencia plomo. Los moldes y los crisoles representados por las figuras 1 á 8 estaban contenidos dentro de un pequeño espacio redondo, cubierto con una tosca bóveda hecha de piedras y tierra.

La figura 16 (Lám. 27) representa un puñado de objetos rotos, dispuestos para la refundición; los que aparecen con el número 17 son pequeños lingotes de cobre. El de más abajo, á la izquierda, contiene una proporción notable de plomo y de estaño; el de número 15 es un fragmento de litargirio, de cuya materia se encuentran pedazos por todas partes en el país. Proviene estos pedazos de hornos de fusión y de copelación, que datan principalmente de la época romana; así que nada nos dicen.

SEPULTURAS

Hemos encontrado las sepulturas á profundidades que variaban entre 0^m y 4^m. Como el espesor del terreno de acarreo no excede jamás de tres metros cincuenta centímetros, las había, por lo tanto, que fueron abiertas en el terreno virgen terciario; el mayor número estaban situadas de un metro cincuenta centímetros á dos metros de la superficie actual. Estos datos carecen, sin embargo, de gran importancia, en virtud de los cambios de nivel producidos posteriormente por multitud de causas.

Hay que distinguir, entre las novecientas cincuenta tumbas del Argar, tres géneros de enterramientos, esto es, en las siguientes disposiciones:

El cuerpo estaba simplemente metido dentro de la tierra y rodeado de algunas piedras, dispuestas á veces en forma de muretes;

Se le inhumaba en una tumba formada por seis losas;

Ó bien, en fin, se le introducía en una urna tapada de diversas maneras.

El primer procedimiento era el más sencillo, pero no el más frecuentemente empleado.

Las losas de que se hacía uso en el segundo han sido casi todas cortadas de unos bancos de arenisca micácea que se encuentran en los alrededores.

No siempre se ha tenido el mayor cuidado en labrarlas de modo que se obtuviera un cierre hermético; interesa hacer constar, sin embargo, las precauciones que alguna vez se habían tomado para conseguir un cerramiento casi absoluto; para ello se practicaban en las losas verdaderas mortajas de algunos milímetros, en las cuales venían á introducirse las que formaban las paredes correspondientes. Alrededor de la sepultura colocábanse piedras, hincadas en el terreno, para darle más estabilidad.

Las losas longitudinales y las de la tapa formaban pequeños salientes al exterior de los cistos.

Las dimensiones máximas de éstos eran: un metro de longitud, noventa centímetros de anchura y cincuenta y cinco de profundidad. Los más pequeños tenían cincuenta y tres, veintinueve y veintinueve centímetros.

Las dimensiones más frecuentes son: para la longitud de ochenta á ochenta y cinco centímetros; para la anchura cincuenta y cinco. Esta medida corresponde con bastante exactitud á tres pies de largo por dos de ancho, tomando doscientos setenta y cinco milímetros por longitud del pie.

Hubo, sin embargo, una sepultura de dos metros de largo, un metro cincuenta centímetros de ancho y un metro de profundidad, que fué violada hace algunos años. Sobre su contenido nos han contado maravillas, una parte de las cuales nos hallamos bastante dispuestos á creerla. Pero de todos modos las dimensiones de esta tumba eran excepcionales.

Los cadáveres se hallaban, pues, encogidos.

La inmensa mayoría de los esqueletos yacían en grandes urnas de tierra cocida.

Dejando á un lado las vasijas que contenían esqueletos de niños, las urnas funerarias eran generalmente de un tipo constante, el de la forma de un huevo cuyo extremo mayor estuviese truncado y reemplazado por una abertura más ó menos pronunciada.

En las urnas pequeñas la forma era alguna vez la misma, pero con más frecuencia se reducía simplemente á un óvalo con uno de sus extremos cortado, estrechándose la boca un poquito, por ser sus bordes ligeramente entrantes. Los tipos que preceden son los únicos que podrían considerarse como especialmente contruídos para servir de ataúdes; pero a su lado se colocan un gran número de urnas de niños que eran de seguro vasijas de uso doméstico; su forma y las señales de su uso lo indican de sobras. Podríamos preguntarnos si ocurre lo mismo con las grandes jarras; y á este propósito haremos observar que no las hemos encontrado jamás empleadas sino como ataúdes; es, pues, difícil resolver este punto de una manera categórica.

En la superficie exterior, junto al orificio, hemos comprobado casi siempre la existencia de unas protuberancias ó botones salientes, cuyo número variaba de dos á trece.

¿Este decorado tan primitivo es un simple capricho del alfarero, ó tenía algún fin útil, ó bien en él es preciso ver el símbolo del seno de la mujer, como si se hubiese querido completar la imagen del cadáver, encogido en la urna como el niño en las entrañas de su madre, añadiendo la representación de los pezones á la última morada? Esta hipótesis acaso encuentre algún partidario.

La forma de las grandes urnas es de ordinario elegante y á menudo realizada con arte maravilloso. La cuestión del torno se nos presenta aquí de nuevo, y de nuevo creemos que este aparato era desconocido. Para mejor afirmar nuestra opinión describiremos seguidamente la confección de estas vasijas, tal como nuestras observaciones nos la hacen concebir.

La urna estaba formada de varias piezas.

La mitad inferior se obtenía en un molde hueco, formado en el mismo suelo, bien con tierra arcillosa, bien con un fragmento de urna, ó de cualquier otra manera; era bastante fácil obtener así una forma casi irreprochable; la labor se prolongaba algunos centímetros por encima del borde del molde.

De otro lado y por el mismo procedimiento se fabricaba la segunda mitad de la urna, pero sin el borde superior, que no hubiese permitido retirarla del molde hueco, á menos de destruirlo, y es de suponer que bastante trabajo costaría hacerlo para que fuera á renovarse en cada moldeo. Cuando esta parte tenía bastante consistencia para ser transportada, se la sacaba del molde, se le daba la vuelta y se la aplicaba sobre la primera mitad; como la pasta no estaba aún dura, era fácil practicar la unión de las dos partes y hacer desaparecer todo vestigio de junta. El borde que había de constituir la boca se añadía después.

Se dejaba secar entonces la vasija en el molde; y acaso se activase esta desecación encendiendo leña en su interior para producir un fuego moderado.

Lo que nos ha permitido reconstituir así la serie de las operaciones es el examen de diferentes particularidades y la comparación de estas grandes vasijas con otras más pequeñas, donde se ven mejor á veces ciertos detalles.

El empleo del molde hueco para la base nos lo ha mostrado con evidencia una vasija sin concluir de la sepultura 777 del Argar; á la luz del hecho precedente, distingúense bien en otras vasijas las pruebas del mismo; semejante observación puede hacerse extensiva á las urnas. En efecto, inmediatamente encima de la parte que suponemos hecha con el molde existe un resalto en la cara exterior, que no se encuentra en la interior. Hemos dicho ya que, cuando se fabricaba la vasija, se la prolongaba un poco fuera del molde, sin lo cual hubiera sido muy difícil operar la unión de las dos partes. Pero el obrero no podía graduar exactamente el espesor que debía dar á lo que excedía de la parte moldeada; y el molde, por otra parte, debía ensancharse algún tanto en el borde superior; había de resultar, pues, de aquí algún exceso de materia en esta parte. Como la vasija no se retiraba del molde hasta que la pasta quedaba seca y dura, era difícil hacer desaparecer por completo aquel resalto; así es que se le distingue casi siempre, por más esfuerzos que se intentaran para hacerlo desaparecer; otras veces no hay relieve ninguno, pero sobre una faja que da la vuelta completa á la vasija se puede observar perfectamente cuánta pena ha costado el alisarla; los golpes del alisador se hallan aún en ella fuertemente marcados.

Nada de esto se ve en el interior, que era accesible para el operario

mientras la pasta estaba aún blanda, pudiendo así producir desde el principio una superficie bien regular. Esto prueba claramente que el molde era hueco.

En cuanto á la unión de las dos partes, no se observan señales de ella, porque se efectuaba antes de que la arcilla se endureciera. Alguna vez, no obstante, se nota que la zona en que la urna presenta su máxima anchura es próximamente cilíndrica y más irregular; lo que parece indicar que, al reunir las dos mitades, se dejaba entre ellas un cierto huelgo que debía llenarse á mano; de esta suerte se conseguía siempre igualarlas, lo que era una ventaja para el moldeo, puesto que evitaba hacer en los moldes las porciones verticales, que no se extraen de ellos fácilmente. La prueba de que esta preocupación existía es que el resalto, que indica el fin del molde en la mitad inferior de la urna, se encuentra más bajo que la panza y en la parte aun cónica.

Concíbese que en la unión de las dos porciones no se llegase de ordinario á hacer coincidir los ejes con exactitud matemática; vese, en efecto, en muchos ejemplares una torsión de óvalo, sea porque los dos ejes forman un ángulo entre sí, sea porque son paralelos. El borde de la urna número 104 se ha despegado y muestra bien á las claras que no ha sido hecho de una sola pieza juntamente con el resto de la vasija. Los pezones se añadían también posteriormente, despegándose con frecuencia.

Creemos haber puesto de manifiesto un número de particularidades suficiente, en especial la que se refiere á la no coincidencia de los ejes de las dos partes, para excluir absolutamente la idea del empleo del torno en la confección de estas bellas obras de alfar.

Un mismo molde debía servir para la confección de varias vasijas; pero de seguro no se encontrarán jamás dos urnas que tengan la misma forma, porque la posición respectiva de las dos partes nunca es idéntica; así es que unos ataúdes son largos y otros cortos, siendo notable, entre los de este último tipo, la vasija que tapaba la sepultura 824. Debiendo ser muy ancha su abertura, ha sido moldeada como si estuviese destinada á una vasija igualmente muy ancha; la base, por el contrario, tiene una dimensión mediana; al reunir las dos partes, se ha suprimido casi toda la zona intermedia, y ha resultado una urna muy corta, ensanchándose bruscamente hacia los dos tercios de su altura.

El bruñido de toda la superficie interior era fácil de obtener, puesto que se hacía sobre la pasta aun blanda; esta operación tiene la ventaja de comprimir la pasta; y como ésta contiene un gran número de chinitas, de aquí que se hiciera muy resistente, aun antes de proceder á la cochura. En cuanto á la superficie exterior, el bruñido de su mitad superior podía hacerse muy fácilmente; para la parte inferior hay que suponer que la superficie del molde era muy regular y estaba bañada con una substancia que se oponía á la adherencia; esto no ofrecía dificultad más que en lo que se refiere á la zona correspondiente al orificio del molde, á la que no se podía tocar hasta después de extraer la vasija, quedando en este punto algunas desigualdades, que era preciso arreglar cuando la tierra estaba ya endurecida.

Según ya dijimos, la suposición de que debía encenderse fuego, bien que moderado, en el interior de la vasija, antes de sacarla del molde, parece bastante admisible; pues, de otro modo, no se concibe cómo hubiera podido resistir su transporte al lugar en que debía cocerse, y ni siquiera su propio peso, aun suponiendo que se destruyera el molde para hacer la cochura en el mismo sitio.

Para las urnas grandes los límites ordinarios de su espesor son los de diez y veinticinco milímetros; la pasta está llena de pequeños fragmentos de piedra, como cuarzo, mica, granates, etc., provenientes de las micacitas granatíferas descompuestas ó al intento trituradas.

El color es rojo, variando según el grado de cocción, y quedando la parte central frecuentemente de un tinte negruzco ó amarillento. En la superficie externa vense también manchas negras y amarillas, irregulares, de contornos caprichosos, y á veces formando fajas; la superficie interna es, por lo general, de un tinte más uniforme, cualquiera que sea su color. El examen de estas manchas nos induce á creer que son debidas á la acción desigual producida, en el momento de la cochura, por las llamas, según su intensidad y su poder oxidante. Si se supone, en efecto, la vasija colocada en el centro de una hoguera, las llamas de ésta lamerán irregularmente la superficie de la urna; en los puntos en que el oxígeno del aire tendrá más acceso, el barro tomará el color rojo; y por el contrario, permanecerá ó se volverá negro allí donde el contacto con los pedazos de leña producirá una llama humosa, cuya acción es más bien reductriz; el humo penetrará á

una profundidad variable en la pasta; habrá además zonas intermedias en que la llama no tendrá ningún poder, ni bastante reductor, ni bastante oxidante; allí se originarán tintes amarillos. Tenemos algunos objetos de alfar en que esta acción de la llama es bien visible; obligada á serpentear por entre los troncos, ha producido un rastro ondulado de color claro, tanto mejor marcado cuanto más se aproxima al punto en que la llama parecía tener origen; dejándose guiar por este carácter, viene á deducirse que la vasija se cocía puesta de pie, mirando hacia arriba la abertura.

Una de las urnas es roja en su interior, salvo una gran mancha negra que ocupa todo el fondo y otras más pequeñas que se ven en todo su alrededor; de ella parece desprenderse todavía con claridad que ha sido cocida de pie; además, en su interior debió introducirse leña, cuyos restos, acumulados en el fondo é imperfectamente quemados, suministrarían el carbono que ha ennegrecido la pasta en este punto. Hay, de todos modos, una gran diferencia entre el aspecto de las superficies exteriores é interiores de una misma urna, lo que puede explicarse porque el interior estaba más al abrigo de las variaciones de temperatura; pero entonces cabe preguntar si estas variaciones de temperatura y de corrientes de aire consienten la hipótesis de un horno cerrado; pues ¿no produciría éste sobre los objetos que contuviera el mismo efecto que la vasija misma con relación á su superficie interior? En este caso la diferencia de color entre las dos superficies no tendría explicación plausible. Por nuestra parte nos es imposible decidir en definitiva la cuestión, porque ignoramos si se introducía siempre combustible en la vasija.

Mas, á pesar de todo, nuestra opinión se inclina á que la vasija estaba colocada de pie, al aire libre y tal vez junto á una peña que la resguardase del efecto asaz violento de las corrientes de aire; la vasija se hallaría además rodeada de un montón de leña, con ella se llenaba probablemente también su interior, y en seguida se pegaba fuego.

M. Schliemann hace observar, ¹ con motivo del gran *pithos* encontrado en Hissarlik, que la cochura completa de esta colosal vasija no podía efectuarse, á falta de hornos, sino llenándola por dentro y rodeándola por fuera de leña encendida.

¹ Op. cit., pág. 756.

Las urnas están por lo común rotas, aplastadas bajo el peso de la tierra; y por consecuencia de esto, los esqueletos y los objetos de alfar que contenían han quedado frecuentemente destrozados.

Hemos tenido, no obstante, la suerte de encontrar algunos de estos ataúdes intactos, y hemos podido reconstituir un número bastante grande de ellos.

Su cierre no siempre se había efectuado de la misma manera.

Ordinariamente las urnas estaban colocadas horizontalmente, ó con la boca un poco más alta, habiéndose aplicado sobre el orificio una losa que sobresalía algún tanto en todo su alrededor. Estas losas eran por lo común de arenisca, pero más delgadas que las de las tumbas. Hemos encontrado dos de ellas que llevan cada una un par de escotaduras destinadas probablemente á pasar por ellas una cuerda, que permitiera cargarlas á lomo de una bestia de carga y transportarlas así desde la cantera hasta la meseta. Para hacer actualmente una operación semejante se procedería de la misma manera.

Un corto número de esas losas de cierre consisten en lajas de yeso cristalizado de dos á cuatro centímetros de espesor. Los cristales que las forman son perpendiculares á la cara de la misma laja. Como más arriba dijimos, las margas terciarias se hallan atravesadas por venillas de yeso, de las que pueden extraerse lajas más ó menos grandes. Por lo que se ve, nuestros prehistóricos habían sacado partido de ellas.

Ciertas tumbas de niños están tapadas con muelas de piedra inútiles ya para el trabajo.

En lugar de una losa, se empleaba á veces para el cierre un pequeño muro de piedras trabadas con tierra.

Otro sistema consistía en adaptar una segunda urna á la boca de la primera, entrando la una dentro de la otra en una longitud variable.

Servíanse de este procedimiento seguramente cuando el sitio escaseaba, para no emplear más que una vasija, aumentando de esta manera el espacio disponible.

El esqueleto de la sepultura número 19 estaba depositado en una urna cerrada con una vasija cónica. Los de los números 617 y 618 hallábanse el uno en una urna y el otro en otra adosada á la primera de tal modo que las dos bocas se tocaban. Este caso se ha presentado varias veces.

A algunas urnas les faltaba el fondo, y el agujero que resultaba se había tapado con piedras, losas ó fragmentos de vasijas; y á veces también con una pasta blanca, especie de arcilla yesera endurecida. Otras contenían, además del esqueleto, otra vasija conteniendo despojos de algún niño.

Las sepulturas de niños estaban colocadas frecuentemente en posición vertical.

Como hemos dicho ya, las urnas eran el género de sepulcro que más abundaba en el Argar.

¿Qué razón había para ello?

No hay que buscarla en una diferencia social, porque los ajuares de las tumbas no difieren de los de las urnas, ni por su naturaleza, ni por su riqueza.

Teniendo en cuenta el notable desenvolvimiento que el arte del alfarero había alcanzado, según tendremos aún más ocasiones de admirar, es de creer que se daba la preferencia á los sarcófagos de tierra cocida sobre los de piedra.

En efecto, la operación de descubrir y arrancar esas losas no deja de ser bastante laboriosa; y el transporte de las mismas á la población con bestias de carga tampoco debía ser muy cómodo. Ciertamente que el fabricar, secar y cocer esas grandes y bellas urnas demanda no escasa habilidad; pero, una vez conocido el procedimiento, el hábito de hacerlas ha de haberse adquirido rápidamente; las primeras materias para la confección de la pasta podían provenir de las inmediaciones mismas de la meseta; y las vasijas habrían podido ser labradas, por consiguiente, en el mismo lugar de su empleo.

Estas sepulturas ocupan menos sitio, siendo también más fácil de hacer el cierre de la junta de la tapa, que ejecutar la misma operación para todas las losas de una sepultura. Estos argumentos tienen su valor, tratándose de una población que sólo disponía de un recinto limitado y que debía evitar, en cuanto fuera posible, la difusión de los miasmas pestilenciales.

Razones del mismo género pueden haber dado origen al hábito de encoger los cuerpos, doblándolos sobre sí mismos. No entendemos con esto disputar la importancia que posee, desde el punto de vista del estudio

de la antigüedad, la costumbre, tan general desde los tiempos neolíticos, de doblar los cadáveres sobre sí mismos, al inhumarlos, y las ideas simbólicas que á esto se atribuyen. Mas, en el caso que nos ocupa, era mucho más sencillo seguramente, una vez que el respeto á los muertos llevaba á estas gentes á introducirlos en un espacio cerrado, hacerles ocupar el menor sitio posible.

Esto ante todo es práctico.

Describiremos más lejos una de las sepulturas más notables de *Fuente Alamo*, que tenía dos metros veinticinco centímetros de largo, un metro veinte centímetros de ancho y un metro de profundidad. Era ésta una tumba formada con losas de piedra, en la que el cadáver estaba verosímilmente tendido á lo largo. La costumbre de doblar los muertos no carecía, pues, de alguna excepción, habiendo sido aquí derogada para una sepultura de gran riqueza, no escatimándole el sitio.

Es probable que lo mismo ocurriría con la sepultura violada del Argar que antes hemos mencionado.

Apresurémonos, por lo demás, á reconocerlo: sin dejar de subordinar los enterramientos á consideraciones puramente prácticas, este gran pueblo llevaba el respeto por sus muertos á un punto difícil de superar.

No solamente esos hombres formaban para el que dejaba de existir una morada construída y dispuesta con todo esmero, y esto bajo su mismo techo, sino que metían en su tumba vasijas, preciosas sin duda para ellos, armas, útiles; cubrían al difunto con sus vestidos y sus joyas, y á su lado depositaban alimentos.

Existía la creencia en una vida futura; esta vez no es posible dudarlo.

¿Para qué hubiera servido, si no, esa comida? El respeto á la muerte da la verdadera medida de esta civilización primitiva.

Este respeto se extendía al niño, lo mismo que á la mujer y al anciano.

Después de estas generalidades sobre las sepulturas, procederemos ahora al estudio de los objetos que constituían los ajuares funerarios.

Las osamentas y las piezas del mobiliario funerario han sido extraídas ordinariamente de entre la tierra que llenaba las tumbas.

OBJETOS DE PIEDRA.— Los instrumentos de piedra son excepcionales en las tumbas.

Las sepulturas números 425, 530, 692 y 767 contenían tablitas de pizarra perforadas.

El número 433 contenía una tosca punta de flecha de pedernal, única que nos ha dado el Argar y cuya presencia aquí nos parece puramente accidental.

En fin, junto á algunos esqueletos encontrábanse toscas hojas de pedernal, que habrían sido introducidas allí también fortuitamente. Es bastante frecuente encontrar cantos rodados que conservan señales de percusión y han sido depositados intencionalmente junto al muerto.

También alguna vez hemos observado, al exterior y junto á las sepulturas, la presencia de diversos objetos, que pueden haber sido puestos allí deliberadamente cuando la inhumación.

La sepultura número 711 nos da de ello un buen ejemplo: junto á la urna y fuera de ella, yacían un hacha de diorita, una especie de sierra de pedernal, una piedra ofreciendo una garganta cerca de una de sus extremidades y una punta de hueso.

Hablaremos de las cuentas de collar de piedra en un párrafo especial consagrado á esta clase de adornos.

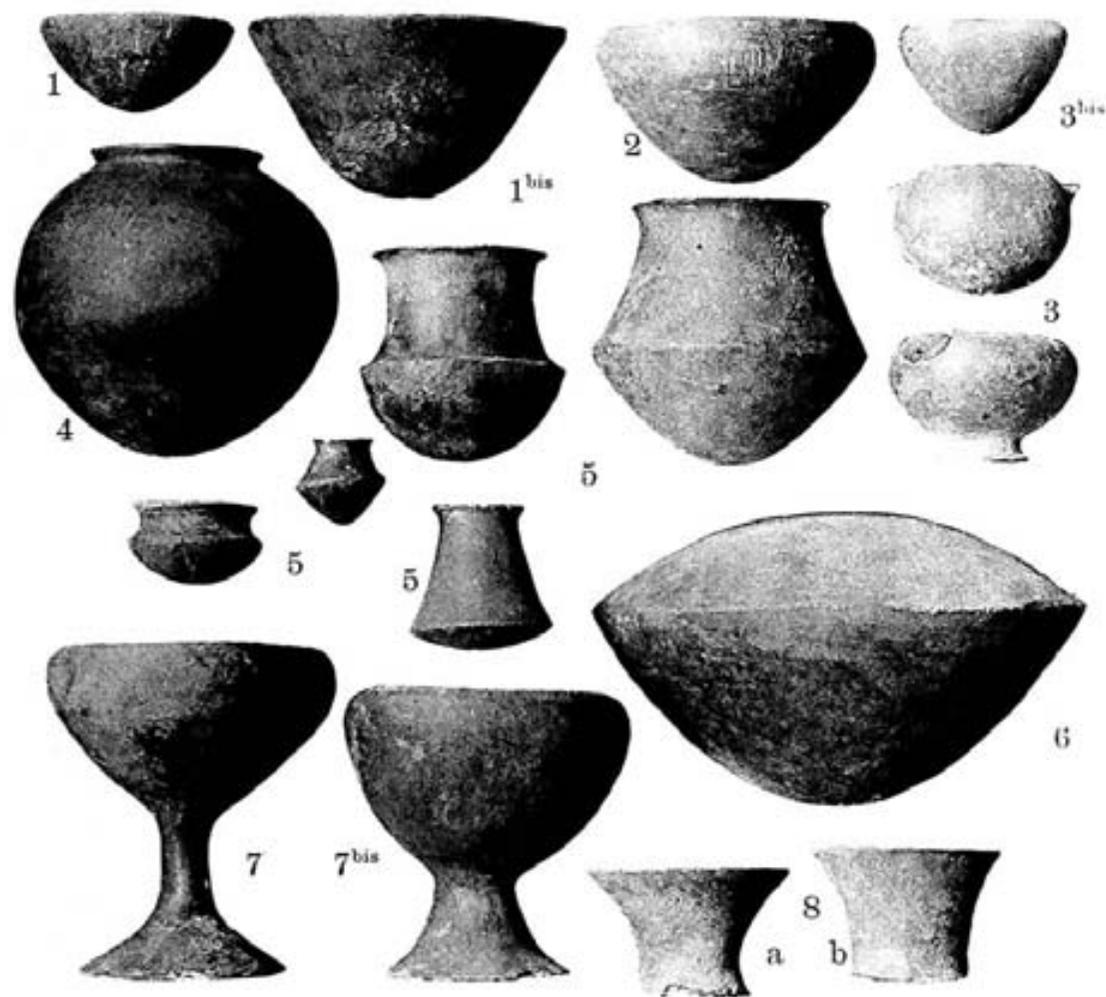
OBJETOS DE HUESO Y MARFIL. — Dejando aparte las cuentas de collar y los huesos de animales, estos objetos son raros. Señalemos solamente algunas puntas de hueso, un pequeño número de colmillos de jabalí, empleados como colgantes, seis botones de marfil, de forma piramidal (sepultura número 202, v. lám. 41), y otro cónico (sep. número 407, lám. 48).

CERÁMICA. — Los objetos de alfar encontrados en el interior de las tumbas del Argar, que en nuestra colección figuran, son en número de seiscientos cincuenta.

Las vasijas encontradas en el interior de las tumbas son de varios tipos, bien definidos y elegantes todos. Pueden encontrarse, si se quiere, formas de transición en algunos de ellos; pero, además de que esto es raro, á nada conduciría su examen.

Presentamos aquí al lado un ejemplar de cada tipo, con algunas de las variantes que se les ha hecho sufrir.

Tipo 1. — Es el más sencillo y está ejecutado ordinariamente con una



TIPOS DE VASIJAS

1. Tipo 1. En el ejemplar que se figura se ven las estrias verticales que de ordinario existen en estas vasijas.
- 1^{bis}. Ejemplar del mismo tipo, de dimensiones poco comunes.
2. Tipo 2. Con estrias verticales bien marcadas.
3. Tipo 3. Dos formas diferentes.
- 3^{bis}. Forma poco frecuente del tipo 3, aproximándose al tipo 2, salvo las dimensiones.
4. Tipo 4. Como se ve, su perfil se compone de tres partes: la parte media, más ó menos cilíndrica y que sirve para enlazar las otras dos, es la que está peor ejecutada.
- 5, 5, 5. Tipo 5. Muy variable en sus proporciones.
6. Tipo 6.
- 7, y 7^{bis}. Tipo 7. Dos variedades que difieren por la forma del pie.
8. Tipo 8. Dos variedades: *a* proviene de una copa (tipo 7^{bis}) rota: *b* ha sido fabricada desde luego con su forma actual.

gran perfección. Las dimensiones del número 1 bis son mucho mayores é indican un uso distinto. Entre las vasijas de este tamaño, mucho menos numerosas que las pequeñas, las hay que tienen el fondo plano y se sostienen en pie por sí solas. Una de las tazas de esta forma (sepultura 784) está provista cerca del borde de ocho orejetas un poco encorvadas hacia arriba en forma de ganchos.

Tipo 2. — Muy abundante; su forma y sus dimensiones son casi constantes.

Tipo 3. — Igualmente muy frecuente, y provisto á veces de dos orejetas perforadas verticalmente. Uno de los ejemplares lleva cuatro botones macizos; alguna vez el fondo es plano ó está provisto de un pie.

Tipo 4. — Este tipo (excepción hecha del ejemplar de la Pernerá, que por lo demás atribuimos á nuestra última época) aparece aquí por vez primera; es bastante frecuente y de ordinario bien hecho; sus dimensiones son siempre bastante grandes y su forma bien definida.

Tipo 5. — De éste es del que se han reunido mayor número de ejemplares, de las dimensiones más variadas, desde 3 $\frac{1}{4}$ hasta 22 centímetros de altura. Sus proporciones varían mucho, así como la forma de sus curvas.

Tipo 6. — Muy raro; algunas formas intermedias lo enlazan con el precedente, pero las extremas, bien caracterizadas, se distinguen de aquél en absoluto.

Tipo 7 y 7 bis. — Esta es la obra maestra del alfarero de Algar, sin que sea por esto una forma rara, excepcional; nuestro pueblo gustaba de estas copas y las empleaba mucho, pero eran muy frágiles. Si se tienen en cuenta todos los fragmentos que de ellas poseemos se llega á un total casi igual al de las obras del tipo 5, ó sea, unas ciento cincuenta próximamente. Entre estos fragmentos figuran buen número de vasijas faltas de pie y empleadas en lugar del tipo 2, como también muchos pies sueltos.

Tipo 8. — Se deriva del precedente; estas vasijas no son, en efecto, en la generalidad de los casos, más que pies de copas rotas, á los cuales se halla adherida una porción de la parte superior; estos pies, vueltos de arriba á abajo, han sido empleados como otras vasijas cualesquiera: la fractura, regularizada, conserva con frecuencia señales de un uso prolongado. Aquellas de estas vasijas que han sido desde un principio fabricadas en esta forma están de ordinario mal ejecutadas; diríase que son simple imitación de las otras.

Distribución. — Las sepulturas de mujer tenían por lo común dos vasijas, una grande y otra pequeña. Las de hombre por excepción contenían más de una: en rigor no podemos asegurar que tal sucediera más que en la sepultura número 880; y aún esta sepultura pertenece á un tipo enteramente especial, es decir que, así las vasijas como las armas que contenía, son de formas raras.

Para las mujeres la asociación más frecuente es la de los tipos 4 y 8.

Después de ella vienen las siguientes combinaciones: 5 (para la vasija grande) con 3 ú 8, 4 y 3, 2 y 8.

Las formas 7 y 8 parecen caracterizar más bien al sexo femenino.

Las copas (tipo 7) son raras en el interior de las tumbas; se las encuentra de ordinario al lado de ellas, y sobre todo encima, reunidas en cierto número.

Los hombres, con más frecuencia que las mujeres, tienen á su lado una sola vasija de los tipos 4 ó 5.

El tipo 6 no se ha encontrado en una sepultura de mujer más que en Fuente Alamo. (Debemos advertir que comprendemos á veces en los enunciados que preceden las sepulturas de diferentes caseríos de nuestra tercera época, cuando esto nos permite generalizar más los hechos).

Uso. — Ninguna de las vasijas funerarias parece haber sido puesta al fuego. Las tazas (tipo 1) están muy usadas; llevan unas estrías verticales que parten del borde y descienden más ó menos abajo, como si se las hubiese empleado en sacar agua de un recipiente poco profundo; estas estrías habrían sido producidas por el contacto de la vasija con el fondo de este recipiente, presentándose más marcadas en las partes de la taza que aparecen más de relieve. En la punta inferior existe algunas veces un pequeño hoyuelo en el que se puede fácilmente alojar el dedo y coger la vasija con alguna más seguridad; esta depresión, hecha cuando la pasta estaba fresca, ha producido una abolladura en el fondo, en su parte interior. La base presenta también señales de uso, provenientes sin duda de colocar la taza sobre tierra ó arena.

En las tazas de gruesos bordes, ó copas sin pie del tipo 2, se observan las mismas estrías verticales, pero no llegan éstas hasta el borde; se las ve en todo el contorno de la vasija allí donde ésta presenta su máximo diámetro.

Estas estrías, que existen en las vasijas 1 y 2, no pueden provenir del empleo de un soporte, puesto que se encuentran en la parte superior; esto

supondría, en efecto, que las vasijas habrían entrado por completo en el soporte en cuestión, y en este caso no se hubiera sabido cómo sacarlas de él convenientemente.

Tipo 3. — La sepultura 245 contenía una vasija de este tipo en la que había un peine de madera: las orejetas perforadas hacen este objeto de fácil transporte y muy manejable: es de creer que las mujeres guardaban en él los pequeños objetos que llevaban consigo; otras vasijas pequeñas llenaban también el mismo fin, según haremos constar más adelante.

Tipo 4. — Apenas se ven en él señales de uso más que en la parte que toca al suelo. Las asas, de que están provistas varias de estas ollas, prueban que estaban destinadas á ser manejadas con frecuencia. Algunas son verdaderamente bastas; mas, en contra, hay que admirar la ligereza y la perfección de muchas de ellas. La constancia de su forma y de sus dimensiones indica que su destino estaba bien determinado.

Los habitantes de nuestras acrópolis habían de tener provisiones de agua á su alcance; cada cual, sin duda, poseería alguna en su vivienda, aparte de los depósitos que pudieran existir dentro del recinto. Para trepar fácilmente por las pendientes y las peñas de que algunas estaciones se hallan rodeadas, no podían tampoco cargarse con objetos demasiado pesados. Por otro lado, sin embargo, no convenía que los recipientes empleados para ir á buscar agua fuesen excesivamente pequeños; era preciso, pues, guardarlos convenientemente para huir de uno y otro extremo.

Parécenos que las más sólidas de entre las ollas de que nos ocupamos responden bastante bien á estas exigencias; á la vez que dimensiones pequeñas, tienen una capacidad bastante considerable: de tres á seis litros; la boca es bastante estrecha. Estas vasijas debían llevarse al brazo (como se hace todavía hoy en el país con los cántaros); tienen con frecuencia un asa, que, sin ser indispensable, es muy útil para el transporte; se pasa un dedo por ella y esto asegura la estabilidad del recipiente. Una segunda asa no habría servido para nada.

En las casas podían depositarse estos recipientes en pequeños huecos practicados en una arcilla endurecida, ó en la misma tierra; hoy día se introduce en pequeños hoyos de yeso la extremidad inferior de las grandes tinajas que sirven para contener el agua de que se ha menester para los usos domésticos. El fondo de las tinajas es plano, como el de ciertas ollas

prehistóricas, á las cuales se parecen mucho, pero sus dimensiones son mucho más considerables.

Tipo 5. — Las grandes podían servir para el mismo uso que las precedentes, pero están mejor calculadas para poderse coger con las dos manos y no tienen asas.

Se ve el desgaste producido en todo su alrededor, en los puntos de su mayor anchura; cuando este desgaste es muy fuerte, se observa que ha debido producirse por un objeto que presentaba una superficie cónica ensanchándose hacia arriba; de aquí puede deducirse que la vasija se colocaba sobre un soporte hueco con el cual estaba en contacto por el lado y no por el fondo.

Las más pequeñas de estas vasijas debían contener sustancias raras, preciosas ó que se empleaban en pequeñas cantidades. Están desgastadas como las grandes.

Tipo 6. — Son demasiado raros los ejemplares para poder hacer sobre ellos ninguna deducción; el uso de estos singulares recipientes debía ser limitado.

Tipo 7. — Hemos dicho ya que el gran número de copas, y sobre todo de copas rotas, prueba su uso diario; parecen hechas para beber, pero su borde entrante es algo incómodo. Sea de ello lo que quiera, sorprende el ver esos modelos de elegancia tan generalizados y de uso tan frecuente como la vasija más ordinaria.

Tipo 8. — Se comprende que esos fragmentos, procedentes de copas rotas, no tengan un destino bien determinado; como se los ha imitado, sin embargo, hay que creer que prestarían algún servicio; en el Oficio hemos encontrado uno que contenía un peine; puede asimilarse á los del tipo 3. El de la sepultura 102 está simplemente despegado; no tenía, pues, fondo, habiéndosele arreglado uno con una substancia blanca bastante resistente.

Queda por averiguar si estas vasijas debían llenar cerca del muerto, en la intención de los sobrevivientes, el mismo oficio que tenían en su cotidiano empleo; cosa que hay lugar á dudar, vista la variedad de sus formas y dimensiones. Estas vasijas, bien hayan contenido agua, harina ó cualquier otra cosa, podían servir todas indistintamente dentro del ataúd para el mismo uso, para contener alimentos seguramente, y alguna vez, por lo que mira á las pequeñas, para encerrar pequeños objetos de los que

no se quería separar al difunto, ó substancias preciosas, tales como perfumes, medicamentos, etc.

Fabricación. — Tendremos que repetir aquí una gran parte de lo que llevamos dicho ya á propósito de la fabricación de las urnas. Pasemos revista á los diferentes tipos.

Tipo 1. — Probablemente se fabricaba con un molde hueco; ninguna dificultad había para obtener esta forma, á no ser en los grandes ejemplares, como el de la sepultura 784, provisto de ocho orejetas (V. fig. 3, lám. XIX adjunta). El examen de su corte revela que ha sido hecho á molde hasta cerca de su borde; éste con las orejetas que lo acompañan ha sido hecho á mano, por más arriba del molde; esta parte es mucho más abollada y más irregular, enlazándose mal exteriormente con la parte inferior.

Tipo 2. — Hemos citado ya la vasija sin concluir de la sepultura 777. Su simple inspección prueba que la mitad inferior se hacía en un molde hueco; toda la superficie exterior de esta parte es muy regular, pero ni los dedos ni el alisador han intervenido en ello para nada.

El borde del molde era irregular y también un poco más ancho hacia la boca; por esto la pared de la vasija resulta algo más gruesa á este nivel.

En cuanto á la mitad superior, tan tosca es que no cabe duda de que está hecha á mano, sin nada que la guiara. Es de creer que, cuando el moldeo de la porción inferior estaba terminado, el obrero continuaba por decirlo así, la construcción de su obra, sobreponiendo unas á otras, por ejemplo, tiras de barro, que procuraba unir lo mejor posible á la parte ya existente, dándoles á la vez forma sobre la marcha. De esta manera, no yendo guiado por el molde, producía rebabas allí donde éste terminaba y donde la pasta, como ya hemos visto, tenía más espesor: y esto es precisamente lo que nos ha puesto en evidencia el procedimiento empleado. Más arriba el espesor vuelve á ser más uniforme; pudiendo en este punto el obrero manipular mejor entre sus dedos la pasta. De aquí ha resultado la formación de una especie de bocete en todo su contorno exterior; además, abstracción hecha del bocete, las dos curvas, la que daba el molde y la otra, hecha á mano, no se juntan bien, porque el artífice no podía guiarse sino aproximadamente y á tientas para la parte de fuera del molde; en el interior, nada de esto se observa, porque allí el ojo no menos que la mano tenía fácil acceso y permitía enderezar toda curva indecisa.

La sepultura 763 ha proporcionado una vasija de igual forma, enteramente acabada; la boca es una circunferencia perfecta y apenas podría creerse que fuese ejecutada sin ayuda del torno, si no se distinguiera perfectamente bien sobre la superficie exterior un bocete circular que los esfuerzos para alisarlo no han conseguido hacer desaparecer; él pone el sello al procedimiento empleado para la fabricación de la vasija precedente; y de esta suerte queda probada la habilidad de nuestros artífices en producir formas perfectas sin ayuda del torno.

Reproducimos en la lámina inmediata las vistas y los cortes de los objetos de cerámica que acabamos de describir. Ambos tienen el fondo grueso; inmediatamente debajo del bocete hay una parte más delgada, que procede de la forma obtenida en el molde; hay vasijas en que esta delgadez es exagerada; de todos modos, existe siempre y revela el empleo del molde aun en el caso de que el bocete haya desaparecido por completo.

Tipo 3. — Procedimiento análogo, sin duda, al precedente.

Tipo 4. — Se fabricaba como las urnas-ataúdes. Se demuestra, en efecto, por aquellos ejemplares en que la destreza del artista y un bruñido más prolongado no han podido atenuar del todo los siguientes defectos:

El bocete, que indica la altura del molde, é inmediatamente debajo el adelgazamiento de las paredes, consecuencia de la forma del molde.

Una parte casi cilíndrica y con frecuencia irregularmente trabajada.

Una tercera parte regular, en general, como la base; y fabricada aparte, sin duda, en un molde. La porción cilíndrica constituye la unión hecha á mano.

En fin, el borde añadido posteriormente, y que á veces falta.

Puede ser también que, en ciertos casos, toda la mitad superior haya sido hecha enteramente á mano.

Una gran parte de las imperfecciones que hacemos constar, y que nos revelan los procedimientos empleados, es debida á que, en el tiempo que transcurría de una á otra operación, la arcilla llegaba á ponerse demasiado seca para que pudieran corregirse las faltas.

En más de una de estas vasijas la zona media, en lugar de aparecer combada, ó á lo menos cilíndrica, es entrante y produce un estrechamiento. El moldeo completo de las dos partes referidas es incompatible con esta forma, y aquí tenemos una nueva y segura prueba de que una de las partes,

comprendida entre las dos porciones hechas con molde, se hacía por entero á mano.

Tipo 5. — Procedimiento casi idéntico al precedente, pero algo más sencillo. También aquí el fondo de la vasija da testimonio del ligero ensanche del molde en la parte superior; pero, como á continuación de este fondo viene inmediatamente una arista y un cambio de curva, las imperfecciones quedan mejor disimuladas. La juntura de las dos porciones hechas con molde se efectuaba justamente en dicha arista. La vasija de la sepultura número 131 nos da de ello una prueba, como quiera que, habiéndose despegado el fondo de la misma, se ve en él muy bien la cara que lo terminaba antes de su unión con la parte de arriba; esta parte lleva también la impresión de la misma cara de unión, y lateralmente un poco de tierra cubre la juntura; una vez más, la tierra estaba ya demasiado seca cuando se aplicó el tronco de cono superior sobre el casquete del fondo, y la adherencia resultó insuficiente.

Pero si la irregularidad que resulta de la juntura misma es menos visible, hay aquí otra cosa puesta de relieve por la existencia de la arista en que se hacía dicha juntura. Esta arista debería encontrarse, en efecto, sobre un plano horizontal, hecho que casi nunca se realiza, sino que, por el contrario, undula, sube, desciende, ó bien, aun sin moverse de un mismo plano, se halla éste inclinado con relación al eje. Esto proviene de que cada una de las dos partes era fabricada, á nuestro juicio, separadamente; y cuando había que reunir las no era fácil hacerlas coincidir. De esta yuxtaposición depende la curvatura de la vasija y su mayor ó menor elegancia; así, su forma resulta pesada, si la circunferencia superior es demasiado grande: si, por el contrario, es demasiado pequeña, entonces hay que añadirle un trozo que se ensancha bruscamente, y la curva que en este caso se obtiene suele ser bastante graciosa. Algunas piezas pertenecientes á sepulturas vecinas tienen todo el aspecto de haber sido fabricadas con un mismo molde, pero difieren en su forma á consecuencia del enlace de las dos partes, que modifica dicha forma á voluntad.

Tipo 6. — Nada de particular hay que decir sobre su fabricación.

Tipo 7. — Hay vasijas de dos especies: las de cuello ancho y las de cuello estrecho.

Todas están hechas de dos piezas: la copa, ejecutada como hemos

dicho (tipo 2), y el pie, muy fácil de moldear. Sobre el fondo de la copa y en su parte exterior trazábanse en hueco algunas líneas cruzadas, á fin de aumentar su adherencia con el pie, al que se aplicaba en seguida. Los cuellos estrechos están atravesados por un agujero practicado con un palo circular. (Este agujero no se presenta nunca exactamente en el centro, lo que excluye la hipótesis de que hubiese podido servir para fijar la pieza en el torno). Su parte más estrecha no se encuentra precisamente en la unión con la copa, sino algunos centímetros más abajo; imposible, por lo tanto, que pudieran formarse ambas partes de una sola vez en un molde hueco; sino que una con otra debían completarse en el momento de practicar su unión.

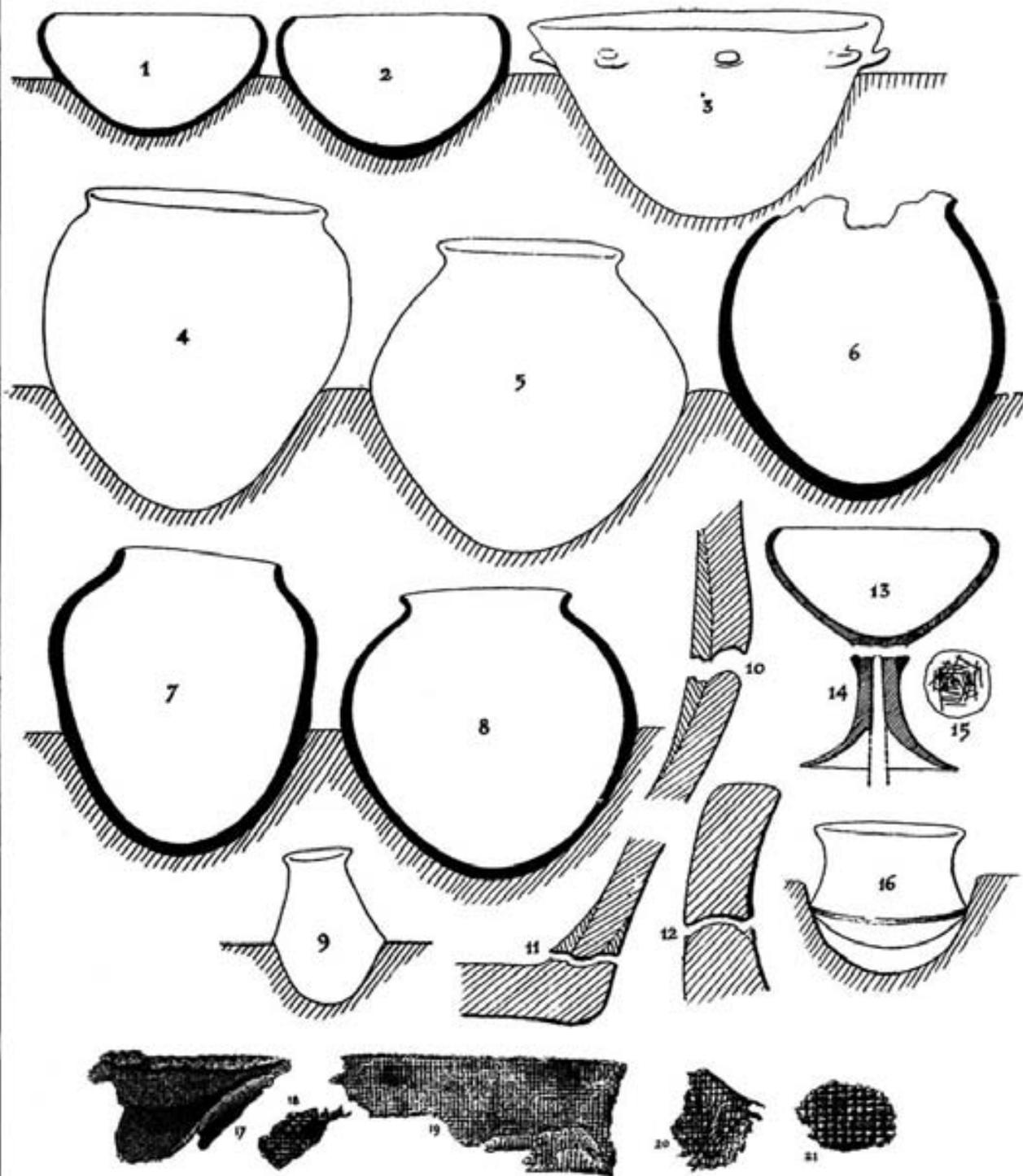
Por excepción vemos alguna que otra copa en que el enlace de las dos partes esté bien hecho; casi siempre el pie no corresponde al centro de la copa, ó bien ésta se halla torcida; otras veces un borde se encuentra mucho más bajo que el otro; y aunque esto puede ser debido á la poca destreza del alfarero, también se explica por la deformación sufrida por la vasija durante la desecación ó la cochura.

El agujero practicado en el cuello tenía muchas ventajas: permitía que el calor atravesara mejor la pasta, evitaba contracciones desiguales por efecto de la cochura y hacía más ligera la vasija. El palito podía facilitar el modelado.

A pesar de todas estas precauciones, un gran número de pies se han despegado; debiéndose á rajaduras en el acto de la cochura, tanto acaso como á roturas posteriores, los numerosos pies aislados y las copas sin pie, utilizadas como tales.

La ausencia de la rueda del alfarero también aquí está fuera de duda, pero, repitámoslo ¡cuánto no debemos admirar la paciencia de ese pueblo y su persistencia en domar la rebelde arcilla, sin más auxilios que sus manos, y en fabricar esas valientes y atrevidas obras de alfar! ¿no es motivo para maravillarse el ver cómo se imprimen á la tierra formas tan elegantes con medios tan primitivos?

Cuando las piezas de alfar estaban suficientemente secas, se alisaba cuidadosamente toda su superficie, á excepción de un pequeño número de puntos á los que difícilmente se podía llegar. Esta operación podía hacerse, según el estado de la pasta, con puntas de hueso ó con ciertas piedras:



1. Argar, sepultura 11. — 2. Id. 163 — 3. Id. 784. — 4. Puent-Alamo 9 — 5. Argar, 711. — 6. Id. 605. — 7. Id. 15 — 8. Id. 735. — 9. Id. 529 — Estas vasijas están representadas como si estuvieran colocadas en el molde en que su mitad inferior ha sido fabricada.
 10. Argar, sepultura 131. — Fragmento de vasija del tipo 5, que pone de manifiesto la fabricación en dos partes, la junta se tapaba con arcilla por el interior, antes de la cocción.
 11. Ferrusiel, sepultura 5. Fragmento del fondo de la urna. Igual observación.
 12. Argar, sepultura 104. Fragmento del borde de la urna. Igual observación.
 13, 14, 15. Argar, sep. 123. Corte de una copa y de su pie, despegados, mostrando el procedimiento seguido en la fabricación. el n.º 15 deja ver los trazo practicados en el fondo exterior de la copa y la huella de la extremidad del palo que se empleó para dicha fabricación.

16. Argar, sepultura 897. Vasija desmenuada en todo su contorno. esta figura muestra la forma del soporte de esta vasija, delgada de la que ofrece la parte desgastada.
 17. Pedazo de tela fina con doblez (Argar, sep. 529) — 18. Tela menuda fina. — 19. Tela, con la orilla terminal de la pieza (sep. 7) — 20. Tela cuy. pieza se ensanchaba por arriba — 21. Esponjoso de tela, de la clase más gruesa encontrada en el Argar.

Los números de 1 a 9 están dibujados al quinto de su tamaño natural.
 Los de 10 a 12 a los cuatro quintos, y los de 13 a 16 al quinto.
 Los de 17 a 21 en su tamaño natural.

poseemos, en efecto, algunas piedras pequeñas que parecen haber servido largo tiempo para una operación semejante. Son unos cantos rodados cuya superficie se presenta completamente unida y estriada (Lám. 23, fig. 16 — lám. 20, fig. 75, etc.).

Precedentemente, en Ifre y en Zapata, hemos encontrado copas en las que el obrero, sirviéndose del alisador, como de un buril, había dibujado ciertos adornos en el fondo de la vasija. En el Argar volvemos á encontrarlas: dos copas llevan cada una en el fondo una cruz así producida, con círculos concéntricos en medio. No es lícito ver en ésto un hecho debido simplemente al azar ó al capricho de un alfarero; era, por el contrario, un uso generalizado en el país, cuyo sentido, sin embargo, se nos esconde.

Cochura. — La pasta contiene un gran número de piedrecitas, sobre todo cuarzo y mica; es, sin embargo, fina y resistente. La superficie es negra: pero el color rojo reemplaza al negro á medida que se penetra en su espesor.

Separadamente de esta regla general, hay que citar el tinte pardo amarillento, muy frecuente sobre todo en la superficie y particularmente bajo forma de manchas; también se presentan manchas rojas. El color negro penetra á veces la vasija de parte á parte. Otras veces el centro es gris y las superficies negras, pero entre aquél y éstas se extiende una zona roja.

El color deseado, buscado por el alfarero, es el negro; pero una buena cochura, por lo general, enrojece el barro, aun cuando sea de por sí gris ó negro. Se necesitaba, por consiguiente, un procedimiento especial para ennegrecerlo.

Esto no era difícil de inventar. Al describir la cocción de las urnas, en la que no se buscaba, sin duda, más que la solidez, uno de cuyos indicios es el color bien rojo, hemos dicho que no se podía evitar la formación de manchas negras bajo la influencia de las partes humosas de la llama; una simple observación permitía comprobar el hecho y era fácil, después de esto, reproducirlo intencionalmente, introduciendo leña verde en el hogar, pero solamente cuando las vasijas estaban ya cocidas. De esta manera la llama reduce los compuestos de hierro que antes había oxidado, y deposita en los poros de la pasta materias carbonosas, carbono mismo, cuyo bello tinte negro constituía el resultado que se buscaba.

Así se explican:

El tinte gris que existe en el centro de la pasta y que es debido á estar allí la arcilla menos cocida y á que el oxígeno del aire no ha podido llegar hasta aquel punto.

El color rojo debajo de la superficie. En efecto, el calor y la oxidación han enrojecido la pasta durante la primera parte de la cocción.

El color negro, más intenso en la superficie, puesto que es por allí por donde penetraba el humo; y su disminución gradual y no brusca, como sucedería si hubiese sido obtenido por un barniz especial.

Hay casos, sin embargo, en que pueden haberse empleado barnices, pero estos casos son completamente excepcionales. (En Ifre la pequeña vasija de la sepultura 2 ha recibido con seguridad una mano de barniz, pero éste es amarillo rojizo.)

Por otra parte, un barniz obtenido por medio de una substancia carbonosa no resistiría la acción volatilizadora y oxidante de la llama.

Hemos hablado de manchas amarillas; existen éstas en partes muy bien cocidas; y sin que podamos decidirlo resueltamente, creemos que podrían ser resultado de una buena cochura, pero con poco aire.

Estas manchas irregulares parecen demostrar que las vasijas, lo mismo que las urnas, estaban rodeadas de leña. En cuanto al color negro y á la rareza del rojo, dan lugar á pensar que la cochura se hacía en un espacio cerrado en que se podía á voluntad producir una llama humosa, cerrando los orificios; al aire libre esto hubiese sido más difícil.

Las excavaciones de Ifre nos han enseñado, por otro lado, que la construcción de pequeños hornos era un hecho.

VESTIDURAS.— Los únicos restos de vestidos que se han encontrado consisten en pequeños pedazos de tela de lino.

Están siempre pegados á los pendientes, á los brazaletes, á las hachas ó á los puñales. Han debido, pues, su conservación á las sales metálicas de que se impregnaron y que en cierto modo han incrustado el tejido.

Adjuntas representamos diversas muestras de tela, de finura variable, con algunos detalles curiosos. En una de estas muestras se ve la orilla de la pieza; en otra un dobladillo cosido de una manera bastante sencilla, no hemos encontrado jamás agujas á propósito para hacer este trabajo:

presumimos que se abriría un agujero con un punzón y por él se haría pasar luego el hilo, procedimiento, por cierto, bien primitivo.

Nos hemos preguntado si ciertas vestiduras de lana ó de piel, impregnadas de sales de cobre, hubieran podido conservarse de la misma manera que la tela encontrada. No podemos llegar, sin embargo, á ninguna conclusión y nos limitamos solamente á hacer constar la existencia del lienzo en las tumbas.

Con todo, no sería ésta la única materia que se emplease para hacer vestidos. Dificilmente puede admitirse que, en todas las estaciones del año, los vestidos de lienzo fuesen más convenientes que cualesquiera otros, y es lícito presumir que las pieles de los animales, mejor ó peor preparadas, á falta de tejidos de lana, hayan sido puestas á contribución ampliamente. Los instrumentos de hueso pudieron servir en gran parte como agujas, punzones, lesnas, etc., para la confección de abrigos de pieles.

De la manera de enterrar los muertos puede racionalmente deducirse que se preparaba al difunto para entrar, bajo todos aspectos, en una segunda existencia, enteramente semejante á la que acababa de abandonar. Parece, pues, que debiera habersele cubierto con todos sus vestidos y no con un simple traje de lienzo. Una vez más, sin embargo, debemos contentarnos con meras hipótesis.

OBJETOS DE METAL.— Tenemos que describir:

Los cuchillos y puñales;

Las espadas;

Las hachas y alabardas;

Los punzones;

Los objetos destinados al adorno personal.

Desde el comienzo de nuestros trabajos en el Argar, pudimos fácilmente comprobar que las hachas eran características de las sepulturas de los hombres y los punzones de las que correspondían á las mujeres.

Los puñales ó cuchillos se han encontrado indistintamente junto á los varones y las hembras, al igual que las alhajas, bien que éstas son más ricas y más abundantes en las mujeres.

Cuchillos-puñales.— Estas armas abundaban mucho; el Argar por sí

solo ha suministrado más de doscientos ejemplares de ellas. Las de cobre son mucho más comunes que las de bronce.

Su tipo es reproducción del que hemos ya examinado, es decir, una hoja de longitud variable entre cuatro y veintidós centímetros, de extremidad redonda ó puntiaguda, y de base provista de uno á diez pasadores para su fijación en el puño. Las hojas son naturalmente algo más gruesas en la mitad de su anchura que en los bordes, pero es raro que este mayor espesor dé lugar á la formación de un nervio. Las láminas 29 á 49 muestran numerosos ejemplares de estas hojas.

Las diferencias que en ellas se observan, tocante á su forma y á su longitud no provienen, por lo común, más que de sus diferentes grados de desgaste; éste es, por otra parte, proporcional á la edad del difunto.

Obsérvanse también entre los pasadores de algunas de estas armas restos de fibras de la madera que formaba el mango.

Estas fibras están impregnadas de carbonatos de cobre; su dirección es generalmente paralela á la longitud del puñal, alguna vez un poco oblicua, pero nunca perpendicular.

También puede verse en las láminas citadas que el puño llevaba con frecuencia una escotadura en forma de semicírculo, análoga á la que hemos señalado al describir el gran puñal de Lugarico Viejo.

Otras veces este puño terminaba en una línea recta ó bien ligeramente convexa. Los pasadores son casi siempre del mismo metal que las armas. Por excepción, los encontramos de plata en las sepulturas 401, 554, 575, 738 y 678.

Su forma, por lo demás, es igual á la de los otros. Cuando hay dos líneas de pasadores y su grado de alteración permite comprobarlo, obsérvase que los que están más alejados de la punta son más largos, lo mismo que los que se encuentran más hacia el centro de la hoja. También se observa que, por lo general, sobresalen más en una cara que en la otra; el espesor de esta parte del mango en que penetraba el metal debía ser, pues, mayor en uno de los lados de la hoja que en el otro.

Uno solo de los cuchillos del Argar presenta lo que podría llamarse una espiga, con un pasador, pero esta espiga no está bien caracterizada. El objeto en cuestión no ha sido encontrado en ninguna sepultura.

Espadas.— Sólo dos espadas hemos hallado en las tumbas del Argar.

La lámina 34 representa una de ellas, encontrada en la sepultura 429. La otra proviene del número 824: tiene sesenta y cinco centímetros de largo y no más de cuatro de ancho junto á la empuñadura; fuera de esto, su forma es igual á la de la precedente. Son de bronce. La hoja, de extremidad ancha y redonda, encontrada junto á la sepultura 551, es de cobre (V. lám. 34). ¿Debemos llamarla espada, sable, ó qué?

Hachas.—Las tumbas del Argar nos han dado una cincuentena de hachas ó *celts*. Todos los que han sido analizados son de cobre.

Pertenecen al tipo plano que hemos examinado ya; el de la sepultura número 38 ofrece unos pequeños bordes levantados, debidos á haber sido martillados éstos lateralmente. La misma operación ha hecho que resultaran más gruesos los bordes del *celt* de la sepultura 69 (V. lám. 29).

La longitud varía entre setenta y ciento setenta y cinco milímetros.

Entre la tierra que envolvía al de la sepultura 48 se veían fragmentos de madera pertenecientes al mango (V. lám. 29).

La tumba 572 nos ha dado la extremidad casi completa de un mango, con un agujero rectangular muy bien marcado (V. lám. 31). El *celt* había desaparecido. Disuelto éste tal vez por aguas ácidas, las sales de cobre han impregnado fuertemente la madera, debiéndose su conservación á la destrucción del metal.

Son muy numerosos los *celts* en que el regatón conserva restos leñosos del mango con incrustaciones de cobre.

Las fibras ó bien son perpendiculares, ó bien paralelas á la longitud del arma; pero, en este último caso, provienen evidentemente de una cuña introducida entre el metal y el cubo del mango, pues que se descubren al mismo tiempo fibras transversales.

Alabardas.—De acuerdo con M. Evans, llamamos así unas armas diferentes de los puñales y cuchillos que presentan con las alabardas irlandesas que el sabio inglés figura grandes analogías.¹

La lámina 33 muestra algunos ejemplares de ellas. La lámina 32 contiene igualmente una (Sepultura 449).

Es fácil ver que tienen una base más ancha, son más macizas y llevan

¹ *L'Age du Bronze*, págs. 268 y siguientes.

un nervio central cuyo objeto debía ser darles alguna mayor solidez y algún mayor peso en relación con el uso á que se las destinaba.

Además, donde quiera que encontramos, entre los pasadores, algunos restos de fibras de madera, éstas eran perpendiculares á la longitud del arma, lo que nos induce á creer que estaba fija á un asta, á la manera de la alabarda de Arup, en Escania, cuyo dibujo, tomado del de M. O. Montelius y figurado igualmente por M. Evans, reproducimos aquí. Los pasadores son también mucho más largos y mas sólidos; viniendo estas armas á remplazar, en los ajuares funerarios de los hombres, al *celt* ordinario.

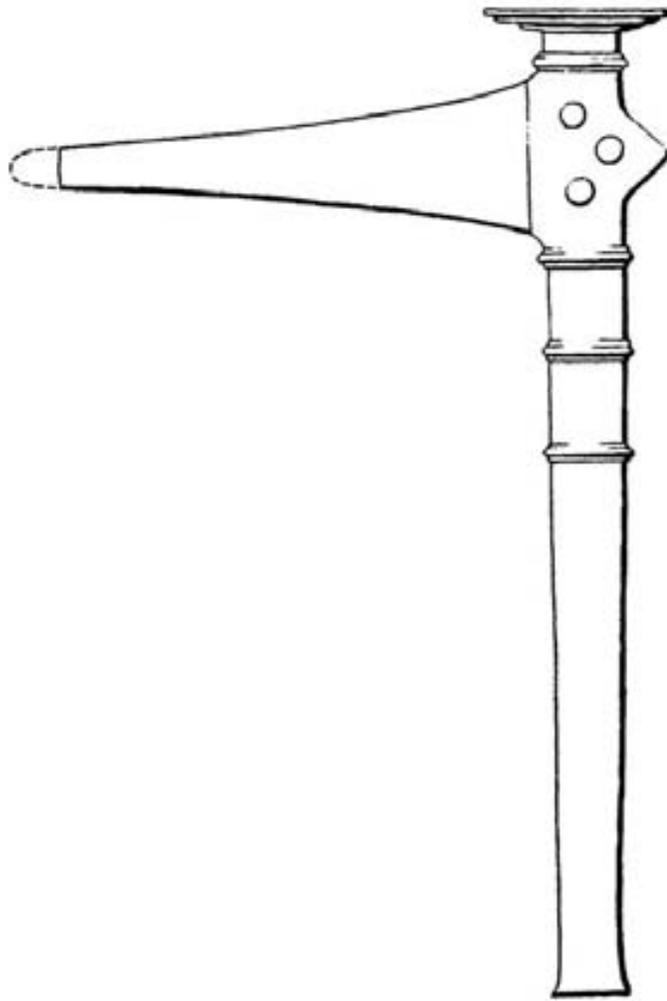
La de la sepultura 169 (Lám. 33) ofrece fibras de madera longitudinales, debajo de otras transversales. Las primeras son evidentemente restos de una cuña.

Colocamos también entre las alabardas la curiosa arma encontrada en la sepultura número 575 (Lám. 33). En esta ocasión el arma se prolongaba hasta el otro lado del asta. Como en las precedentes, la línea formada por los pasadores es oblicua con relación al eje longitudinal de la pieza; lo mismo ocurre respecto de una zona en que la patina tiene un color y un relieve diferentes, conservando así la huella del mango transversal; é igual particularidad se observa en ciertos vestigios de madera, en los que la dirección de las fibras es igualmente transversal. Por los demás caracteres, como son, espesor y fuerza de los pasadores, esta arma se separa por completo de los puñales y en nada se diferencia de las alabardas. La prolongación fuera del mango, al mismo tiempo que de adorno, servía para aumentar su peso.

Punzones.— Dijimos ya que caracterizaban á las tumbas de mujeres: no hemos encontrado ninguno que no fuese de cobre.

Son afilados y de sección redonda en una de sus extremidades, romos y de sección cuadrada en la otra, que es la que entraba en el mango. Alguna vez la oxidación altera estos caracteres. Las láminas 36 á 44 representan ejemplares numerosos de ellos.

Restos de pequeñas fibras leñosas, impregnadas de sales de cobre, han quedado pegados á muchos punzones. Encontramos aún mangos casi completos en las sepulturas 738 y 398 (Láms. 39 y 43). Podemos, pues, concluir de aquí que estos objetos no eran alfileres, sino punzones. En cuanto á su destino especial, no aparece bien claro, siendo lo más pro-



ALABARDA DE ARUP (ESCANIA)

SEGÚN MONTELIUS Y EVANS

(Véase la página 184)

bable que deban considerarse como una especie de lesnas, que servirían para la confección de los vestidos y otros usos domésticos.

Flechas.— No se ha encontrado más que una sola punta de flecha de metal, en la sepultura 272, pero esta tumba se hallaba en muy mal estado y la flecha podía haberse introducido en ella accidentalmente. Digamos, á propósito de esto, que el cráneo de la sepultura 654 lleva en la región temporal izquierda una herida que parece producida por un dardo.

Brazaletes de cobre y de bronce.— Consisten, como siempre, en hilos de sección redonda ó rectangular redondeada, de grosor variable, doblados de modo que formen un anillo redondo y jamás oval. Los dos extremos se tocan simplemente ó bien se sobreponen un poco el uno sobre el otro. Por término general, estos extremos están libres. En algunos casos, no obstante, el círculo es continuo, lo que ha podido conseguirse mediante una fusión y moldeo directos, sobre todo si son de bronce, como ocurre de ordinario, ó por el batido á martillo de los dos extremos.

Frecuentemente se han encontrado estos adornos pasados por el hueso del brazo del difunto. En algunas tumbas, el muerto llevaba dos de ellos en un mismo brazo.

Las dimensiones de los brazaletes varían naturalmente según la edad y la corpulencia de los individuos; los de los adultos tienen de cinco á seis centímetros de diámetro interior, pero hay algunos tan grandes que por fuerza debían llevarse más arriba del puño: tienen de seis y medio á siete centímetros. Como ejemplos citaremos los de las sepulturas números 554 y 654, que contenían esqueletos de hombres, y los dos de la sepultura 644, que encerraba dos esqueletos, uno de mujer y otro de hombre. Los brazaletes parece que pertenecían á este último. Ninguno de ellos lleva la menor ornamentación.

Brazaletes de plata.— Son idénticos á los precedentes.

Debemos señalar, con todo, uno de forma diferente y única, por otra parte, encontrado en la tumba número 292 (V. lám. 51). Es una franja de plata continua, sobre cuyo contorno exterior se han practicado unas ranuras longitudinales, paralelas, como si hubiesen querido figurarse espiras separadas.

Varios esqueletos llevaban en un mismo brazo un brazalete de bronce y otro de plata. Así sucedía particularmente en la sepultura 292, que acabamos

de citar, y en las tumbas 526 y 738. En esta última había varios brazaletes de bronce puestos en un mismo brazo.

Pendientes de orejas.— Poseemos de ellos un gran número, de cobre, de bronce y de plata, y también uno de oro. Al parecer, abunda más aquí el cobre que en los brazaletes; esto puede ser debido á que este metal es más maleable y se presta mejor á trabajarse en hilos delgados. No podemos, sin embargo, atribuir á nuestras investigaciones un rigor absoluto. Los dos hilos de oro encontrados fuera de las sepulturas y dibujados en las figuras 7 y 8, lámina 25, son probablemente alhajas análogas sin acabar ó deformadas.

Los pendientes, como los adornos anteriores, están constituidos por hilos redondos arrollados de manera que formen de una á seis espiras. Las extremidades están por lo común terminadas en punta. Con todo, no siempre sucede así, lo que puede provenir de la rotura de los mismos extremos, ó también de que estas alhajas, no pasando por la oreja, se llevaban á la manera de las espirales de oro que las campesinas holandesas fijan en sus sienes, ó como los adornos que las mujeres del Mediodía cuélganse frecuentemente en la frente ó préndense junto á las orejas.

A varias de las alhajas del Argar se encuentran adheridos pedazos de tela y hasta cabellos impregnados de sales de cobre; hay que suponer, por lo tanto, que dichas alhajas se hallaban sujetas á un gorro, un turbante, ó un pedazo de tela cualquiera que daba vuelta á la cabeza. La impresión de los cabellos, formando bucles, existe con frecuencia también en la tierra que rodeaba el cráneo. Entre las que se observan en las alhajas de cobre las hay que parecen producidas por cabellos trenzados (V. lám. 48, sepultura 166).

La sepultura número 9 (V. láms. 35 y 36) nos presenta un bello ejemplo de pendientes de oreja de diversos metales, asociados y encontrados poco más ó menos en el sitio mismo en que debían llevarse. La urna contenía un esqueleto de mujer. A cada lado del cráneo hallábanse tres anillos de diferentes dimensiones; el más pequeño de plata y los otros dos de bronce ó cobre, llevando todos adheridos algunos pedazos de tela.

Esta simetría no es general; por lo común, de dos pendientes de igual magnitud, situados uno á la izquierda del cráneo y el otro á la derecha, el primero es de cobre ó bronce y el segundo de plata ó viceversa.

Algunos encontramos también que aparecían pasados los unos por dentro de los otros. La sepultura número 738 (V. lám. 39) nos proporcionó un pendiente de plata introducido en otro de cobre.

Este caso se ha repetido en la sepultura número 549 (V. lám. 53), pero esta vez las dos alhajas eran de plata.

El número 454 nos suministró un ejemplar único de una forma especial de pendiente (V. lám. 44); esta alhaja es de plata y presenta sobre todo su contorno una garganta profunda; tiene la forma de una polea y está también pasado por otro pendiente de plata.

Depositábanse estos adornos lo mismo en las tumbas de los niños y de los hombres que en las de las mujeres, como de ello hemos podido cerciorarnos con frecuencia.

Nada de particular tenemos que decir respecto de la espiral de oro de la sepultura número 2 (V. lám. 41).

Sortijas.— Las sortijas se hacían de los mismos metales y de la misma manera que los brazaletes y los pendientes de oreja. No hemos encontrado, sin embargo, ninguna sortija de oro.

Una particularidad debe notarse: los hilos están arrollados de manera que no dan más que una vuelta ó poco más; nunca hay dos espiras completas.

Con mucha frecuencia estas alhajas se hallaban aún pasadas por las falanges de los esqueletos, y éstos llevaban ordinariamente varias de ellas. Un caso se nos presentó en que una misma falange llevaba una de plata y otra de cobre ó bronce.

Tenemos también que mencionar aquí un tipo excepcional, cual es el de la sepultura número 2 (Lám. 41), en el que, como enseña la figura, el hilo ha sido aplanado; esta sortija es de plata.

Collares.— Aunque los collares se componían de perlas hechas de las substancias más diversas, creemos deber colocar aquí su descripción, al lado de la de los adornos de metal para personas, empleados por nuestros pueblos.

Hemos encontrado perlas hechas de huesos, dientes, marfil, vértebras de peces, pedazos de conchas marinas y conchas enteras, serpentina común y noble, yeso, caliza, tierra cocida, cobre y bronce, plata y oro, madera, huesos de frutas, etc. De algunas de ellas sólo ha quedado la impresión.

Las cuentas de hueso son las que más abundan.

Consisten en pequeños trozos de tubos cilíndricos obtenidos cortando con una sierra un hueso largo; encuéntrase algunos en que las huellas de este procedimiento están bien marcadas todavía; los cortes de sierra no se hacían llegar más que á cierta profundidad, y luego se rompía el hueso por flexión. Volvemos á encontrar también los tubos con estrías que señalamos en Tres Cabezos.

Utilizáronse igualmente pequeñas tablas de marfil atravesadas por uno ó varios agujeros. Un semicírculo de marfil perforado cerca de las dos extremidades constituye también una pieza de adorno de un collar.

Hacíanse perlas de forma irregular con dientes de animales, observándose todavía en la superficie de ellos restos de esmalte; uno de estos dientes completo hallábase provisto de un agujero. Sirviéronse igualmente de colmillos de jabalí, cortados por sus dos extremos como en la sepultura 580, ó provistos de taladros como el de la sepultura 554 (V. lám. 30).¹

Las conchas marinas que figuran en los collares son conus, cipreas, *pectunculus*, *cardiums* y *dentaliums*.

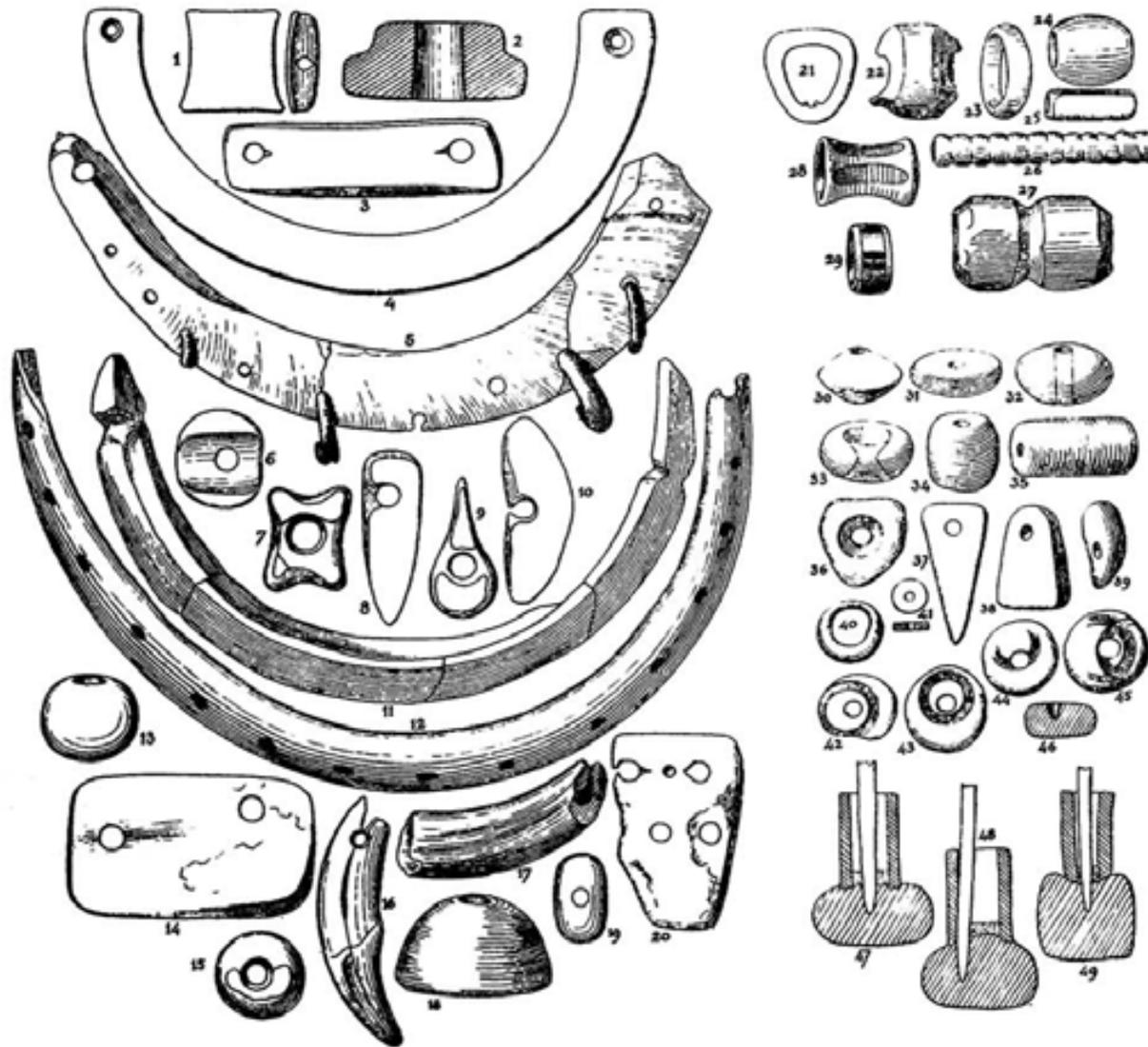
Los conus han sido agujereados después de someter á una frotación su extremidad puntiaguda. La otra extremidad está con frecuencia desgastada intencionalmente. Los *pectunculus* están perforados cerca de la charnela, como de costumbre. Las cipreas lo están lateralmente.

Fuera de la sepultura número 133, pero al lado mismo de ella, se encontraban reunidos ciento diez y siete conus, una pequeña concha y una vértebra.

Algunos de los primeros están perforados, por medio de una punta muy fina, en su extremidad; otros lo están en uno de los lados; éstos y acaso una gran parte de aquéllos han sido desgastados por frotación antes de la perforación. La mayor parte son muy pequeños; el más diminuto de ellos mide tres milímetros y está perforado en su parte inferior por un agujero.

Al otro lado de la misma tumba, hallábanse doce conus perforados y ocho perlas toscas de serpentina, simplemente desbastadas (V. lám. 53).

¹ El señor Góngora encontró un colmillo de jabalí cortado y otros agujereados en la Cueva de los Murciélagos, cerca de Albuñol (provincia de Granada).— *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, pág. 31.



TIPOS DE CUENTAS DE COLLAR

- 1 á 20. Adornos de marfil, dientes y colmillos.
 5. Colmillo de jabalí, del que penden unos anillos de cobre; otros anillos de plata se han desprendido del mismo. Sepultura de hombre (810).
 6. Mitad de una perla de marfil, hendida por en medio y perforada.
 12. Colmillo de jabalí, con muchos agujeros. Sepultura de hombre (813).
 21 á 27. Cuentas de hueso. El n.º 22 pone de manifiesto el sistema de división en rodajas de los tubos de hueso, mediante cortes de sierra.
 28, 29. Vértebras de peces.
 30 á 49. Perlas de piedra: — 32, agujero próximamente cilíndrico; — 33, agujero bi-cónico; — 40 y 41, formas más frecuentes entre las perlas de calaita (?) ó serpentina noble (?); — 42, 43, 44, 45, ejemplos de los horados producidos por el tubo que contiene el taladro, el agua y la arena; — 46, agujero sin concluir; — 47, posición teórica del taladro dentro del tubo; — 48, posición ordinaria del taladro, resbalando sobre la superficie combada de la perla; — 49, caso particular.
 Todos los objetos están representados en su tamaño natural.

Una sola de ellas presenta en cada cara la señal de un agujero principiado.

Figuramos aquí los diversos tipos de perlas de piedra encontrados en las tumbas.

Los agujeros se presentan de tres maneras diferentes. Son cilíndricos, tronco-cónicos de una y otra parte, ó de un lado solamente; su diámetro varía de medio á tres milímetros; pero en las pequeñas perlas de serpentina noble no alcanza en ocasiones á más de $\frac{3}{4}$ de milímetro. A excepción de algunas perlas en que el agujero es bastante grande, el taladro no puede haber sido producido con puntas de pedernal, excesivamente groseras para un trabajo tan delicado. Un gran número de cuentas presentan, por otra parte, todo alrededor del agujero un pequeño canal circular poco profundo, habitualmente excéntrico y aun tangente á ese agujero, como enseñan los dibujos. Este detalle nos dice cómo ha debido ejecutarse el taladro. Nosotros nos explicamos la operación de la manera siguiente: la punta debía ser de bronce ó de madera dura, hallándose guiada por un pequeño tubo cilíndrico de hueso, madera ó cualquier otra substancia, en cuyo interior se alojaba, y cuyo principal objeto era sostener el agua y la arena que debían facilitar la perforación.

El pequeño cilindro debía, pues, hallarse apretado contra la perla; pero ésta no estaría completamente fija, y en los pequeños movimientos de rotación que hiciera, arrastrada por el taladro, la arena que existía entre ella y la base del cilindro debía producir una pequeña reguera.

M. Evans ¹ explica la perforación de los *celts* de piedra por medio de taladros ó terrajas de pedernal, de madera ó de bronce y arena húmeda, admitiendo como porta-taladros la ballesta y el berbiquí.

Útiles semejantes á éstos son los que nuestros prehistóricos han debido emplear.

El pequeño cilindro de que acabamos de hablar no era de una inmovilidad perfecta; ha podido, por consiguiente, ladearse un poco y producir un gran número de posiciones distintas del agujero respecto del canal de que se ha hecho cuestión.

Existen alguna vez también dos regueras, lo que puede haber sido

¹ *Les âges de la pierre*, op. cit., pág. 49 y siguientes.

intencional para impedir que una sola adquiriese demasiada profundidad: por esta misma razón, seguramente, ciertos agujeros se han practicado mitad de un lado y mitad del otro.

Obsérvase además que con frecuencia la expresada reguera es tangente al agujero; esto prueba que el taladro, antes de introducirse en la piedra resbalaba sobre la superficie combada de la misma, no deteniéndose hasta que tropezaba con el cilindro; éste ha debido ser en más de una ocasión desgastado por el roce del útil, como lo prueba el hecho de que el agujero abierto por el taladro invade á veces el sitio de la reguera que marca la posición normal del tubo.

Las ranuras presentan á menudo pequeñas asperosidades que provienen de sustancias más duras contenidas en la piedra, y que han resistido la frotación del pequeño tubo. Este debía ser de una sustancia bastante blanda: de otro modo no hubiera podido amoldarse á las desigualdades que mencionamos.

Las perlas, antes ó después de taladrarse, han sido desgastadas y pulimentadas á frotación; en el último caso, se comprende que las ranuras de que hablamos hayan desaparecido.

Las perlas de metal consisten ordinariamente en pequeños hilos más ó menos aplanados y arrollados de manera que formen desde una hasta diez y siete espiras, de dos á ocho milímetros de diámetro interior.

El collar de la sepultura número 739 contenía cuatro perlas muy curiosas (V. lám. 54). Están hechas simplemente de pedacitos de metal unidos entre sí por un hilo de lino torcido, arrollado y anudado alrededor de cada pedazo; existen todavía porciones notables de estos hilos. Este mismo collar contenía además cuatro perlas redondas hechas de una sustancia carbonosa ó carbonizada, que no nos ha sido posible identificar.

La tumba número 292 nos ofreció además una delgada plancha, batida y encorvada en forma de pequeño tubo. Las perlas de plata son, en general, exactamente de la misma forma que las precedentes, es decir, que son hilos arrollados en hélice. Véanse, sin embargo, dos excepciones: la sepultura número 2 contenía una cuenta de plata del modelo de las perlas redondas de piedra; y la tumba número 439 (Lám. 38) nos proporcionó una perla hecha de una delgada hoja de plata, que reproduce la forma exterior de una vértebra de pez. Encontrábase esta última entre dos cuentas de collar formadas por fragmentos de dientes.

Encontramos además tres ejemplares de perlas de oro. El más notable es análogo al de la de plata de la tumba número 439 de que acabamos de hablar. Está constituido por una delgada hoja de oro batido (V. lám. 52). Como se ve en el dibujo, la abertura es mayor de un lado que de otro, y en el contorno exterior del borde más ancho se ha practicado una línea de puntos como motivo de ornamentación.

Este dije fué encontrado en la tumba número 378. Las otras dos perlas de oro son pequeños anillos de extremos libres.

Las cuentas de collar de barro eran muy raras; señalaremos tres de ellas, contenidas en la sepultura número 282. Se les había dado una forma próximamente esférica.

Juntábanse muy á menudo en un mismo collar perlas de diferentes materias, cuya variedad de colores debía producir un efecto agradable. El hueso, el marfil y las conchas daban el blanco; la serpentina común el verde oscuro, á veces casi negro; la serpentina noble un bello verde traslúcido, veteadado de blanco, alguna vez azulado y en ocasiones agrisado; el cobre el rojo brillante; el bronce ciertos destellos dorados; la plata, en fin, el blanco brillante, que le es tan característico.

Nos contentaremos con citar aquí un ejemplo interesante de reunión de perlas de distintas clases, sin perjuicio de otras varias que en gran número se verán reproducidas en nuestras láminas.

El collar de la sepultura de mujer n.º 738 (V. lám. 39) se componía de:

82	cuentas de hueso,
90	» » serpentina común,
2	» » » noble,
1	» » caliza rosácea,
2	» » yeso,
43	» » conchas marinas enteras ó en fragmentos,
7	» » marfil,
4	» » cobre ó bronce,
4	» » plata,

Ó sea, un total de 235 cuentas.

Las perlas se hallaban ensartadas en hilos de lino torcido de dos hebras, de los cuales se han conservado algunos trozos (V. lám. 36 y otras).

Colocábanse los collares en el cuello de los difuntos, puesto que con

frecuencia se los ha encontrado en el sitio correspondiente; los de mujeres abundan más y son más completos.

Por lo común, el número de perlas de hueso y el de las de serpentina eran iguales ó poco menos, de donde puede deducirse que se las hacía alternar para obtener el contraste de los dos colores.

Diademas.—Nuestros trabajos en el Argar nos han conducido á descubrir cuatro sepulturas que contenían una diadema de plata cada una.

La forma de estas insignias es una misma. Su peso varía entre treinta y cincuenta gramos. Están constituidas por una estrecha franja que forma cuerpo en la parte delantera con un apéndice hecho con una planchita metálica.

No descenderemos á más detalles en su descripción: las láminas correspondientes, en las que se hallan representadas en su magnitud natural, nos dispensan de enumerar sus particularidades.

La importancia de estos hallazgos nos obliga, sin embargo, á hablar de las sepulturas en que fueron hechos.

La diadema de la tumba n.º 51 hallábase exactamente en la posición que figura la lámina 42, es decir, que el apéndice se introducía en la cavidad orbital y la franja rodeaba los huesos del brazo, que estaba levantado. Uno de los huesos del antebrazo encontrábase, por lo demás, en su posición natural con relación al húmero; el otro estaba cogido con la mandíbula.

El esqueleto pertenecía á una mujer, habiendo podido conservarse el cráneo.

A cada lado de la cabeza yacían dos pendientes de oreja, de cobre ó bronce.

Debajo se encontraban cuarenta y cuatro perlas, que son:

- 4 de marfil,
- 4 de conchas marinas,
- 4 de cobre ó bronce,
- 4 de plata,
- 7 de serpentina común,
- 21 de hueso.

En fin, habíanse colocado á un lado dos vasijas de tierra cocida, una de ellas rajada y con varios agujeros á lo largo de la hendidura para su remiendo.

La urna funeraria tenía un metro y dos centímetros de longitud y setenta y siete centímetros de diámetro en la panza; cerca de la boca llevaba diez botones ó pezones.

En la sepultura número 454 (V. lám. 44) la diadema se encontró sobre el mismo cráneo, con el apéndice vuelto para arriba.

He aquí la enumeración de los objetos que constituían el menaje de esta tumba, entre los cuales no figuran menos de diez y seis de plata:

Un brazalete y once pendientes de oreja ó sortijas, todo de plata:

Un collar formado de: cuarenta y siete perlas de serpentina común, nueve de serpentina noble de color verde, dos de serpentina noble de un matiz amarillo, siete de conchas, una de yeso, diez y seis de marfil, dos de hueso, cuatro de cobre ó bronce, cuatro de plata y una de una roca blanca transparente; ó sea, en todo, noventa y tres cuentas;

Una hoja y un punzón de cobre ó bronce:

Una taza de tierra cocida, con dos orejetas, y una vasija más grande.

Los huesos hallábanse todos envueltos en barro y pertenecían á una mujer. Pudimos recoger el cráneo: en la tierra que rodea al cuello, además de algunas impresiones de mechones de pelo, se veían aún cinco perlas de serpentina común, tres de serpentina noble, una que probablemente es un hueso de fruta, y las impresiones esféricas de cinco ó seis más hechas de una substancia, al parecer, leñosa, enteramente consumida. La urna estaba rota y todos los fragmentos por el suelo. Tenía ochenta centímetros de largo y setenta y uno de diámetro en la panza. La parte exterior próxima al orificio hallábase provista de nueve botones salientes.

Se la había tapado con una losa de pudinga.

La lámina 45 representa el cráneo de mujer correspondiente á la sepultura número 62, tal como fué encontrado y tal como hemos podido conservarlo, es decir, con una gran parte de la tierra que lo rodeaba.

Se ve que la diadema se hallaba colocada esta vez de muy distinta manera, con el apéndice vuelto hacia abajo.

Es posible que se invirtiera la posición de la diadema, al verificarse el enterramiento, para evitar que el apéndice tropezara con las paredes de la urna.

Presos en la tierra que rodea al cráneo se ven, además de la diadema ya citada, los dos pendientes de oreja del lado derecho con relación á la cabeza:

uno de ellos es de cobre ó bronce y el otro, que es mayor, de plata. Los de la izquierda eran de cobre ó bronce.

Alrededor del cuello quedan algunas perlas de hueso alternando con otras de serpentina común.

En el brazo llevaba el esqueleto un brazalete de cobre ó bronce.

Al lado de los huesos encontrábanse un punzón y una pequeña hoja de metal, como también un pie de copa rota de tierra cocida.

Junto á los restos de esta mujer había un esqueleto de hombre, que llevaba en el brazo un brazalete de cobre ó bronce; poseemos su cráneo, que está en bastante mal estado.

La urna de esta tumba estaba medio destruída. La mitad anterior había sido separada y es posible que una parte del ajuar funerario haya desaparecido con ella.

Debía tener próximamente un metro de largo y sesenta y seis centímetros de diámetro en su parte media.

La cuarta y última de las sepulturas con diadema es la del número 398 (V. lám. 43). Como en la precedente, la insignia hallábase invertida sobre el cráneo, es decir, con el apéndice vuelto hacia abajo; en su parte interior encontramos algunas impresiones de tela pegada á la plata.

De la tierra que rellenaba la tumba hemos extraído:

Dos pendientes de oreja y un brazalete de cobre ó bronce;

Un collar formado con tres perlas de marfil, diez y seis de serpentina ordinaria, veinticuatro de hueso y siete de cobre ó bronce;

Una hoja y un punzón de metal; el mango de madera de este último existía aún en gran parte; sus fragmentos están deformados de modo que es imposible juntarlos, pero se puede deducir exactamente su forma;

Una gran vasija de tierra cocida y un pie de copa rota.

Los huesos no han podido recogerse, pero era ésta, sin duda, otra sepultura de mujer. La urna estaba aplastada; debió tener noventa y ocho centímetros de largo y sesenta y siete de ancho en su parte media, y llevaba nueve botones. Se la había tapado con una laja de pizarra.

Para terminar la descripción de los objetos encerrados en las tumbas del Argar, diremos algo de una curiosa pieza de plata, que hemos representado (lám. 34) en vista y en corte.

Es una delgada plancha repujada, trabajada de modo que ofrece cinco

zonas concéntricas, sobresaliendo las unas por encima de las otras, y un círculo central prominente. Esta joya pesa catorce gramos. Fué encontrada sobre la frente del cráneo de la sepultura número 678, que contenía además:

Una larga hoja de bronce, con cuatro pasadores de plata;

Un fragmento de cuchillo ó de puñal;

Dos anillos, sortijas ó pendientes de plata;

Un pendiente de plata y otro bastante grueso de una aleación de cobre y plata:

Un brazalete de bronce ó de cobre;

Una vasija de tierra cocida.

Todo ello estaba contenido dentro de una urna con cinco botones, de sesenta y dos centímetros de largo y cincuenta de ancho, tapada con otra de dimensiones algo menores.

Ambas urnas, no menos que los huesos, hallábanse en un estado de deterioro deplorable.

Réstanos hablar de una particularidad relativa á ciertos huesos teñidos de rojo por el cinabrio. No es la primera vez que la coloración de los huesos humanos se ha señalado. Por el contrario, este hecho se ha observado con mucha frecuencia. Daremos de ello algunos ejemplos.

En el Congreso prehistórico de Lisboa, de 1880, M. L. Pigorini habló de algunos descubrimientos de esta clase.

Resumimos aquí la comunicación hecha por el mismo con arreglo al dictamen de M. E. Cartailhac¹: una tumba de la edad de piedra cerca de la estación de Sgurgola en el territorio de Anagni ha proporcionado una porción facial de un cráneo humano y dos puntas de flecha de pedernal teñidas de rojo vivo por el cinabrio.

M. Pigorini establece en seguida que esta coloración no puede ser debida á infiltración ninguna, sino que debe atribuirse al cariñoso interés de los parientes y amigos del muerto. Cita diversos ejemplos, bastante raros por lo demás, de objetos coloridos que, en trabajos anteriores relativos á sepulturas prehistóricas, se han indicado, como los esqueletos polvoreados con

¹ Congrès international d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique. *Rapport sur la session de Lisbonne*, par M. E. Cartailhac, p. 91.—Paris, E. Boban, 1880.

oligisto de Menton y los de la cueva de l'Arene Candide junto á Finalmarina, probando que los hombres de la edad de piedra tenían el hábito de pintarse, en vida, de color rojo generalmente, así como el de depositar en las tumbas cierta porción de materia colorante para permitir sin duda á los muertos que se tiñeran con ella en el mundo de los espíritus.

Al lado de estos hechos, cita la costumbre de los Nuevos Celandeses de no enterrar los esqueletos de sus muertos hasta que sus huesos quedan completamente despojados de la carne, no sin haberlos adornado antes como en vida; y la de los Papuas de pintar los cráneos de sus muertos de diversos colores, y en particular de rojo.

En el cuaderno de Julio de 1885 de los *Matériaux* puede verse un artículo de M. Pigorini sobre la misma cuestión.

El sabio italiano considera como perfectamente probado que en la tumba de Sgurgola se había depositado, no un cadáver, sino un esqueleto.

También en Sicilia algunas sepulturas neolíticas contenían cráneos humanos teñidos de rojo. El autor dice que no es posible dar una explicación de las particularidades que ofrecen, si no se admite que han sido teñidos después de haber sido completamente descarnados. De la misma manera explica las aparentes anomalías que presentaban unas tumbas neolíticas exploradas por MM. Rivière é Issel. Examina además algunos casos en que los cráneos contenían en su interior diversos objetos, como en Petit-Morin (excavaciones del barón de Baye), y otros en que las tumbas encerraban un montón de huesos acumulados en un pequeño espacio, dando por razón de estos hechos la previa descarnadura.

M. P. Mongeolle ¹ cree que el origen de la costumbre tan extendida de teñirse para ir al combate, debe buscarse en la admiración que experimentaban los pueblos primitivos por el guerrero cuyo cuerpo aparecía cubierto de sangre, marca gloriosa de las heridas recibidas. En Roma, dice el mismo autor, el triunfador subía al Capitolio con el cuerpo teñido de minio.

El descubrimiento de huesos pintados con cinabrio en el Sudeste de España, comparado con los hallazgos de igual género hechos en regiones muy distantes, es seguramente interesante. Con el mismo se enlaza la

¹ *Revue d'Anthropologie*, pp. 79-98.

cuestión de si los huesos han sido ó no previamente descarnados, con tanta más razón cuanto que, en la mayor parte de las tumbas por nosotros exploradas, las osamentas hallábanse reunidas en un espacio muy limitado. Pero este último punto, así como la coloración roja de ciertos huesos, no prueba la previa descarnadura para las sepulturas del Argar.

Al practicar una inhumación en un espacio cerrado, si juntamente con el cadáver se metía en la sepultura algún cinabrio al estado de pintura sobre ciertos tejidos, al de un baño de color sobre determinadas partes del cuerpo, ó de cualquier otra manera, es muy natural que se encuentren partículas de él sobre los huesos, dada la manera como nuestros prehistóricos introducían los cadáveres en las sepulturas.

Arrancar la carne de un cráneo ó de un cadáver es una repugnante carnicería, propia tan sólo de salvajes. Tan cierto es esto que M. Pigorini, para encontrar ejemplos que citar, tiene que acudir á los Patagones, á los Nuevos Celandeses y á los Andamanes, poblaciones de instintos brutales, de los cuales el pueblo que nosotros hacemos revivir se hallaba alejado por una distancia social inmensa.

Los casos frecuentes en que hemos encontrado sortijas ó brazaletes que ceñían aún las falanges de los dedos ó los huesos de los brazos hacen inverosímil la hipótesis de la descarnadura. ¿Puede suponerse que se hubiesen introducido esas joyas en los huesos, después de esta operación?

La sepultura número 5 (Lám. 28) presenta las costillas del cadáver sostenidas en su posición natural por la tierra, que ha llenado hasta la mitad esta tumba antes de la desaparición de las carnes. Los cuerpos, doblados sobre sí mismos, ocupan muy poco espacio, como de ello podemos darnos cuenta por el examen de ciertas momias.

Al destruirse las carnes, debe ser raro que, después de su completa desaparición, queden los huesos en su sitio natural. Ordinariamente caen á una y otra parte y pueden muy bien constituir un montón informe.

Con frecuencia en la pared inferior de las urnas, hacia el punto más bajo, se han practicado agujeros de un centímetro de diámetro, que servían, según toda verosimilitud, para la absorción por la tierra de los líquidos resultantes de la putrefacción. Podría recurrirse, para explicar estos agujeros, á ideas religiosas; pero su fin práctico nos parece mucho más probable. En la urna número 923 pudo observarse que se hallaba provista de un tubito;

pero, en este caso, es posible que la vasija hubiese servido para algún uso doméstico, para contener líquidos, por ejemplo, antes de encerrar los despojos de un muerto.

El estudio de los cráneos teñidos de rojo por medio del cinabrio y de todos los residuos de este cuerpo que hemos encontrado en multitud de sepulturas del Argar, del Oficio y de Fuente Álamo, nos sugiere la siguiente hipótesis.

El cinabrio debió usarse para pintar ciertos tejidos que se emplearían para la confección de prendas de adorno ó de vestir; la tela desaparecería y el cinabrio quedaría solo, cayendo á veces en polvo y conservando otras cierta consistencia, según los casos.

Hablemos ante todo de los cráneos pintados.

Esta pintura, en el caso del cráneo 356, forma una banda con un ligero relieve sobre la frente, junto al nacimiento de los cabellos: en este sitio el cráneo, que tenía la cara vuelta hacia arriba, ofrecía una superficie horizontal, en la que el cinabrio, después de la desaparición de la piel y de la tela, quedaba depositado y pegado sin moverse del sitio; una delgada capa de finísimo limo, arrastrada por las aguas hasta la tumba, ha formado como un barniz por encima de la costra de cinabrio y le ha permitido conservar una fuerte adherencia al cráneo.

Á los lados, por el contrario, y sobre la nuca, las marcas del cinabrio son más raras y menos adherentes: el limo no ha podido allí depositarse y las costras de color se han despegado; quedan, no obstante, sobre este cráneo, como sobre otros, las suficientes para deducir de un modo cierto que la banda daba primitivamente la vuelta completa á la cabeza.

Basta ver la figura adjunta para comprobar que el sitio ocupado por la banda de cinabrio es exactamente el de una cinta que serviría para sujetar la cabellera.

En los otros cráneos que poseemos este hecho se presenta con menos claridad; los hay, no obstante, en los que difícilmente podría ponerse en duda y es muy natural extender á todos la conclusión.

Veamos si lo que sabemos sobre las poblaciones meridionales antiguas y modernas y sobre nuestros propios descubrimientos hacen verosímil el empleo de esas cintas de tela, especie de diademas primitivas.

La palabra diadema viene del griego *διαδημα*, que á su vez procede de *διαδέω*,



- 1, 2. Vistas de frente y de perfil del cráneo de la sepultura 356 (Argar), mostrando la faja de cinabrio sobre la frente y la oreja (v. página 198).
3. Cráneo de la sepultura 2 de Gatas, con una franja de plata y dos pendientes de oreja, uno de cobre y otro de plata (págs. 199 y 223).
4. Cráneo de la sepultura 62 del Argar, con diadema de plata, pendientes de oreja y cuentas de collar (págs. 193 y 199).
5. Cráneo de la sepultura 699 del Argar, con un pendiente de oreja de plata.
6. Cráneo de niño, con un pendiente de oreja de plata: Argar, sepultura 749.

yo *ato alrededor*, y designaba la insignia más antigua de la realeza: con una cinta ceñían los reyes su frente; pero es de creer que, antes de que esta cinta viniera á ser una insignia de supremacía, no sería más que un simple objeto propio del tocado.

Si nuestras marcas de cinabrio son restos de cintas, permitido nos ha de ser identificar estas cintas con aquellas de que acabamos de hablar; y su coloración roja demuestra que el gusto por el atavío personal se unía ya al fin de la utilidad.

Como en las páginas precedentes ha podido verse, somos de opinión que no pocos de los objetos que llamamos pendientes de orejas hallaríanse más bien suspendidos ó prendidos de un velo ó de una cinta que rodeaba la cabeza; nada más natural que la cinta, teñida ó no de rojo, sirviese para fijar estos adornos. Á título de comparación, figuramos aquí al lado algunos ejemplos, conocidos ya, por otra parte, del empleo de estos adornos en las poblaciones meridionales, que tantos usos han conservado de sus antepasados. Los mismos dibujos nos dispensan de todo comentario.

Sigamos viendo el desarrollo del uso de la diadema entre los pueblos prehistóricos que estudiamos. En Fuente Álamo, en el Oficio, en Gatas, encontraremos sepulturas en las que la diadema no es ya una simple cinta de tela más ó menos adornada, sino que es una hoja de plata, aquí más estrecha, allá más ancha y adornada de puntos repujados (V. más adelante); el nudo de la cinta está reemplazado por pasadores de cobre.

En el Argar la franja de plata sufre una metamórfosis; como si se hubiesen querido imitar los adornos que pendían de la diadema de tela, se añade un apéndice al hilo de plata: su posición invertida sobre los cráneos 62 y 398 podría acaso explicarse de esta manera. Sin embargo, sobre las cabezas 51 y 454 el apéndice hallábase vuelto hacia arriba, ofreciendo una forma sencilla y graciosa. Reproducimos estas diversas franjas frente á frente de los adornos modernos que mejor las recuerdan.

A priori, parece lo más probable que las diademas de plata no habrán sido inventadas de primera intención; sino que les habrán precedido las vendas de tela, que habrán continuado empleándose juntamente con ellas; y es natural que estas vendas se adornaran de diversas maneras, sea cargándolas de alhajas, sea tiñéndolas de colores.

Se ve, pues, que la hipótesis que discutimos viene á llenar una laguna

en nuestros conocimientos. Ella nos permite entrever la primera idea de las diademas y su ornamentación primitiva, con el aditamento de las metamorfosis que el lujo les ha impuesto.

Entre los demás vestigios de cinabrio, citaremos: un botón de marfil de la sepultura 407, cuya cara inferior está teñida de rojo; y siete botones semejantes de la sepultura 202, cuyas caras inferiores y una parte de las otras están igualmente teñidas del mismo color.

Uno de los dos cráneos de la misma sepultura lleva manchas notables de cinabrio sobre el pómulo izquierdo: la tierra que cubría las osamentas contenía además una costra bastante regular de la misma substancia.

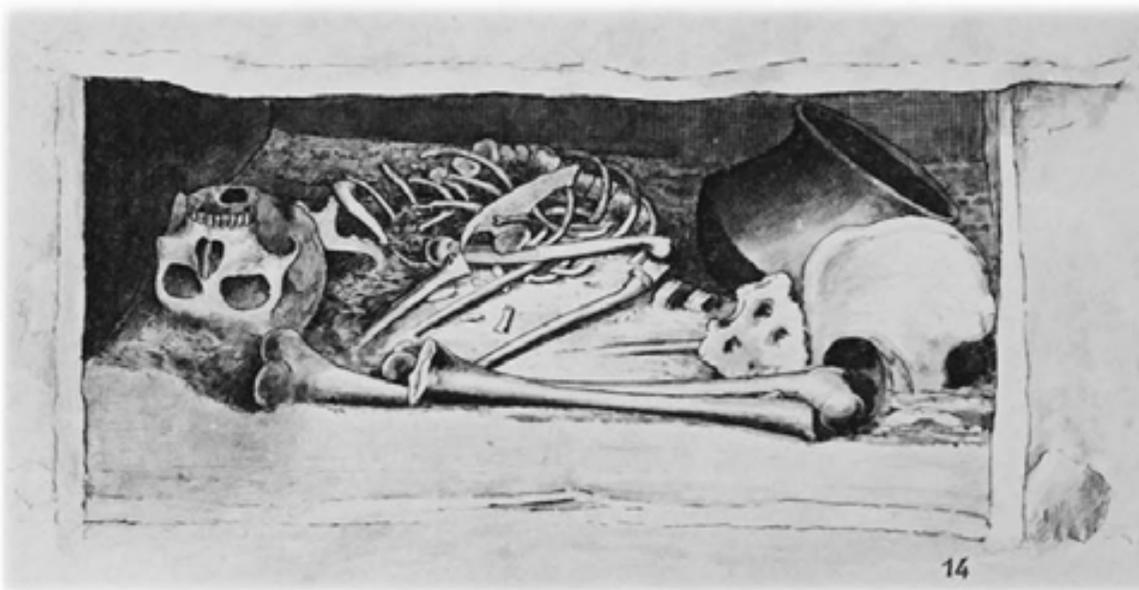
La hipótesis de los vestidos pintados, da la explicación de todos estos hechos, y en particular de la coloración de los botones de marfil, únicos que se han encontrado en el Argar; el cinabrio se habría adherido á ellos por hallarse pegados á los vestidos.

Poseemos también osamentas salpicadas de una materia roja, bien sea cinabrio ú ocre; esta substancia puede provenir de vestidos pintados ó de materia colorante depositada como tal al lado del muerto; en ocasiones, la desagregación de la pasta roja de las urnas produce un polvo de igual color, que se adhiere á ciertas osamentas.

Á nuestro juicio, la única objeción formal que á la hipótesis de los tejidos preparados con una mano de color puede oponerse, es la desaparición completa de esa tela pintada.

Sería imprudente, no obstante, basarse en un argumento meramente negativo para rechazar una hipótesis tan fundada como la precedente. Nadie puede abrigar, en efecto, la pretensión de conocer todos los fenómenos químicos, físicos y mecánicos que han tenido lugar en esas urnas, verdaderas retortas en las que se han verificado reacciones químicas complejas.

Lo cierto es que tenemos numerosos ejemplares de tela bien conservada, pero siempre más ó menos teñida de verde por las sales de cobre, y á estas sales debe atribuirse el fenómeno de la conservación. Disoluciones cobrizas han debido formarse evidentemente entre los líquidos procedentes de la descomposición, en la zona inferior de las tumbas, donde se hallaban también los objetos más pesados; y de estas disoluciones se han impregnado los tejidos, poniéndose así más ó menos al abrigo de la corrupción.



1. Galo (Racinet, *Le Costume*).
2. Theodoros, rey de Abisinia (*Tour du Monde*, 1864, I, pág. 73).
3. Mendiga tzigana (*Tour du Monde*, 1870, I, pág. 244).
4. Muchacha de Methili, Sahara argelino (*Tour du Monde*, 1868, II, pág. 79).
5. Mujer kabila (*Tour du Monde*, 1867, II, pág. 281).
6. Mujer del Alto Senegal (*Tour du Monde*, 1872, I, pág. 333).
7. Mujer kabila engalanada con sus joyas (Paul Gaffarel, *L'Algérie*, pág. 489).
8. Cráneo de la sepultura 356, Argar; con faja de cinabrio.
9. Cráneo de la sepultura 2, Gatas; con franja de plata.
10. Mujer ataviada con las joyas de la sepultura 788, Argar.
11. Cráneo de la sepultura 678, Argar, llevando sobre la frente una chapa de plata.
12. Mujer ataviada con las alhajas de la sepultura 62, Argar.
13. Mujer ataviada con las alhajas de la sepultura 454, Argar.
14. Sepultura 129, Argar — V. págs. 201 y 202.

Hay que esperar, con todo, que algún día encontraremos fragmentos de tela pintada, los cuales, embebidos, como los precedentes, de cuerpos antisépticos ó conservados por cualquier fenómeno imprevisto, vendrán á suministrarnos nuestra principal pieza de convicción. Entretanto señalaremos la existencia de fibras de lino, comprobada por el microscopio, en algunos ejemplares de cinabrio procedentes de varias sepulturas. La sepultura 797 nos ha proporcionado además un cierto número de fragmentos de barro seco, en el que se ven impresiones muy claras de tela, cubiertas de películas de cinabrio. No es posible atribuir lógicamente esta yuxtaposición á una mera contingencia, sino que es preciso deducir que existía una tela pintada en esta tumba. Contenía la misma dos esqueletos: un hombre y una mujer, cuyos cráneos poseemos. El de la mujer lleva una mancha de cinabrio en la frente.

Debemos examinar ahora rápidamente las demás explicaciones posibles de estas coloraciones. Si el color rojo no ha sido transmitido al cráneo por un cuerpo extraño (como es un tejido), será que se ha aplicado directamente la pintura sobre la cabeza ó sobre dicho cráneo.

En cuanto á la pintura de la cabeza en vida del individuo, observemos que la faja pintada daba la vuelta á aquélla, y que para pintarla, como pasa por el sitio que ocupan los cabellos, era indispensable afeitarse esta parte de la cabeza. Inútil nos parece hacer resaltar cuán poco graciosa é inverosímil sería esta costumbre.

La pintura de la cabeza sobre el cuerpo muerto es menos incomprensible, pudiendo invocarse para ello ritos funerarios desconocidos; todo nos dice, sin embargo, que los muertos eran enterrados tal como habían vivido, para volver á empezar una vida enteramente semejante á la primera; la primera infracción que á semejante regla observaríamos sería ésta. Por lo demás, ninguna de las dos hipótesis explica el por qué de los botones pintados y de la costra de cinabrio de la sepultura 202.

En cuanto á la descarnadura del esqueleto, no podemos admitirla en el caso que nos ocupa.

El enterramiento del cuerpo entero está probado por la sepultura 5, cuyo cráneo conserva algunos vestigios de materia roja, y por muchas otras, en las que con mucha frecuencia hemos podido reconocer las relaciones naturales de los huesos entre sí. La sepultura 129, cuyo cráneo

presenta igualmente restos de una faja de color, suministra para ello un excelente ejemplo: la dibujamos con toda minuciosidad.

Podría, en fin, preguntarse si habría sido pintado el cráneo después de una permanencia más ó menos larga debajo de tierra. Semejante costumbre sería muy extravagante, y sobre todo sería muy singular que se hubiese ido á marcar sobre el cráneo la imagen de una cinta roja cuando este adorno no estaba ya en uso. Esta observación puede aplicarse á todas las explicaciones que rechazan la existencia de vendas pintadas.

Esta última hipótesis no explica mejor que las precedentes el por qué de la pintura adherida á todos los botones encontrados, ni de las impresiones de tela con pinturas, ni de la costra roja de la sepultura 202.

El Argar no era tan sólo una necrópolis. Ciertamente que la inmensa mayoría de los hallazgos que allí hemos hecho provienen de las sepulturas, mas poseemos también un número respetable de objetos encontrados fuera de las tumbas; y, excepción hecha de algunas piezas que probablemente proceden de sepulturas destruidas, los utensilios descubiertos al exterior de las tumbas se diferencian mucho de los ajuares funerarios.

Citemos las flechas de cobre, las ciento treinta piedras de afilar, las trescientas sierras de pedernal, las vasijas con tres pies, los seiscientos cincuenta instrumentos de hueso, las piedras con ranuras, los morteros, las muelas, las pesas de tierra cocida, etc.

En realidad, constituyen estos objetos un verdadero menaje doméstico, que responde á las necesidades de todos los días, el cual no se encontraría si la meseta no hubiese sido más que un cementerio.

Otras pruebas de lo mismo nos suministran todavía el aparato que servía para cocer las pesas de barro, el pequeño taller de fundidor, en el que se conservaban las muelas y los crisoles, las capas de tierra negra y pedazos de carbón encontrados á cierta profundidad, conteniendo diversos objetos de alfar, útiles, granos, etc., abandonados en el suelo de las viviendas, probablemente en el momento de producirse un incendio.

Es preciso considerar, por otra parte, que las armas y los útiles encerrados en una tumba, encuéntrase allí mejor guardados que los escasos

objetos que quedaron abandonados después de la destrucción ó de la fuga de la población.

Estos últimos tienen, en general, su yacimiento á un nivel más elevado que las sepulturas, y están, por consiguiente, más sujetos á cualquier remoción del terreno, pudiendo así desaparecer mucho más fácilmente.

Al describir anteriormente las estaciones de Ifre y de Zapata, vimos allí enterramientos practicados en algunas viviendas, de tal modo, que el hecho no puede ponerse en duda. Nada tiene, pues, de sorprendente que el mismo hecho se reproduzca en el Argar.

Lo que sería mucho más difícil de sentar, si el Argar se estudiase aisladamente, es que todas las construcciones hayan tenido exclusivamente por objeto la edificación de casas, y que ninguna de ellas absolutamente estuviera destinada á rodear ó proteger las tumbas, ó á dividir ciertos espacios en recintos funerarios. Pero el examen del Oficio, que es otro caserío contemporáneo, nos permitirá hacerlo, toda vez que nada se opone á generalizar los hechos que allí pondremos en evidencia.

Meyer ¹ ha hecho un cálculo sobre el número de los habitantes y de las tumbas de la necrópolis de Hallstatt, como también sobre la importancia y la duración de la población que la ha sustentado. Este cálculo se basa en la ley de Quetelet, en virtud de la cual muere una persona al año por cada cuarenta.

Para hacer nosotros un cálculo semejante, preferimos tomar un coeficiente de mortalidad de $\frac{1}{30}$. Apliquemos esta cifra á nuestra meseta, en la que hemos encontrado novecientas cincuenta sepulturas, cincuenta y tres de las cuales contenían dos esqueletos, lo que nos conduce, en números redondos, á un total comprobado de mil muertos.

Podemos admitir que las cuatro quintas partes de la superficie han sido excavadas y que las tumbas están distribuidas en ella uniformemente.

Por otro lado, un gran número de dichas sepulturas han sido violadas y destruidas por causas diversas. Debe, por consiguiente, considerarse el total de dos mil difuntos como una cifra que no puede alejarse tanto de la verdad que llegue á desnaturalizar nuestros cálculos.

¹ *Das Gräberfeld von Hallstatt*, von A. B. Meyer. Dresden, M. Hoffmann, 1865.

Según esto, una población de:

100 habitantes	habría producido	2,000 muertos	en	600 años;
300	»	»	»	» 200 »
500	»	»	»	» 120 »
800	»	»	»	» 75 »
1,000	»	»	»	» 60 »

Probemos de fijar mejor las ideas.

La acumulación de dos metros de escombros sobre una meseta bastante extensa parece que ha de haber exigido un tiempo bastante largo. No se trata, en efecto, de un acampamento provisional; varias generaciones se habrán allí sucedido; así, no parece natural admitir menos de cien años como duración de la ocupación, lo que correspondería á una población de seiscientos habitantes á lo más.

No es probable tampoco que este emplazamiento fuera elegido para un caserío de cien á doscientos habitantes solamente.

En Fuente Vermeja hemos reconocido con toda claridad la existencia de una veintena de aposentos; mas como habrán desaparecido algunos, podemos aumentar su número en veinte más aproximadamente, con lo que se obtiene un total de cuarenta aposentos. Es de creer que cada familia tendría su casa, disponiendo de uno ó de dos aposentos, en cuyo caso habría habido allí de veinte á cuarenta familias: supongamos treinta. Si además suponemos que cada familia se componía, por término medio, de cinco miembros, llegamos á una población de ciento cincuenta habitantes para Fuente Vermeja.

Pero la superficie habitable de este último caserío es muy inferior á la del Argar. La primera es de unos ocho mil metros cuadrados, mientras que la meseta del Argar tiene diez y seis mil; mas para tener cifras susceptibles de comparación, hay que agregar á la última los ocho mil metros que dan las pendientes hasta una altura determinada sobre el barranco, lo que forma unos veinticuatro mil metros. Proporcionalmente, pues, la población del Argar habría sido triple, ó sea, de unos cuatrocientos cincuenta habitantes.

Por otra parte, para una población poco numerosa, la estación hubiese estado mejor situada en una colina más pequeña y más fácil de defender. En efecto, el perímetro de la meseta tiene una longitud total de seiscientos cincuenta metros, de los cuales sólo doscientos cincuenta eran naturalmente

inaccesibles. Quedaba, por lo tanto, una longitud de cuatrocientos metros por fortificar desde un principio y por defender después.

Creemos, pues, que doscientos y seiscientos habitantes son los límites admisibles.

La primera cifra daría una duración de trescientos años para la ocupación y una densidad de población de una persona por ciento veinte metros cuadrados, si se suponen ocupadas las vertientes, y por ochenta metros cuadrados, admitiendo que solamente estuviese habitada la meseta.

La segunda exigiría cien años para dicha ocupación y una persona por cuarenta metros cuadrados ó por veintisiete metros cuadrados, según la hipótesis que se admita. Tendríamos, pues, por límites de cien á trescientos años para la duración de la ocupación. Esta duración acaso parezca corta, pero la uniformidad de las piezas que constituyen los ajuares funerarios muestra bien á las claras que las formas de las armas, de los útiles y de las alhajas, como también las de los objetos de alfar, no han sufrido las modificaciones que el transcurso de varios siglos hubiera debido producir en todas estas cosas.

Cierto que en los objetos colocados al lado de los difuntos encontramos todos los grados de riqueza, pero en esta gradación de lujo no puede verse un progreso debido á una civilización cada vez más adelantada, sino tan sólo una prueba de la existencia de diversas clases sociales.

Otra observación tiene aquí también su lugar oportuno.

Hemos señalado, en el Argar, cuatro diademas.

¿Deben considerarse estas insignias, no ya como simples adornos, sino como atributos de supremacía, aun cuando veamos que eran usadas por mujeres?

Siendo así, las cuatro diademas indicarían cuatro soberanas ó esposas de jefes para mil muertos, si es lícito expresarse en estos términos, ó sea, una para cada doscientos cincuenta; esta última cifra sería la de la población.

Encontramos, además, dos espadas. Estas armas son tan superiores á todas las demás que indudablemente debían hallarse reservadas para personajes importantes, para jefes muy probablemente. Dos espadas para el número de inhumaciones que se han podido comprobar corresponderían á un jefe para quinientos habitantes.

Como se ve, todas estas cifras, ninguna de las cuales tiene un valor

absoluto, nos llevan siempre á una población de cuatrocientos habitantes poco más ó menos, cifra que adoptamos como simple aproximación y que corresponde á una duración de ciento cincuenta años.

Otra particularidad debe llamar últimamente nuestra atención, y es la de las sepulturas con dos esqueletos. Según ya dijimos, el hecho se ha repetido cincuenta y tres veces.

¿Estas inhumaciones dobles han sido simultáneas ó sucesivas?

Contra la primera hipótesis puede objetarse: la dificultad de introducir á la vez dos cadáveres en una tumba de capacidad ordinariamente reducida; y lo improbable del fallecimiento simultáneo de dos personas unidas por algún parentesco, único caso seguramente en que se las hubiera juntado en una misma tumba. En los casos mejor comprobados, los difuntos de esta suerte reunidos eran de diferente sexo, lo que permite reconocer en ellos al hombre y á la mujer que vivieron juntos.

Causas fortuitas, tales como la insuficiencia de féretros, son poco probables.

Las inhumaciones dobles son bastante raras; también las sepulturas de los hombres son más raras que las de las mujeres; y es que el hombre sucumbía, sin duda, en el combate las más de las veces; su cuerpo quedaba privado de sepultura, y se depositaba la mujer sola en su ataúd.

Todo lo observado en nuestros hallazgos contradice la hipótesis de un rito bárbaro, que obligase á matar á la mujer de un jefe siempre que ocurriera la muerte de éste.

Creemos, por lo tanto, que las sepulturas dobles contienen los esqueletos de dos personas unidas en vida y muertas una después de otra. El cuerpo de la última habría sido introducido al lado de los restos ya reducidos á menor espacio del primer ocupante. Un buen ejemplo de inhumación doble lo suministra la sepultura 824, que contiene un esqueleto de hombre y otro de mujer en dos urnas tapadas la una con la otra. Parécenos que las cosas han debido pasar del modo siguiente: la mujer murió primero y fué enterrada en una urna; al ocurrir el fallecimiento del hombre, el ataúd sería demasiado estrecho para recibir este otro cuerpo; y para hacerle sitio, ha debido juntársele una segunda urna. Creemos que el hombre debe ser el último enterrado, porque su espada rebasaba el borde de la primera urna, sobresaliendo algunos centímetros de la segunda.

El lector tiene, con esto, á la vista el cuadro de esta civilización.

Hemos visto sus casas. lo que quedaba de su mobiliario y de sus útiles usuales; y hemos comprobado el empleo frecuente entonces de la piedra, del hueso y del pedernal.

Los objetos de metal fuera de las tumbas son raros: el cobre coexiste con el bronce. Vemos además moldes de piedra para la fusión de las hachas y de los puñales.

Cerca de mil tumbas nos han facilitado preciosos indicios sobre las costumbres de este pueblo, poniéndonos de manifiesto moradas sepulcrales de diversas formas, bien que un modo de inhumación constante, que en todos los casos prueba el mayor respeto por los difuntos.

Al lado del guerrero, hemos visto sus armas; junto á la mujer, sus útiles cotidianos: en los brazos, en los dedos, en los cuellos de las personas ricas de ambos sexos, alhajas que debían ser suntuosas.

Junto á los pobres ó á los viejos, nada de alhajas; ó, á lo sumo, adornos más modestos, útiles y armas en peor estado de servicio.

Los difuntos iban cubiertos de vestidos, preparados para la segunda vida.

En su tumba depositábanse alimentos para el viaje, junto con algunas vasijas.

Ningún hecho nuevo aparece en este caserío que pruebe que nos hallamos en un período distinto del de Ifre y de Zapata.

Era más importante que éstos; he aquí entre ellos la sola diferencia, que tiene su razón de ser en su mayor proximidad á la región que debe tenerse por el foco de esta civilización, y en el centro de la cual está colocada la ciudad de Cuevas.

Esta civilización fué destruída, sin que pudiera desarrollarse más.

¿Cómo y por quién? Nuestras excavaciones no nos lo han revelado.

CAPÍTULO VIII

GATAS.

ENTRE los grupos de montañas que rodean á la ciudad de Cuevas, varias veces hemos nombrado ya Sierra Cabrera. Es de todas la más pintoresca, ó mejor dicho, la única á la cual este calificativo puede aplicarse.

Dominan las calizas sobre toda la vertiente Norte, desarrollándose desde el pie hasta las cimas de la sierra, que alcanzan á veces una altura de novecientos metros sobre el nivel del mar.

Esta mole, sumamente quebrada, presenta con frecuencia esas aristas en forma de dientes que han dado origen al vocablo español de *Sierra*.

Encuétranse en ella numerosas fuentes de excelente agua, que han permitido la plantación de huertos de naranjos de alguna importancia. Las naranjas de Sierra Cabrera son muy estimadas en la provincia. Citaremos los huertos de Mojácar, de la Cantarilla, de Gatas, de la Cerca, del Nacimiento, de Cabrera, de Huerta Llana y de Tablas. Los vallecitos de la Cerca y de Tablas son encantadores.

A corta distancia del Mediterráneo se encuentra, por decirlo así, colgado de una peña escarpada, en el flanco de la Sierra, el curioso pueblo de Mojácar.

Tiénesele por de origen árabe, en cuya época tenía gran importancia;

pero nosotros estaríamos dispuestos á hacer remontar su antigüedad hasta los tiempos prehistóricos.

Mojácar posee de cuatro á cinco mil habitantes; no tiene calle alguna cuya anchura exceda de tres metros, ni fuera posible llegar hasta dicho pueblo en vehículo de ninguna clase. La roca pelada hace oficio de pavimento, lo que da á ciertas callejuelas el aspecto de canteras. Algunas de ellas ofrecen pendientes inverosímiles; y no es raro que una persona pueda pasar en dos zancadas, sin subir ni bajar, del umbral de su puerta al techo de su vecino.

Este nido de águilas tiene gran colorido local, pero lo que más celebridad le da es su magnífica fuente, á la que debe indudablemente su fundación. Sale el agua de la peña, y es de una pureza con justicia ponderada: se la considera más pura que la del Lozoya que sirve para el abastecimiento de Madrid, y en todo tiempo se presenta con mucha abundancia.

Entre los vecinos ricos de Vera y de Garrucha está en moda no beber sino agua de Mojácar, que traen unos aguadores. A un amigo nuestro le hemos oído contar que, en una comida ofrecida por una de las primeras familias de Garrucha, por toda bebida no se sirvió más que agua de Mojácar en aparatosas alcarrazas.

Pero nos hemos alejado mucho de la prehistoria; volvamos á ella.

Dejando á Mojácar para dirigirse á Turre (V. nuestro mapa), se marcha por el flanco de la montaña, pasando junto á la bella plantación de naranjos de la Cantarilla; y después de un trayecto de media hora, se llega á Gatas.

No es éste más que un lugarejo propiamente dicho; vense allí tan sólo algunas pequeñas cabañas desparramadas, dominando un pequeño barranco que desciende de la sierra, por cuya orilla se extiende un vasto huerto de naranjos, y á un lado una robusta construcción de dos pisos, que sirve de habitación al hortelano. La plantación sigue la orilla del barranco y está limitada al Sur por un erguido peñasco, sobre el cual se desarrolla la estación prehistórica que nos toca describir.

Damos una vista de ella, juntamente con el plano del caserío, en la lámina 57.

Las vertientes de la colina han sido en gran parte desmontadas, y como la pendiente es demasiado fuerte para que el terreno pueda labrarse

con el arado, se contentan con cavarlo. ¡Y el labrador que á este trabajo se dedica nos refería que con mucha frecuencia rompía y dispersaba con su herramienta tinajas (urnas) conteniendo osamentas!

Una vez más experimentábamos el sentimiento de ver aumentarse la lista, sobrado larga ya, de los tesoros arqueológicos perdidos para siempre jamás. Felizmente, llegamos á punto para preservar de una destrucción próxima algunas piedras del edificio.

Como en la mayor parte de nuestras estaciones, la parte superior del cerrillo, más ó menos horizontal, presenta numerosos resaltos; y sin duda por esto fué respetada por el labrador. Vense allí todavía restos de construcciones de piedra trabada con tierra, análogas á otras de que hemos hablado algunas veces, procedentes unas de las viviendas prehistóricas y otras de obras defensivas.

Entre los resaltos del terreno extendíase una capa de escombros, de espesor sumamente variable, que debía su formación parte á las piedras desprendidas de lo alto de dichos resaltos y parte á una tierra arcilloso-pizarreña traída de una montaña próxima, el Cabezo del Judío, y de las vertientes del barranco que se halla al Sur, en las que se destacan algunos afloramientos de pizarras agrisadas y violáceas descompuestas.

En los declives de la montaña, sólo y por rareza encuéntranse algunos trozos de muros, destruído como ha sido todo ó poco menos por el cultivo.

LAS GALERÍAS DE GATAS.

A Norte y á Este el cabezo se halla contorneado por un barranco pintoresco, que presenta una serie de estrechamientos, á los que siguen espacios de alguna más anchura.

Todo en este vallejo tiene un carácter misterioso: sobre la ribera derecha, á modo de una corriente de blanca lava descendida de la alta cúspide, extiéndese un manto de toba cuajada de pedazos de hierbas petrificadas; y hasta en el mismo barranco forma incrustaciones curiosas, estalactitas, drusas, concreciones variadas.

En la ribera izquierda una vegetación frondosa, pero de poca altura,

en la que dominan la hierba y la palmera enana, oculta entre las peñas las construcciones de los antiguos habitantes de este lugar. Toda esta vertiente, en la que no penetra sino muy de mañana alguno que otro rayo de sol, es constantemente húmeda; las peñas trasudan agua, y en toda ella reina una frescura desusada.

Al salir del huerto de naranjos, plantado casi al pie del peñasco, el ánimo se sorprende de momento ante el contraste que ofrece esta naturaleza ruda y salvaje con las bien alineadas plantaciones de aquellos árboles de dorados frutos, encerradas en un marco de elegantes palmeras. Siguiendo la subida del barranco hacia el Sudeste, al tomar una de sus revueltas y en uno de sus más recónditos senos, preséntase de pronto la abierta boca de una galería (V. lám. 57 en *a* y lám. 58 en 1): ábrese á dos metros por encima del fondo del barranco y parece hundirse en las entrañas de la montaña. No es posible contemplarla sin pensar en los tesoros que la leyenda dice sepultados en la sierra; pero, en lugar de los duendes que los guardan, vense junto á su entrada dos grandes peñas, una de las cuales, formada de toba, ofrece la fantástica silueta de un gigante.

Esta cueva es una hendidura natural, enderezados sus paramentos con piedras traídas de fuera, y cubierta con losas. Después de arrastrarse algunos metros por este estrecho pasadizo, llégase á una especie de embudo que parte de la superficie; está lleno de espinos y cegado en parte por los escombros que la gente del país ha acumulado, tratando multitud de veces de volver á encontrar el perdido camino de esas imaginarias riquezas, sin cuidarse poco ni mucho, cuando no ignorantes, de las ruinas que causaban.

Volviendo al lecho del torrente, la vista se detiene, cuarenta metros más arriba, en un sólido muro de toscas piedras (V. en *b*, lám. 57, y en 4 y 5, lám. 58), adosado al peñasco, el cual desciende á pico á partir de la base de la muralla. Involuntariamente la imaginación, después de haberse transportado, á la vista de la galería que acabamos de abandonar, hacia los monumentos megalíticos del Norte, vuélvese ahora á las construcciones ciclópeas de que este muro es una imagen lejana, pero real.

De nuevo tiene que deplorar aquí el arqueólogo los estragos causados por la ignorancia y la codicia. Una gran parte del muro, sin duda la más bella, ha desaparecido, cediendo á los esfuerzos de algún buscador de

tesoros, guiado por sueños de oro; este buscador se ha estrellado, es verdad, contra la roca, pero la idea del tesoro está arraigada en su espíritu, y mañana volverá para demoler lo que ayer dejó en pie.

En esto, como en otras cosas, es preciso resistir los arranques de la imaginación: dejémonos guiar por la piqueta del investigador, que ni el sabio ni el poeta perderán nada en lo que les revele esa modesta herramienta, que tantas veces ha hecho desfilar bajo nuestros ojos esas civilizaciones de las que una larga noche de siglos nos separa.

Delante de la muralla y al pie del peñasco que le sirve de base, el lecho del torrente tiene una decena de metros de anchura, después de formar inmediatamente encima una estrecha garganta, que se eleva unos cuatro metros sobre dicho punto.

Sobre la ribera izquierda los escombros antiguos forman un importante contrafuerte, cuyo centro da frente á la parte destruída de la muralla. Este contrafuerte es el que nos dará el tesoro tan buscado.

Después de quitar la mayor parte de los escombros, llevados allí intencionalmente, pusimos al descubierto una galería inclinada, que tenía su origen en un punto situado detrás de los cimientos del muro y se introducía por su extremo bajo el lecho del barranco.

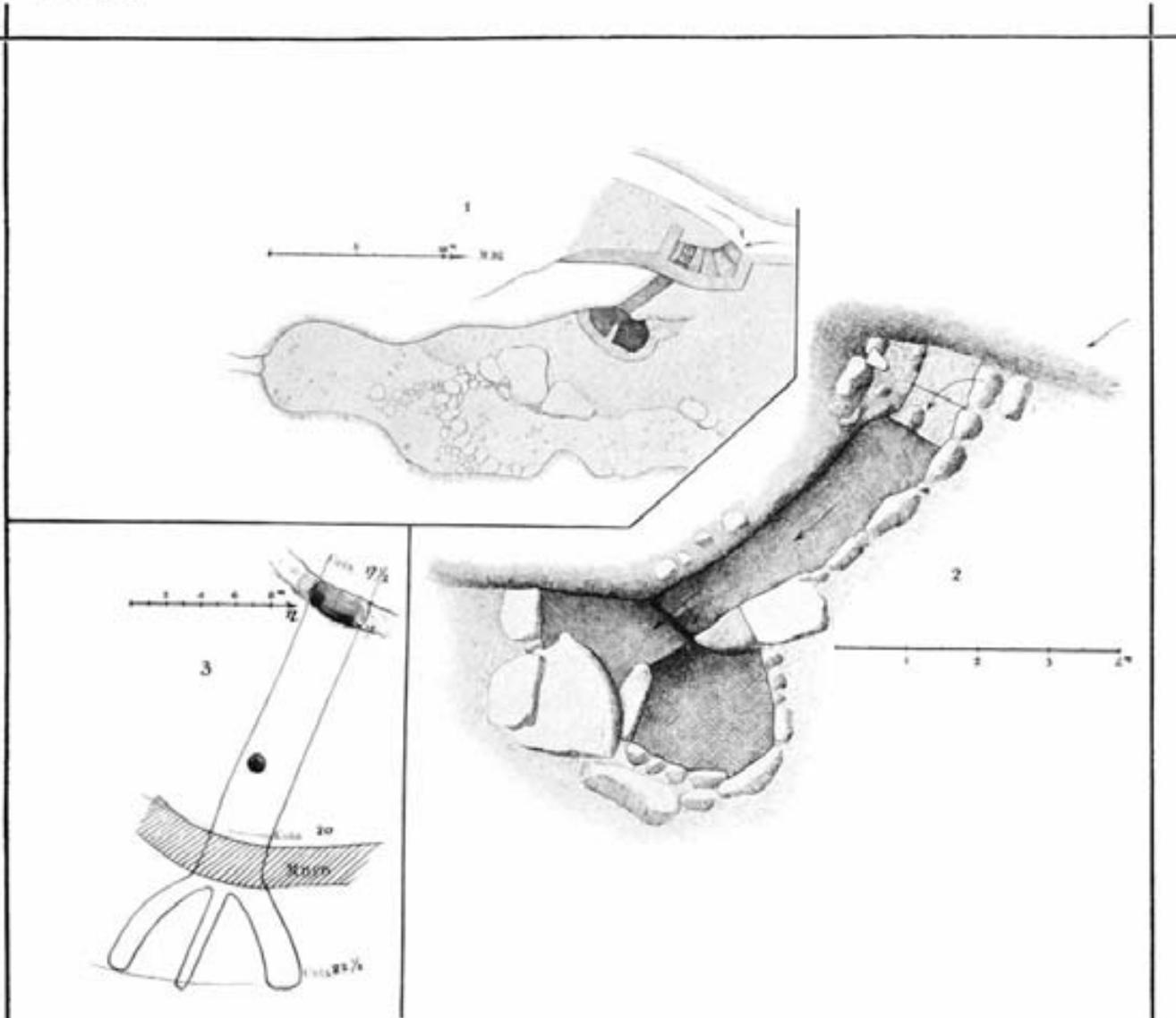
Esta galería sigue la dirección de la peña, que forma uno de sus hastiales, adaptándose á sus caprichosas sinuosidades, salvo en algunos puntos en que la mano de esos primeros constructores se habrá dirigido directamante á atacar la roca, aprovechando ciertas hendiduras que permitían destacarla en fragmentos. El otro hastial se halla por lo común formado por un muro de piedra en seco; pero como en más de un sitio la peña presentaba algunos salientes, se ha sacado partido de ellos, aprovechándolos con inteligencia. Entre las piedras que se introdujeron en la galería para formar este muro, hay una que indudablemente parece tallada: tiene un metro cuadrado de superficie y medio metro de altura aproximadamente; la superficie que da al muro es tan plana y presenta un ángulo tan regular que no puede menos de admitirse su talla intencional, el aspecto de sus caras confirma esta conclusión, pero la piedra es dura y, por consiguiente, la talla habrá debido hacerse destacando grandes pedazos, probablemente con uno de esos gruesos martillos de garganta.

Sobre este muro artificial como sobre la peña, con ó sin el auxilio

de piedras intermedias, se apoyan unas losas más ó menos horizontales, formando así un pasadizo cubierto, de ochenta centímetros próximamente de ancho y de un metro cincuenta centímetros de altura, en su primitivo estado, á lo que permite juzgar el actual hundimiento de la cubierta.

Según ya dijimos, el pasadizo atraviesa por debajo de la muralla. detrás de la cual descubrimos tres escalones, todos junto á la peña. En la figura adjunta una flecha indica el camino que hay que seguir para descender á la galería. En el muro del lado opuesto á aquel por el cual se descende hallábase sólidamente empotrada una piedra plana formando saliente, que permitía acaso sentar el pie, ó bien apoyar la mano cuando se salía. Después de bajar los tres escalones, de treinta á cuarenta centímetros de altura cada uno, se recorre una parte inclinada, de cuatro metros de largo, provista probablemente en lo antiguo de pequeños escalones, pero que hoy día tiene la peña por suelo; á continuación ofrécese un salto brusco, formado por otro escalón que tiene actualmente un metro cincuenta centímetros de alto, pero que no debió tener probablemente más de un metro en su tiempo, á causa de cierta altura de escombros que en su pie existiría y que ya hoy no nos ha sido dable distinguir. Llegamos así á un pequeño aposento formado por la peña en la parte de Poniente, por una piedra colocada junto á la misma en el extremo Sud y por una losa inclinada de toba en el lado Este, que se apoya sobre otra vertical que forma la pared del Norte. Una puerta de sesenta centímetros de ancho, colocada entre esta última y la peña, da acceso á otro aposento mucho más bajo, pero mucho mejor construído que el precedente.

Constitúyelo un polígono irregular, formado por la peña, varios muros y una losa vertical común á los dos compartimientos. Del lado del torrente el circuito está cerrado por una gran piedra inclinada y un muro que la sostiene por el interior. El conjunto hállase cubierto con una losa horizontal mayor que la otra; mas como quedasen algunos huecos del lado de la roca, tapáronse estos huecos con pequeñas piedras. Este aposento tiene de un metro á un metro diez centímetros de altura. El piso está formado por una tongada bastante espesa de cascajo arcilloso, en la cual se han abierto entalladuras de veinte á treinta centímetros para la colocación de los pies derechos, lo que prueba que es natural. La unión del pie de los montantes con el terreno se había obtenido introduciendo en las juntas pedazos de



GALERÍAS DE GATAS Y DE HISSARLIK

1. Segunda galería de Gatas, restablecida en su primitivo estado. Las dos flechas indican la entrada probable á la escalera que, por detrás de la muralla, desciende á la galería. Delante de ella se observan las piedras del torrente. (V. página 214).
2. La misma, en su estado actual, suponiendo quitadas las losas de la cubierta y la muralla. Las flechas indican el camino que hay que seguir para descender á las cámaras. (V. páginas 214 y 215).
3. Manantiales de Troya, según Schliemann. (V. página 217).

pizarra violácea, más blandos que los que forman aquel cascajo. Este piso se encuentra al mismo nivel que el piso actual del aposento vecino; pero, como indicamos antes, este último era probablemente un poco más alto en lo antiguo. Frente por frente, el lecho del torrente es hoy día diez centímetros más alto que el suelo de estos aposentos. Dos grandes bloques naturales aparecen en medio del barranco, sirviendo de defensa á la construcción y de apoyo al contrafuerte de escombros que la ocultaba á la vista. Varias losas y piedras gruesas, mezcladas con tierra, y una espesa vegetación desarrollada sobre ella lo cubrían todo.

Dijimos ya de pasada que la cubierta de losas hallábase en parte hundida: una de estas losas ha debido quitarse por exigirlo así las necesidades de la excavación; y algunas otras caerán bien pronto, así que las aguas, y sobre todo el hombre, que se ceba en la demolición, se hayan llevado los montones de tierra que la seguridad de nuestros obreros nos obligó á dejar en su propio sitio. Los aposentos estaban llenos hasta lo más alto de lechos sucesivos de cascajo, arenas y arcilla; esta última, fuertemente comprimida por el peso de las losas y de las tierras, había adquirido cierta tendencia á dividirse en hojas. Esta arcilla, muy escurridiza cuando está húmeda, cede al menor peso; por lo que, fatalmente, esta interesante construcción hállase abocada á una destrucción completa. Nuestra buena estrella nos ha deparado la suerte de salvarla á lo menos para la ciencia. En la lámina 58 damos de ella un plano y una vista, reproduciéndola con toda minuciosidad tal como nuestras excavaciones la han dejado; además de esto, el adjunto dibujo, que representa la planta de la galería, suponiendo levantadas las losas superiores, permite darse cuenta de los aposentos de que acabamos de tratar.

En cuanto al destino de este curioso monumento, no parece que pueda dar lugar á dudas. Partiendo del interior de la población, detrás de una espesa y sólida muralla, servía á los habitantes para proveerse de agua cuando se hallaban sitiados por el enemigo. Aun en el caso de que éste hubiese llegado á conocer la existencia de este camino tan cuidadosamente oculto, y á menos de suponerle en posesión de ingenios perfeccionados, difícilmente podía pensar en demoler esta obra, en levantar esas macizas piedras, algunas de las cuales pesan hasta dos toneladas, sólidamente trabadas con arcilla compacta; y todo esto bajo una granizada de piedras

con que no hubieran dejado de hostigarle los habitantes desde lo alto de sus muros.

¿Hay necesidad de señalar cuán de relieve pone este detalle el miedo que inspiraba ese enemigo, miedo que se encuentra escrito en cada una de las piedras que han removido nuestros prehistóricos?

No existe hoy día el agua en el fondo de estos aposentos; pero todo, en nuestro estudio, nos induce á creer que los manantiales eran en otro tiempo más abundantes: una vegetación protectora retenía mejor las aguas de lluvia para distribuir las ordenadamente en todo tiempo. En la actualidad sólo un pequeño hilo de agua discurre por el torrente; los trabajos encaminados al riego de las tierras han recogido y desviado la mayor parte de la corriente.

No estará fuera de lugar explicar aquí el origen del agua que buscaban los antiguos. Un corte perpendicular al barranco descubre lo siguiente (V. en 6, lám. 58): el subsuelo está formado por calizas grietadas, que descansan sobre pizarras y dan lugar á la formación de manantiales; el lecho del torrente, constituido por una toba blanquecina, hallábase antiguamente más alto que hoy día; finalmente, el barranco actual ha sido debido á una hendidura de las calizas, que en cierto modo hace el oficio de una galería de drenaje, atrayendo á su seno las aguas de la superficie.

Admitiremos, pues, que antiguamente el aposento más bajo contenía siempre agua en su fondo, la cual podía sacarse desde el aposento inmediato, que al efecto tenía el piso un poco más alto. Pocas vasijas propias para el transporte del agua, sin embargo, han sido encontradas ni aquí ni en otra parte. ¿Acaso se empleaban las de otra clase? Es muy posible. Observemos que el manejo de recipientes demasiado grandes y demasiado frágiles debía ser muy incómodo. Para sacar agua de un depósito nada hay que pueda sustituir con ventaja á las numerosas tazas que poseemos y que en todo su contorno, principalmente cerca del borde, presentan abundantes estrías en el sentido de su eje, tales como no podía menos de producir la operación de extraer el agua de una charca poco profunda, estrías á las cuales no encontramos otra explicación.

Las tazas con gruesos bordes, que son también propias, aunque no tanto como las anteriores, para el mismo uso, presentan las mismas estrías en su parte más ancha, las cuales se explican con bastante naturalidad

por el mismo empleo que de ellas se haría. Para esta operación la existencia de un pie no podía servir sino de estorbo.

La comunicación entre la población y la fuente está indicada por el relieve del terreno: la parte Norte de la muralla daba acceso á los escalones de entrada: este camino acaso estaría oculto por una porción de muro de cierta altura, y á él podía llegarse de los diferentes lados de la colina aprovechando los resaltos más ó menos horizontales que la peña presentaría, y que fácilmente se acondicionarían para el paso nivelando con algunas piedras sobrepuestas su superficie: todavía quedan vestigios de estos caminos. Añadamos, en fin, que sobre el paramento exterior de la muralla se hallaban aún recostados algunos escombros, que, á nuestro parecer, fueron allí puestos por mano de hombre; es posible, por lo tanto, que así la muralla como la galería estuvieran sepultadas bajo un enorme montón de escombros, apoyándose por su base sobre las grandes piedras del torrente, y llegando á cinco, seis y hasta diez metros de altura: todo esto, cubierto de vegetación, era imposible que permitiera sospechar lo que debajo se encerraba.

Volviendo ahora á la primera galería, bien pronto se verá que así su construcción como su aplicación eran las mismas que las de la precedente. Los dos grandes pedruscos de cada lado de la entrada permitían fácilmente prolongarla hasta debajo del barranco. Solamente que aquí la corriente, estrechada dentro de un cauce más angosto, se ha llevado la parte de dicha galería que se internaba en su lecho, no dejando más que una boca abierta.

Tratando de encontrar de nuevo los manantiales homéricos de Troya, escribe M. Schliemann lo siguiente (*Ilios*, p. 340):

«Á unos trescientos pasos de la acrópolis, hacia el Oeste y junto á la ciudad baja, pero fuera de ella, en un punto en que el terreno sobre que Ilium está emplazado aparece tendido con suave pendiente hacia la llanura (V. el plano VIII), levántase un peñasco coronado por tres higueras que arrancan de una misma cepa. Debajo de este peñasco veíase, hace catorce años, un agujero que se creía era la entrada de un largo paso subterráneo, llamado *lagoum* por los aldeanos; pero en la actualidad este agujero está del todo cegado por las tierras que en él se han acumulado. M. Frank Calvert, que veinticuatro años atrás se introdujo arrastrándose

por este agujero, vió abrirse ante él un largo pasadizo; varios aldeanos, que pretendían haber hecho lo mismo, me aseguraban haber visto allí un gran número de estatuas puestas de pie. Deseando esclarecer este misterio, excavé este agujero, ó, mejor dicho, esta caverna en 1879, y descubrí un paso abovedado practicado en la roca caliza. Su anchura es de tres metros y su alto de un metro sesenta y ocho centímetros (V. el grabado número 165). Á unos diez metros de la entrada se encuentra una abertura vertical de un metro de diámetro, practicada artificialmente en la roca superior, la cual servía indudablemente para dar paso al aire fresco y á la luz. Á una distancia de diez y ocho metros de la entrada, la galería principal se divide en tres ramales, dos de ellos no más anchos de lo que permite el paso de un hombre; uno de ellos tuerce hacia el Este y el otro al Sudeste. El tercero, que es casi tan ancho como la galería principal, se dirige al Norte.

»En 1882 exploré detenidamente con mis arquitectos la caverna, su parte anterior y los tres estrechos ramales, reconociendo que los que de éstos se dirigen al Este y al Sudeste son tan largos como la galería principal, es decir, que tienen diez y ocho metros, y que el que se encamina al Norte es algo más corto; y, además de esto, que al extremo de cada uno de ellos brota un manantial, cuya agua corre por la galería principal conducida por una tubería de barro cocido de la época romana. Como esta tubería había sido rota en muchos puntos, ni mis colaboradores ni yo reparamos en ella en nuestra primera exploración, creyendo que el agua llegaba por un canal abierto hasta la entrada de la galería principal. Pero últimamente, limpiando cuidadosamente la galería de toda la tierra y todo el barro que contenía, descubrimos debajo de la tubería de barro cocido y descansando sobre el suelo un conducto de agua del género más primitivo, compuesto de piedras calizas sin labrar, ajustadas unas con otras sin interposición de ningún cemento ni mortero, y cubierto con lajas de la misma clase; este conducto se extendía por toda la longitud de la galería y de su brazo septentrional, pareciéndose mucho á los conductos de agua ciclópeos que he descubierto en Tirinto y en Micenas (Véase mi obra *Mycènes*, edición francesa, págs. 59, 147, 148, 220).

»Este conducto estaba lleno de arcilla y barro, y debía estarlo desde muy antiguo. Hasta podría creerse que los habitantes del Ilium eólico no

conocieron su existencia, pues que colocaron su tubería sobre la tierra que lo cubría y ocultaba ».

Habría lugar á pensar si la abertura que existe á los diez metros de la entrada serviría de acceso á los hombres mismos mejor que para otra cosa, en una época en que la entrada principal no existiría.

Si así fuera, la analogía entre estas fuentes y las de Gatas sería notable. De todos modos la comparación es interesante. Según el plano de M. Schliemann, la muralla de Troya pasa por encima de las fuentes, como la de Gatas, pero el pozo de acceso parece encontrarse fuera.

Al otro lado del Cabezo existen vestigios de construcciones singulares. El peñón de Gatas hállase separado del macizo del Cabezo del Judío, su vecino por el Oeste, por un pasaje natural, de paredes muy escarpadas y cuyo fondo ancho y liso por la parte del Sud, se vuelve estrecho y pedregoso por la del Norte. Diríase que es el primitivo paso de las aguas del torrente. La parte Sud (V. en *c*, lám. 57), de una anchura de diez metros próximamente, está sembrada de piedras: véanse allí una especie de toscos muros, en número de dos, que pasan de una á otra orilla, distando entre sí una decena de metros; y estos muros, junto con los que á ambos lados forma la peña, vienen á constituir, por lo tanto, un recinto cuadrado. Excavamos este recinto y encontramos el suelo formado, en una altura de un metro cincuenta centímetros poco más ó menos, por tierra más ó menos negruzca, indicio de haber existido alguna habitación, y escombros diversos. El muro del Sud es muy grueso y su base arranca de más allá del pasaje; del lado del caserío está algo más elevado y presenta una explanada adosada á la peña que se eleva verticalmente á una altura de tres á cuatro metros; sobre él y en este mismo punto venía á morir un camino que bajaba de la cima del cabezo. Esta es, por lo menos, la explicación que nos damos de una especie de empedrado, encerrado entre hileras de piedras que siguen el relieve del terreno, y formado de guijas cuarzosas mezcladas con tierra pizarreña. Frente por frente, en el Cabezo del Judío, se observan algunos vestigios análogos, pero muy borrosos.

¿Qué objeto tendría este cercado, colocado en el fondo del barranco? Pudiera haber servido para depósito de agua, como el del Oficio de que luego hablaremos.

Los puntos por donde era posible introducirse en la población son muy contados y poco fáciles de salvar. Acaso se entrase por la extremidad Sudoeste, mediante rampas de acceso, de las cuales el grueso muro que antes hemos citado sería un resto: el camino que en la colina existe parece así indicarlo. En este caso aquella construcción, de forma cuadrada, podría haber tenido un fin defensivo.

De todos modos, no bastaba forzar este paso para entrar en la acrópolis. Ésta, en efecto, se halla aislada por una gran falla, que está cruzada por otras, y no deja más que un estrecho espacio, un istmo, por donde se pueda subir á ella.

Precisamente por aquí es por donde pasa el camino que viene de abajo; siguiéndolo, se encuentra aún otra curiosa construcción: es un espacio cerrado con una hilada de piedras planas, puestas de canto y formando un arco de círculo que mira hacia Poniente (V. en *d*, lám. 57); casi en el centro de este arco de círculo, que mide cuatro metros de cuerda, hallábanse dos piedras de tal modo colocadas que parecía como si hubiesen servido para fijar la base de un poste vertical. Sería esta construcción probablemente una choza, una guarida: su situación, á la entrada del caserío, prueba que tendría seguramente un destino especial. Cerca de la cúspide del Cabezo del Judío existe una construcción semejante, pero más completa. El arco de círculo está también formado con piedras planas puestas de canto, de cuarenta centímetros de altura. El emplazamiento del poste central se destaca bien á la vista; dos piedras lo encuñaban; un muro, que no tenía más de medio metro de altura, dividía la casa en dos partes desiguales; en la mayor había restos de cenizas, y el suelo había sido levemente entallado del lado que se presenta cerrado.

Pero volvamos á nuestro camino. Delante de la guarida semicircular, parece aquél dividirse en dos, siendo el ramal de la izquierda el más interesante. Conduce éste á una escalera toscamente construída, pero bien marcada, que á su vez lleva á la parte posterior de una casa adosada al peñasco (V. en *e*, lám. 57). Esta casa tenía la entrada por detrás, no existiendo puerta ni cómodo acceso por delante; en la parte posterior, pegada á la peña, habría sin duda algunos escalones para descender de lo alto de aquella escalera al nivel del suelo de la casa.

La primera de estas escaleras servía también probablemente para llegar

á la cima del cabezo: una vez allí, se tenía libre acceso á todas las habitaciones de la acrópolis.

Esta parte, especialmente, es la que nosotros hemos explorado, puesto que en la restante todo se hallaba revuelto.

Las casas estaban dispuestas conforme indica el plano. Las sepulturas se encontraban en el interior de ellas, y á veces en el espesor mismo de los muros. El suelo nos ha proporcionado los objetos usuales, suministrándonos además, en una de las casas, pruebas de un incendio; en general, el espesor de los escombros es pequeño, no pasando de un metro y rara vez alcanzándolo: estos escombros han debido ser más abundantes en otro tiempo, lo mismo que los muros.

También excavamos nosotros una parte de la vertiente Sud, donde había varias sepulturas, singularmente en las resquebrajaduras de las rocas, y algunos emplazamientos de viviendas á la vez. Existieron además sepulturas al otro lado del barranco: procedentes de ellas vimos algunas losas. Por último, hemos citado ya algunas construcciones en el Cabezo del Judío, donde de vez en cuando se comprueba la existencia de piedras y tierra traídas de fuera.

He aquí la lista de los objetos encontrados fuera de las tumbas:

Un pequeño *cell* pulimentado de diorita y fragmentos de algunos otros.

Varios guijarros, discos, piedras con ranuras, percutidores, aguzaderas, etc.

Hojas ó pedazos de pedernal homogéneo, rara vez oolítico; dos pequeños núcleos, algunas sierras y dos cuchillitos de pedernal; uno de ellos, retocado por el dorso, recuerda los útiles del Gárcel y, como un gran número de éstos, es de pedernal gris opaco. Otra hoja tiene perfecto parecido con la que se halla dibujada en la lámina I, á la izquierda y más abajo del número 38.

Trozos de calcedonia.

Pedazos de cuarzo que parecen labrados.

Numerosas muelas de pudinga y de micacita.

Una piedra de afilar de pizarra, agujereada por sus dos extremidades, y la mitad de otra.

Conchas marinas, perforadas ó no perforadas; y fragmentos de algunas en forma de virgula, como los de Parazuelos (Lám. 7, *u*) y los de la

Gerundia (Lám. 1, fig. 120): uno de estos fragmentos se halla perforado en su extremidad mayor.

Una docena de puntas de hueso labrado.

Un botón de marfil de forma piramidal, idéntico á los del Argar.

Un número grandísimo de tiestos ó pedazos de vasijas de los tipos descritos precedentemente, y en particular copas con pie, vasijas con tres pies, etc.

Los objetos de alfar con adornos no son raros, consistiendo los dibujos, en cuanto la exigüidad de los fragmentos permite apreciarlo, en triángulos ó roquetes cubiertos de líneas cruzadas ó paralelas como los del Caldero (V. lám. 12, en 1), en pequeños roquetes colocados en el borde mismo de las vasijas (como en el Oficio), ó en varias series de pequeños trazos paralelos; algunos de estos dibujos se encuentran en el interior de las vasijas. Son todas líneas trazadas en hueco sobre la pasta blanda; pero hay uno de los dibujos que forma excepción, presentando una línea horizontal, que probablemente daba la vuelta á toda la vasija, y debajo de ella un roquete cubierto de líneas paralelas; al lado de cada uno de los vértices hay un punto. Líneas y puntos se han formado mediante anchas regueras muy poco profundas, cuyo fondo está alisado como el resto de la superficie. Es el único ejemplar de esta clase que poseemos.

Un fragmento de huso de tierra cocida.

Una parte de un molde de *cell*, hecho de la misma piedra que los del Argar.

Un *cell* plano de cobre, según el modelo ya conocido, y un fragmento de otro.

Un cincel de cobre y otro útil bastante delgado que en sus dos extremidades ofrece partes cortantes.

Dos flechas en forma de losange y de hoja.

Dos punzones de metal.

Unos treinta pasadores para cuchillos, que parecen haber servido, puesto que sus extremidades están aplastadas. Son, por lo tanto, piezas de desecho, destinadas á la refundición, habiéndolas encontrado juntas y parcialmente soldadas.

Fragmentos de cobre fundido y mineral de cobre.

Una cuenta de collar de la misma forma que las de Qurénima y Caldero.

Un pendiente de oreja, de plata, en el que se observa que, para desprenderlo del hilo metálico de que se formó, se aplastó éste, bastando entonces una simple flexión para quebrarlo con la mayor facilidad.

SEPULTURAS.— Hemos reconocido diez y ocho sepulturas, construidas al igual que las diversas clases de tumbas de los caseríos anteriores y conteniendo mobiliarios parecidos; una sola de ellas, que es la de número 2, merece descripción aparte, y muy especial.

Era una urna casi del todo aplastada, que se encontraba embutida en el muro que dividía las dos habitaciones principales de la cumbre (V. el plano, lám. 57).

Tenía unos setenta centímetros de largo y cincuenta de ancho en su parte media. Estas dimensiones no pueden ser más que aproximadas, dado el estado de aplastamiento de la vasija. La abertura estaba cerrada con una losa.

Esta sepultura contenía los restos de un esqueleto femenino. El cráneo hallábase ceñido por una franja de plata, de tres á cinco milímetros de ancho, muy echada á perder. En el lado derecho llevaba además dos pendientes de oreja, uno de cobre ó bronce y otro de plata; este último consiste en un hilo metálico arrollado de suerte que forma ocho espiras; este número de vueltas es el mayor que en esta clase de objetos se ha observado. En el lado izquierdo del cráneo no había ninguna alhaja; pudiendo explicarse su desaparición por el mal estado de esta sepultura, como que el cráneo se hallaba cubierto apenas por algunos centímetros de tierra.

Entre las osamentas y la tierra que las envolvía encontrábanse además:

Cuatro sortijas de plata y un pedazo de otra.

Un brazalete de plata y dos de cobre ó bronce.

Un collar compuesto de lo siguiente: once perlas de serpentina noble y dos de serpentina común; una espiral de plata; y dos anillos y ocho espirales de cobre ó bronce. Fragmentos de hilo hallábanse aún adheridos á estas últimas; y un fenómeno de alteración curioso ha producido en ellas cierta entumescencia que cambia en polígonos las circunferencias exteriores de las vueltas de espira.

Un puñal ordinario, bastante echado á perder.

Un punzón de cobre metido en un mango de madera, alrededor del cual se arrolla en forma de hélice un filete de plata sujeto al puño mediante cinco clavos probablemente de cobre: una porción notable de la parte leñosa subsiste todavía.

Hemos consagrado á este bello mobiliario una parte de la lámina 59 (Véase en 2).

En ella puede verse la representación exacta del cráneo, llevando las alhajas y la diadema.

Nos lo trajeron, por cierto, en bien lamentable estado: hallábase completamente aplastado é incrustado en barro; pero afortunadamente, y á fuerza de solícitos cuidados, pudimos reconstituirlo de un modo satisfactorio.

Llamamos singularmente la atención sobre las sortijas, las cuales no están hechas con hilos redondos como la casi totalidad de las que hasta ahora hemos encontrado, sino con varillas planas; dos de ellas están combadas exteriormente y no presentan solución de continuidad en toda su superficie, como nuestros anillos modernos. Una de estas alhajas se hallaba pasada aún por una falange.

Los brazaletes no difieren de los de las estaciones precedentes.

Gatas pertenece indisputablemente á la civilización del Argar.

Esto no obstante, creemos que varios de los objetos señalados prueban que este peñasco fué habitado largo tiempo antes de que esta civilización apareciera. Nos referimos en primer lugar á los pequeños pedernales, hojas y núcleos, y á los trozos de cuarzo, objetos extraños al conjunto de utensilios de Ifre, Zapata, Argar, etc., y que, por el contrario, caracterizan á la industria del Gárcel. Tenemos además la perla de bronce (ó cobre) idéntica á las de Qurénima, etc., y cuya forma no se ha encontrado todavía en las sepulturas de la tercera época. Por último, los objetos de alfar ornamentados. Los vimos ya en el Argar, pero no hemos encontrado más que un solo ejemplar en las mil trescientas tumbas de la época que nos ocupa. Esto es extraordinario, supuesto que al lado del muerto se colocaban siempre objetos de gran lujo: realmente hay aquí una anomalía. Podría admitirse que esas vasijas ornamentadas pertenecen á la edad de transición de la piedra al metal, es decir, á

nuestra segunda época: basta, en efecto, comparar los dibujos que llevan con los de sus análogas de Campos, Qurénima, Caldero, Gerundia, para reconocer que tienen un sello uniforme y que podrían ser contemporáneas. Concíbese perfectamente que unos mismos sitios hayan sido habitados por los diferentes pueblos que han ocupado el país: en Gatas mismo hemos encontrado algunos restos probablemente moriscos, bien que insignificantes: y es igualmente fácil de concebir que se encuentren los vestigios de los diferentes pueblos, pero que el último ocupante haya hecho desaparecer una gran parte de los objetos abandonados por sus predecesores, sea enterrándolos bajo nuevas construcciones, sea destrozándolos y también á veces adaptándolos á sus propios usos: las hachas pulimentadas son de ello una prueba, como también los cuchillos neolíticos transformados en sierras.

Es, pues, muy posible que las vasijas ornamentadas daten más bien de la época de Campos; y que el Argar, Gatas y hasta el Oficio y Fuente Álamo, que vamos luego á estudiar, hayan sido habitados varias veces.

CAPÍTULO IX

CABEZO DEL OFICIO.

EL Cabezo del Oficio es la punta que termina por el Sudoeste una cordillera de montañas próximamente paralela á la costa del Mediterráneo y que por el Nordeste se junta con el Lomo de Bas y la Sierra de las Almenaras.

El esqueleto de esta cordillera está formado por capas de caliza que se yerguen por en medio de las pizarras; á una y otra parte de ella, preséntanse en los valles los terrenos terciarios, atravesados á veces por erupciones traquíticas.

Paralelamente á ella también, se extiende Sierra Almagrera, situada al Sud del Oficio, y separada de éste por las tristes y secas gargantas que hemos recorrido al describir nuestras primeras estaciones (V. pág. 41).

Corona el Oficio en forma de cúpula una caliza resquebrajada, grietada, cavernosa, descansando sobre las pizarras: y se enlaza con el Cerro de los Pinos, nombre que toma en este sitio la cordillera principal, por un largo crestón de calizas que atraviesan una vez más las pizarras.

La cima de aquella cúpula es plana y proporciona una buena base á los constructores para cimentar sus edificios. La misma cima constituye

la cúspide de una colina en forma de cono de ancha base: al pie de la cúpula, los declives de la montaña se inclinan unos treinta grados sobre la horizontal, á la que se van acercando insensiblemente hasta confundirse con la llanura al Oeste y con la cordillera compuesta de bajas colinas que aparece al Este.

Esta cima se eleva cien metros sobre la llanura.

La posición de este poblado era formidable. Desde lo alto y mirando al Sudoeste, la vista abarca una extensión del país inmensa: percíbense los contornos del golfo que nos ha proporcionado la mayor parte de nuestros hallazgos; y se reconoce el emplazamiento de un gran número de los sitios precedentemente estudiados. Por el Norte, el valle de la Rambla Muleria permite á la vista extenderse hasta el Cabezo de las Piedras, al pie de la Sierra de Enmedio. Al Este el horizonte está más limitado.

El acceso á la cima es muy difícil, pudiéndose á duras penas salvar el cerco de gruesos peñones que la defienden, como no sea agarrándose á ellos con las manos; y aun para llegar al pie de la cúpula hay que practicar una penosa ascensión: toda la vertiente está sembrada de piedras procedentes de muros y de construcciones. El punto débil lo constituye la garganta que separa el Oficio del Cerro de los Pinos; y por este lado igualmente es por donde menos incómodo se presenta el ingreso á la cúpula. Así, como vamos á ver, esta parte de la acrópolis es aquella en que los prehistóricos se prepararon mejor para recibir al enemigo.

El plano de la acrópolis aparece dibujado en la lámina 60 en escala de $\frac{1}{2000}$ y en la lámina 61 en escala de $\frac{1}{400}$. Según puede verse, no existen construcciones de carácter defensivo sino al Este: lo que prueba claramente que no había acceso más que por este lado. Hemos indicado con flechas el único camino practicable para entrar ó salir.

En *x* (V. lám. 61) había una casa construída fuera del recinto, que un incendio destruyó por completo: sus escombros nos han suministrado objetos muy interesantes. Hallábase adosada al muro de defensa. Este muro tiene dos metros de espesor en la base; la coronación, en la parte que del mismo queda en pie, está formada por una tosca escalinata.

Otra casa (*u*) ha sido destruída por el fuego en el interior del recinto, pero, al parecer, nuevas construcciones han sido levantadas y habitadas

sobre sus escombros: señales de otros incendios se han encontrado en ciertas casas (como en *v*), pero en ninguna parte con tal abundancia como en *x*. La situación de esta casa incendiada fuera del recinto sugiere la hipótesis de que debe su destrucción á un ataque del enemigo.

Indicamos con simples trazos los muros destruidos, así como aquellos que no hemos podido señalar con bastante exactitud. Todos ellos están hechos de piedra trabada con tierra, á excepción del que se figura en *u* (V. además 6, corte *u*), que está casi exclusivamente compuesto de arcilla; algunos han sido revocados con arcilla de color violáceo. Pasaremos revista á las principales construcciones, indicando las particularidades que cada una de ellas presenta.

a.— El muro Este está revestido de arcilla. Al Norte hallábase dominada la casa por un grueso macizo de mampostería, compuesto de tierra y piedras, que contenía una sepultura violada: de *a* parte una escalera (?) estrecha, que parece debía subir á lo alto de esta construcción, de la que sólo resta la base; otros escalones parten de cierta altura sobre el suelo de *a* y descienden hasta *b*. Junto á los muros encontrábanse algunas sepulturas. En el ángulo Noroeste había una especie de nicho.

c.— En el muro Este se encontraba embutida la sepultura 12. El muro Sud está aún revestido de arcilla violácea y contiene un nicho. Entrábase por *c'*, habiéndose terraplenado este sitio con escombros hasta cierta altura, de modo que la entrada se encontraba un poco más alta que el suelo actual.

d.— Contenía las sepulturas 5, 6, 7 y 8 adosadas á los muros, junto al suelo. El corte *cd* (escala de $\frac{2}{100}$) deja ver una de ellas (6), así que la manera como se hallaba establecida la comunicación entre *c* y *d*, que en *c* debía encontrarse un metro á lo menos por encima del piso actual. Ninguna otra entrada existía en esta habitación.

e.— Comunicaba con *b* por una puerta, con el macizo de mampostería que viene por encima de *a* mediante unos escalones, con *g* por una gradería natural que primero sube y luego baja, y, por último, con *f* por escaleras descendentes.

Todos estos escalones son en general muy toscos.

f.— Entre las sepulturas contenidas en esta vivienda, la de número 24 hallábase casi del todo embutida en el muro, que en parte fué demolido para alojar en él este féretro, y aún esto obligó á aumentar un poco el

espesor del lado exterior (véase el corte *ihf*). Un macizo de mampostería protegía la parte anterior de la urna funeraria.

g.— Construcción de disposición muy embrollada, conteniendo numerosas sepulturas.

h.— Pasadizo ó callejuela estrecha, en la que se había levantado el suelo, como en *c'*; probablemente se entraba en esta callejuela por la extremidad Sudeste; venía á continuación y á la derecha el paso *c'*, y en seguida, á la izquierda, tres escalones que descendían hasta *i*, como pone de manifiesto el corte *ihf*; más lejos, una fosa abierta en el suelo contenía un esqueleto con un punzón de cobre, hallándose protegido dicho esqueleto por algunas hileras de piedras mal dispuestas (V. en *h*, corte *jh*). Debían existir algunos escalones, que conducían á *j* y á *k*; algo más distante que *h*, encontrábase además en el muro de la izquierda una sepultura hecha con losas; en fin, más lejos todavía, el pasadizo parece girar en ángulo recto, dirigiéndose hacia *q*, *o* y *r*.

i.— Sin otra entrada que la escalera que desciende de *h*.

j, k— Casas análogas á *i*, pero en mal estado.

l, m, n.— Construcciones casi enteramente arruinadas.

o, p, q.— Diferentes veces hemos insinuado que ciertos hechos observados se acomodarían fácilmente con la existencia de pisos en las viviendas, pudiendo servir las *o* y *p* para ilustrarnos sobre este punto. La última forma un cuadrilongo no interrumpido, careciendo de puerta; contenía las dos sepulturas 155 y 156, enterradas bajo unos toscos escalones, especie de escalera que constituía el único medio de comunicación con el exterior.

En el muro Sudeste observamos una grada, resto de una especie de nicho, á un metro cincuenta centímetros sobre el suelo (véase en *R*, plano de las casas *o-p*); frente por frente, en el otro muro, hallábase empotrada una laja de pizarra, ofreciendo un asiento horizontal. Es probable que en este punto pasara una viga de un muro á otro, por encima de las tumbas, dejando entre ella y el muro Nordeste el sitio para la entrada. El plano de conjunto de la acrópolis demuestra que el acceso á las casas *o* y *p* tenía lugar por *q* (V. *QqP* del plano de detalle); se llegaba á este punto viniendo por *h* ó por *r*; de todos modos se había echado allí un espesor de escombros tan grande que la entrada de *p* se hallaba un metro setenta centímetros, por lo menos, más alta que el suelo de la vivienda; así que era preciso entrar,

por decirlo así, arrastrándose en dicha casa, pues la escalera es muy vertical; y hasta uno de los escalones se encuentra reemplazado por una piedra saliente sobre el muro Este, al cual aquella está sólidamente fijada (V. el corte *R*). El aposento á que se entra de esta suerte tiene cuatro metros sesenta centímetros por tres metros de planta y una gran parte de su superficie está ocupada por las sepulturas y la escalera.

¿Es en tabucos como éste donde vivían los guerreros del Oficio y sus mujeres?

Esta descripción podría repetirse para otras casas, y singularmente para la *M*, situada al pie del Cabezo (V. lám. 60 y lám. 61), en la que una escalera lateral conduce á cierta altura, siendo preciso volver á bajar para entrar en la casa, puesto que no hay puerta; lo mismo hemos visto en *i*, así como en *c*, *d*, etc. En todas partes se subía para volver á bajar. Esto es poco lógico, sobre todo para un pueblo que teme verse atacado por algún enemigo. ¿Qué defensa podían oponer los habitantes de la casa *M*, siendo fácil llegar á pie llano casi hasta la altura de su techo?

Haremos observar además cuánto tenía de incómodo para los habitantes el guardar sus muertos, como en la casa *p* y casi todas las otras, en féretros colocados sobre el suelo, durmiendo y viviendo al lado de ellos, y estrechando sus habitaciones con exceso. El respeto á los muertos no les obligaba á tales extremos.

Todos los hechos precedentes, sin embargo, se explican y resultan necesarios, si se admite la existencia de pisos en las casas. El piso bajo, muy bajo por otra parte, habría servido de almacén, de sótano. Todas las escaleras que hemos citado, y en particular la de la casa *p*, habrían servido en este caso de comunicación entre el piso superior y el subsuelo.

M. Burnouf ¹ describe del modo siguiente las capas de escombros de una casa incendiada de la segunda villa de Hissarlik:

I. El pavimento. Sobre una tongada de dos metros cuarenta y cuatro centímetros á tres metros de escombros, el pavimento está formado de pedazos de ladrillo apisonados, en un espesor de cinco centímetros. Los materiales combustibles que se desplomaron ardiendo sobre el suelo vitrificaron la superficie de este pavimento hasta uno ó dos milímetros de

¹ *Ilios*, p. 359.

profundidad, produjeron la cochura completa de la capa de ladrillo, en un espesor también de dos milímetros, y ennegrecieron el subsuelo hasta diez ó quince centímetros más abajo de la superficie.

II. Sobre el pavimento de ladrillo:

1, capa uniforme y muy tenue de carbón, de un grueso de uno á dos centímetros.

2, tierra procedente de ladrillos, de cincuenta centímetros de espesor en el centro; en la parte superior, algunas capas parduzcas ó más claras.

3, capa intermitente de pedazos de carbón aplastados.

4, capa abigarrada, de setenta á ochenta centímetros, de arcilla y substancias negras, pardas, grises ó rojas, más ó menos mezcladas con paja.

Esta última capa parece proceder del techo, que terminaba en azotea.

Los pedazos grandes de carbón representan las carreras y vigas. Las capas inferiores de tierra ligera son las que han caído al principio á través del maderaje inflamado, y parecen provenir del piso superior, cuyas delgadas maderas han producido la primera capa de escombros. Así pues, la casa ha debido tener probablemente un piso bajo y otro superior.

M. Schliemann añade:

«El solado de todos los pisos superiores, incluso las azoteas de lo alto de las casas, consistía en vigas colocadas unas al lado de las otras y cubiertas de una capa de arcilla bien igual, que llenaba los intersticios de las vigas y presentaba una superficie perfectamente lisa. Esta arcilla parece haber sufrido una fusión mayor ó menor á consecuencia de la combustión de dichas vigas, habiéndose corrido fuera de su sitio, por efecto de la fluidez adquirida. De hecho, no podemos explicarnos de otro modo la presencia en las ruinas de un enorme montón de piedras vitrificadas, que ora se presentan informes, ora ofrecen una forma cónica y tienen con frecuencia espesores de doce á quince centímetros.

.

»A falta de sótanos, los pisos bajos de las casas habitadas servían de almacenes ó depósitos. Esta práctica de emplear el piso bajo como depósito parece haber existido desde los tiempos de Homero, porque en la *Iliada* vemos que Hécuba desciende al depósito, donde se hallaban guardados los vestidos artísticamente bordados. Si este depósito se hubiese encontrado en

el piso habitado por la familia, el poeta no hubiera dicho que la reina descendía á él.

Sigue á esto una comparación de M. Virchow con las modernas habitaciones del país, de la que entresacamos las siguientes líneas: «El piso bajo está hecho de piedra y sirve de almacén, despensa, cuadra ó establo. Tiene apenas la altura de un hombre.

»Sobre él se eleva el piso, el «piso principal», construído de ladrillo.

»Los habitantes no tienen necesidad de penetrar directamente en el piso bajo, sino que descienden á él desde el piso superior como á unos sótanos; así que es frecuente que el muro de piedra se continúe sin interrupción y que la habitación no tenga otra puerta de entrada que la del patio.

»Se ingresa á la casa por una escalera que conduce á la vez al interior y al *verandah*¹ común que el muro de piedra soporta al nivel del piso principal».

Volviendo á Hissarlik y hablando de las casas de la tercera villa, dice además el sabio alemán:

»La mayor parte de estos muros de casas forman cuadrilongos sin solución de continuidad; otros tienen una puerta. Los primeros correspondían evidentemente á almacenes, á los cuales se bajaba desde arriba, es decir, desde el interior de las casas.

»En estos sitios reservados, más ó menos parecidos á despensas, se encuentran, nada menos que en hileras de cinco ó seis, jarras tan grandes que en cualquiera de ellas puede ocultarse por entero un hombre puesto de pie.

»La mayor parte se hallan destruídas por la caída de los techos. Algunas de ellas estaban llenas hasta su mitad de granos quemados, pero puede afirmarse que servían todas para guardar alimentos, vino y agua.

»Estos pisos bajos deben, pues, ser considerados como almacenes en que los habitantes de la casa guardaban todo aquello de que tenían necesidad para su existencia. La habitación propiamente dicha hallábase evidentemente en el piso principal y, por consiguiente, en esos aposentos cuyos muros eran todos de ladrillo».

¹ Esta palabra, traída por los ingleses de la India, denota una especie de galería cubierta y procede del sanscrito *verand* (cosa cubierta), derivado á su vez de *var* (cubrir).—(Nota del traductor.)

M. Frank Calvert ¹ dice, hablando de las construcciones de Hanaï Tepeh:

« La ausencia de puertas y ventanas está en un todo conforme con lo que vemos en las ciudades prehistóricas de Hissarlik. Los numerosos indicios del fuego habido en los dos antiguos emplazamientos parecen indicar que la madera se empleaba con frecuencia en las construcciones. Esta circunstancia me sugiere la hipótesis de un último piso de madera, al cual se subiría por una especie de escalera de mano.

» Por razones de seguridad, el piso bajo no tenía comunicación con el exterior; se entraba en él por arriba y desde el interior, bajando del piso de madera.

» Las chozas hechas con troncos de pino sin escuadrar, de que se sirven hoy las tribus Yourouk que habitan el país, pueden servirnos de guía para comprender el modo de construcción adoptado por los habitantes de Hissarlik y de Hanaï Tepeh en los tiempos prehistóricos; estas chozas tienen un techo de arcilla que descansa sobre ramas de árboles cubiertas con cañas ó hierbas marinas. Se encuentran en Hanaï Tepeh grandes cantidades de arcilla con impresiones de cañas, y ésta es una coincidencia muy digna de atención ».

En algunos pasajes de estas citas creeríase que la descripción se refiere á nuestros caseríos: así, las jarras colocadas en series de cinco á seis, llenas hasta su mitad de granos quemados, y aplastadas por la caída del techo, los efectos del calor sobre las tierras, las capas de escombros, mostrando dos zonas habitadas y dos tongadas de arcilla, todo esto es frecuente en nuestras excavaciones: recordemos sino el corte de la casa *e*, en Campos, que puede parangonarse con el que da M. Burnouf.

En Lugarico Viejo ¿no hemos encontrado un verdadero almacén, conteniendo cinco ó seis urnas, llenas hasta su mitad de granos, de cereales depositados sobre una tabla, y multitud de vasijas, hasta el punto que apenas le quedaba sitio á una persona para menearse? Sobre estos objetos venía como medio metro de arcilla, cuya superficie se hallaba endurecida y carbonizada; y encima de todo, un espesor todavía mayor de escombros.

En Campos, el suelo inferior ha estado indudablemente habitado; y aun podría deducirse de ahí que el piso superior no había sido

¹ *Ilios*, p. 951.

construido hasta más tarde, al mismo tiempo que el recinto interior. En Lugarico, parecía que había un local que servía de horno; esto no es cierto, pero nada se opone á que el piso bajo haya servido alguna vez de habitación, no menos que de almacén.

En Fuente Vermeja, las mismas urnas con trigo, la misma sucesión y los mismos espesores de terrenos; en Ifre igualmente, con más los pasillos y las escaleras. En las casas no quemadas, distinguimos de ordinario una capa de tierra carbonosa, sobre el suelo nivelado; y con frecuencia, medio metro próximamente más arriba, otra capa análoga pero menos distinta, siendo natural que todo lo que ha caído del piso superior presente mayor desorden.

Volvamos al Oficio.

La casa *x* ha sido incendiada; en ella encontramos un montón de panes de tierra cocida perforados, que primitivamente sirvieron de pesas, de lo cual es testigo el desgaste de los agujeros, pero que parecen formar ahora como un muro que se hubiese caído de cierta altura.

Vese también en ella un juego de dos muelas montado; estas muelas están profundamente deterioradas por el fuego; por debajo y por encima de ellas se extendía una capa de arcilla cocida, exfoliándose en innumerables hojas. Esta arcilla provenía, sin duda, de un techo ó de un solado, y el hecho de que existiera por debajo de las muelas prueba que éstas se encontraban sobre el techo ó el solado y cayeron al mismo tiempo que él; debió estar, pues, habitado este piso. Lo mismo puede decirse de las otras piezas que yacían en esta habitación: una hoja de metal con espigón (V. en 2, lám. 63), algunas pequeñas vasijas conteniendo diversos objetos, etc.; todo se encontraba sobre un lecho de arcilla endurecida de cierto espesor.

Examinemos ahora cómo estaba construída la casa *p*. Dijimos ya que el acceso á ella tenía lugar á un metro setenta centímetros lo menos por encima del suelo del piso bajo, es decir, casi al nivel del piso superior, al cual se entraba á pie llano, pasando por encima del agujero que comunicaba con el subterráneo, cerrado sin duda con una trampa. Podría muy bien ser también que lo que nosotros tomamos por entrada, es decir, el espacio *q*, formase parte del aposento, en cuyo caso hubiera debido entrarse desde luego por el piso, pudiendo desde éste descender al subterráneo. La puerta se

encontraría en *Q* y hubiera habido mucho menos sitio perdido. El techo debía haberse formado con vigas (hemos visto el sitio donde debió hallarse una de ellas) y cañas, sobre las cuales se extendería una capa de arcilla. Los muros del piso acaso estuviesen hechos de arcilla ó tierra, con ó sin entramados de madera; nada sabemos sobre su altura, los hogares que podía contener y el modo de dar luz al interior; pero vemos que el habitante de nuestras acrópolis edificaba viviendas confortables, bien combinadas, que permitían almacenar en ellas las provisiones necesarias para resistir un largo sitio, y en caso necesario alojar mucha gente: el arte de la construcción estaba á la altura de las demás ramas de la industria, comprendiéndose mejor ahora los fuertes espesores de los muros en su base y los macizos de mampostería que los robustecían; se explican también los numerosos pies derechos de Campos y la gran abundancia de escombros; y por último, los enterramientos, practicados en un subterráneo, aparecen más naturales que la suposición de que estas sepulturas existieran al nivel de la principal habitación.

Así, pues, nada de puertas en el piso bajo. Escaleras (casa *M*), rampas ó pasillos (*h*, *r*), conducían directamente al piso principal. Los peldaños que se han observado en casi todos los muros guiaban desde el piso al subterráneo. La escalera existente en el muro de división entre *c* y *d* podía poner en comunicación el piso con el subterráneo de *d* mismo, y el nicho de *c* podía tener su origen en el piso de esta última habitación. Las graderías de *a*, *b*, *e*, *f* descendían igualmente del piso superior habitado. Practicadas en el espesor mismo de los muros, eran naturalmente muy verticales é incómodas. En *i*, parece más natural que se descendiese directamente del pasillo *h*, pero la gradería podía muy bien no comunicar sino con el piso y el paso de *h* á esta gradería hallarse cerrado con un tabique, como debía suceder en otros puntos.

En *o* se descendía por el mismo punto que en *p*. Los muros de este pequeño aposento tienen un metro cincuenta centímetros de altura y carecen de puerta; según todas las probabilidades, debía ser ésta una dependencia de la misma casa, cuyo piso superior podía consistir en un gran aposento que ocupara toda la superficie de *p*, *o* y del pasadizo *Q*, *q*, *P*.

Nos quedan por citar:

r.— Pasillo, comunicando probablemente con *h* y *s*.

t. — Ruinas.

u. — Casa incendiada. Habiéndose encontrado una sepultura sobre los restos calcinados, deducimos de aquí que se ha continuado habitando este sitio después del incendio. El muro *u* está hecho con adobes de arcilla comprendidos entre dos paramentos de piedra; y á una altura de un metro sobre el suelo, uno de los paramentos está compuesto de grandes lajas de pizarra colocadas verticalmente.

v. — Pequeña vivienda con señales de incendio; cebada quemada dentro de una urna, junto con un gran número de pesas de tierra cocida: al lado, los restos de una escalera, que acaso condujera al piso superior.

w. — Construcción análoga á la anterior.

x. — Casa incendiada, de que ya se ha hablado: los restos calcinados de la misma afloraban á la superficie del suelo.

y y *z.* — Macizos de mampostería, destinados verosímilmente á hacer más difícil el escalamiento, porque suprimían los resaltos del peñascal, aumentaban su pendiente y permitían á los habitantes observar mejor al enemigo y rechazarlo. Acaso estuvieran cubiertos de arcilla, que fácilmente podía hacerse resbaladiza, á fin de aumentar las dificultades de la ascensión; merced á ellos era posible también dirigir mejor las piedras con que debía hostigarse al enemigo que intentara el asalto de la acrópolis.

De todos modos, se ve bien que era por este lado por donde se temía el ataque.

La garganta que separa el Oficio del Cerro de los Pinos débese á una interrupción de los estratos de caliza: en ella se ven aflorar, por consiguiente, las pizarras, que han estado sometidas á acciones de alteración diversas, y en particular al peso enorme de grandes pedruscos calizos que en otro tiempo se sobreponían á ellas; el efecto de todo esto ha sido ablandar ó laxar las pizarras que, en presencia del agua, se han hecho plásticas, y transformarlas en arcilla. Aquí precisamente es donde han venido á proveerse de este material los constructores de la acrópolis para levantar sus muros y cubrir sus techos; y al hacerlo, han practicado una gran depresión en el centro de la garganta, respetando, sin embargo, los pedruscos calizos, que sobresalen todavía sobre las caras de esta especie de embudo. Por todo su alrededor se extiende una muralla, hoy día en ruina, que se apoya sobre las desigualdades naturales del terreno y se

halla adosada en *D* al crestón calizo que se dirige hacia el Cerro de los Pinos.

En el centro hay un espacio ovalado, de superficie horizontal. En él practicamos un pozo que, en una altura de dos metros sesenta centímetros, ha cortado algunos lechos casi horizontales de guijo fino, de arena y de limos, depositados evidentemente por el agua; en *L* (V. el corte *FCE*, lám. 61) yacía un caracol; en *R*, á sesenta y cinco centímetros de la superficie actual, existían pedazos de cerámica romana. En el fondo del espacio á que nos referimos se presenta una pizarra violácea, en su estado natural; y en él se han encontrado algunas grandes piedras, que parecían puestas allí intencionalmente, en forma de escalones. Consideramos á este hoyo, proveniente de la explotación de la arcilla necesaria para la construcción de las casas, como habiendo servido más tarde de cisterna para recoger las aguas de lluvia que corren por la superficie, ó, á todo rigor, como un simple recipiente que se llenaba de agua traída de fuera, para tener de ella provisión en caso de sitio. Actualmente constrúyense en el país depósitos subterráneos llamados aljibes, en los que se recoge el agua de lluvia, que se conserva en ellos largo tiempo sin corromperse. En la cima de las acrópolis romanas y morunas, de que el país está lleno, se observan á cada instante recipientes semejantes, revestidos de mampostería y abovedados: existen de ordinario varios de ellos en cada población.

Vimos ya en Gatas la importancia que tenía para esos poblados la proximidad del agua y los grandes trabajos que se hacían para procurársela, de modo que no pudiéran quedar privados de ella en presencia de un enemigo. En el Oficio la construcción de galerías era imposible: era preciso, por lo tanto, establecer una provisión de agua á las inmediaciones de la acrópolis. Ningún sitio más adecuado para ello que la garganta citada, constituida por pizarras impermeables; desde el punto de vista especial de la defensa, el sitio no era, con todo, muy favorable: los muros que lo rodean lo protegen bien, pero las peñas del Nordeste se elevan á mayor altura y desde ellas el enemigo dominaba la cisterna. El embudo que la envuelve está cubierto de piedras, restos de construcciones, caminos, escaleras, etc. No parece improbable que el espacio *C* hubiese estado cubierto de grandes maderos, apoyándose en la peña *H* (V. el corte *FE*) y en otros salientes del terreno, ó en las murallas: los maderos se habrían

cubierto con cañas y éstas con una buena tongada de arcilla, lo mismo que en las casas, pero con mucha más abundancia de materiales, á fin de permitir el acceso á la fuente á despecho de los esfuerzos de los sitiadores. Las flechas colocadas en el plano (Lám. 61) muestran por donde se descendía á ella desde la acrópolis: la entrada á la cisterna tenía lugar por *A*, y *AB* era probablemente un camino, á continuación del cual venían algunos escalones que permitían la extracción del agua á distintos niveles, según la altura que tenía en el depósito. En los sitios de las Anchuras y de la Bastida hay algunos espacios que probablemente sirvieron también de cisternas. La existencia de un recipiente de agua en Gatas ha sido ya indicada como posible, aparte de las galerías cubiertas.

En la vertiente Sud del Cabezo del Oficio vense tres construcciones (Plano de la lám. 60) que igualmente creemos que habrán sido cisternas. Excavamos una de ellas; y resultó que tenía dos metros de profundidad, hallándose cerrada del lado Sud por una muralla que tenía más de tres metros de espesor y parecía hecha en dos épocas distintas. Esta cisterna estaba también practicada en las pizarras y se encontraba repleta de lechos de limo y cascajo. Los depósitos que de esta suerte llenaban esos recipientes provienen probablemente de las materias transportadas por el agua de lluvia que los habitantes dirigían á ellos siempre que podían, siendo también debidos á los materiales arrastrados por las mismas lluvias después del abandono del lugar; vemos, efectivamente, que desde la época romana el suelo de la cisterna *C* se ha elevado unos sesenta y cinco centímetros. Los materiales de acarreo de esta última época corresponden próximamente, á juzgar por las monedas que los acompañan, al año 100 de nuestra era; y el cronómetro que podría establecerse, basándose en el espesor de estas capas, nos conduciría á seis mil cuatrocientos años como edad de la cisterna. Es evidente, sin embargo, que este cronómetro no tiene gran valor, porque el relleno de esta cavidad ha debido hacerse mucho más rápidamente al principio que al fin; nos da una cifra excesivamente elevada, con seguridad: es lo único que de este hecho podemos deducir.

Fuera de la acrópolis existen aún otras construcciones: casas provistas de sólidos muros de sostenimiento y de defensa, así como otros muros colocados entre las peñas para cerrar los pasos. Todo esto se halla cubierto

de piedras y tierra provenientes de la destrucción del caserío; y á causa de la fuerte inclinación de las pendientes, la devastación producida por el tiempo es aquí más completa que en la acrópolis.

En la extremidad Oeste, hemos hecho excavaciones en una pequeña construcción circular, de dos metros sesenta centímetros de diámetro interno: los muros tienen un metro de grueso. Las piedras del paramento interior están enrojecidas por una calcinación parcial. ¿Era acaso un horno? Pocos son los restos de cerámica que á su alrededor se han encontrado, y el interior estaba lleno hasta una altura de cuarenta centímetros de arcilla, dispuesta en hojas sobrepuestas, que contenían impresiones de patas de animales, de gotas de lluvia, etc. La arcilla debe proceder de la construcción misma, puesto que ésta se halla sentada sobre la roca que forma aquí un pequeño pico.

En *L* (V. los planos de las láms. 60 y 61) un recinto muy parecido, pero casi cuadrado, se hallaba protegido en la parte posterior por lajas de pizarra puestas de canto, cuya significación no se descubre claramente. ¿Sería tal vez una rampa que daba acceso á un piso?

El plano (Lám. 60) enseña que el Cabezo está limitado al Sud por un barranco, que desciende de la garganta *E* y tuerce en ángulo recto. Al otro lado y al borde mismo del barranco, se han encontrado vestigios de casas sin muros y un gran número de sepulturas, la mayor parte de las comprendidas entre los números 158 y 178. Este sitio está indicado en el plano (V. lám. 60). Más lejos se encuentra la casa *M* ya descrita. Todavía más lejos y á la otra parte de un segundo barranco más importante, encontramos igualmente tumbas; probablemente habría allí también habitaciones, aunque no hayamos hallado vestigios de ellas; la tierra es más calífera y pedregosa y muy blanda; á pesar de lo cual, la sepultura número 200 se ha encontrado en muy buen estado de conservación.

El agua del barranco era lo que atraía á los habitantes hacia esos parajes. Todavía hoy se la viene á buscar en *S*: no brota naturalmente, pero es probable que las pizarras forman allí un recipiente subterráneo, debajo de un pequeño derrumbamiento; este recipiente está lleno de guijo procedente del torrente, y el agua de lluvia se almacena en él y se conserva por larguísimo tiempo. Basta abrir con la mano un pequeño pozo, cuya profundidad depende de la sequedad del tiempo, y en seguida se encuentra